

**HISTORIA DE  
DON PEDRO DE CASTILLA.**

HISTORIA DE

DON PEDRO DE CASTILLA

# HISTORIA

DE

## DON PEDRO DE CASTILLA,

por

M. PROSPER MERIMEE.

---

TRADUCCION DE F. DE V.

---

TOMO III.

---

MADRID:

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA DEL SIGLO.  
calle de Cervantes, núm. 6.

—  
1848.

HISTORIA

de

DON PEDRO DE CASTILLA,

por

M. PROSPER MERIMEE.

TRADUCCION DE M. DE V.

TOMO III.

MADRID:

IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DEL SIGLO.

Calle de Fernandez, núm. 41.

1848

---

HISTORIA DE

# DON PEDRO I, REY DE CASTILLA.

---

XVII.

**Operaciones militares en el reino de Valencia.—Muerte del infante de Aragon.—Defecion del rey de Navarra.—1363.**

Los triunfos obtenidos por D. Pedro habian estimulado el celo de sus aliados. Gil Carvalho, maestre de la orden portuguesa de Santiago, le llevó trescientos hombres de armas escogidos; el infante Luis de Navarra y el capital de Buch se agregaron á sus banderas con un cuerpo numeroso, llevando la noticia de algunas conquistas ya hechas en Aragon por el rey de Navarra; y en fin, el rey de Granada, Mohamed, envió al ejército de Castilla un capitan mahometano á quien los autores contempo-

ráneos tratan de caballero y llaman D. Farax de Reduan, con el encargo de operar contra el reino de Valencia con seiscientos ginetes granadinos. Al pedir á la municipalidad de su buena ciudad de Murcia una acogida hospitalaria para sus aliados mulsulmañes la comprometia el rey á reunir sus milicias á la caballería mora, «para asolar el territorio de Orihuela; para hacer en él *guerra cruel*, y para cortar la cabeza á todos los aragoneses que cayeran en sus manos. Guardad mis órdenes, añadia, pues los que se hagan culpables de desobediencia, la pagarán con su vida.» Hacia algun tiempo que esta fórmula acompañaba á todos los mandamientos del rey (4).

A pesar del número y del ardor de las tropas castellanas la fuerte línea militar del Ebro, obstáculo casi insuperable para un ejército de esta época, detenia sus progresos en el Norte de Aragon, y D. Pedro habia resuelto volver sus armas contra el reino de Valencia, pues esperaba encontrar allí un país mas rico, una resistencia menos porfiada por parte de los habitantes y, en fin, tal vez contaba tambien con que la antigua rivalidad entre valencianos y aragoneses haria mas fáciles sus conquistas. Con el grueso de sus fuerzas marchó resueltamente contra la capital, mientras que los contingentes de Murcia y los moros de Farax atacaban el Mediodía de la provincia. Pocas ciudades osaron resistirle: Teruel, Castelfavib, Segorbe y Murviedro fueron sucesivamente ocupadas por sus tropas, y solo fue Daroca la que se defendió con honor. Mientras mas avanzaba el ejército castellano hacía el Sur mas se iba debilitando, obligado como estaba á dejar destacamentos en todas las plazas que caian en su

---

(4) Cascales, «Hist. de Murcia.»

poder. Los hombres de guerra contemporáneos criticaron á D. Pedro que hubiese diseminado así sus fuerzas en vez de tenerlas reunidas para un golpe decisivo. El 24 de mayo de 1363 llegó á la vista de Valencia, y habiendo reconocido el recinto desesperó poder tomarla por un golpe de mano, pues en su rápida marcha no habia podido hacer que lo siguieran sus máquinas de guerra, y además porque no era prudente emprender en aquel momento el sitio de una plaza tan bien fortificada, por cuanto se anunciaba que el rey de Aragon se iba acercando con fuerzas considerables. Por espacio de ocho dias escaramucearon los castellanos á las puertas de Valencia, y entre tanto la fértil llanura que la rodea, y que se llama con razon la Huerta, era presa de horribles estragos. Desde el convento de Zaidia, donde D. Pedro estableciera su cuartel general, veia quemar las mieses, arrancar las viñas, cortar los olivos é incendiar las chozas y quintas aisladas (1). Así era como se hacia la guerra en la edad media. D. Pedro tenia alguna afición á las artes, como lo demuestran los monumentos que hizo construir en Sevilla, y haciendo quitar de un palacio de recreo, antigua morada de los reyes de Aragon, muchas columnas antiguas de jaspe, ordenó que fuesen trasportadas á Sevilla para decorar el alcázar, donde levantaba entonces grandes construcciones (2).

La llanura de Valencia, tan fértil y tan rica, estaba ya convertida en un desierto cuando el rey salió de ella para ir al encuentro del ejército aragonés, fuerte de tres mil hombres de armas, mandados por Pedro IV en persona, y

---

(1) Ayala.—Zurita.

(2) Zurita.—Arch. gen. de Aragon.

en cuyas filas ondeaban las banderas del conde de Trastámara, del infante D. Fernando, de D. Tello y de D. Sancho. Tal vez era entonces inferior en número el ejército castellano; así es que en lugar de ofrecer la batalla D. Pedro dió sus disposiciones para recibirla, y se atrincheró en una fuerte posición al pie de los muros de Murviedro. No menos prudencia mostró el aragonés por su parte; pues luego de haber avanzado hasta el puente de Almenara, á dos leguas poco menos de Murviedro, hizo alto sin querer pasar el río Canales que lo separaba de las avanzadas castellanas. Ambas partes se desafiaban; pero cada cual estaba determinada á no abandonar la posición ventajosa que eligiera, y muchos días se pasaron de esta suerte. El abate de Fecamp, á quien el cardenal Guy de Boloña había dejado los poderes de la Santa-Silla al salir de España, se aprovechó de la inacción de los dos ejércitos para parlamentar con sus jefes: dirigiéndose primero al infante Luis de Navarra, como desinteresado en la querrela, obtuvo que se abocase con el rey de Aragon, y despues determinó á este último que hiciese á D. Pedro proposiciones de acomodo. El conde de Denia fue encargado del primer mensaje, y muy pronto despues tuvo Bernal de Cabrera muchas entrevistas con el rey de Castilla en el castillo de Murviedro. Recuérdese que el año precedente se habia tratado de cimentar la paz por el matrimonio de D. Pedro con una princesa aragonesa, y este proyecto fue ahora discutido mas seriamente quizás que la vez primera. Las ventajas obtenidas por los ejércitos castellanos en las dos últimas campañas del reino de Valencia obligaban al rey de Aragon á consentir en una cesion de territorio. Sus enviados solo trataron de disimular la humillacion: ahora proponian que las ciudades de Tarazona y Calatayud, ya en poder de los castellanos, fueran consideradas como la dote de la

infanta Juana, que debía casarse con D. Pedro. Alicante, Orihuela y algunos castillos, como también una fracción del territorio de Valencia, contiguo al reino de Murcia, debían ser igualmente reunidos á la Castilla. En cambio se pedía que D. Pedro devolviese á Teruel, Segorbe y sus otras recientes conquistas en el reino de Valencia; y por una nueva ficción diplomática esta restitución debía ser la dote de la infanta Isabel, tercera hija de D. Pedro, cuya mano se pedía para el duque de Gerona, hijo primogénito del rey de Aragon y su presunto heredero. Tales fueron las proposiciones sometidas á D. Pedro, que probaban bien la angustia de su adversario, á menos que ocultasen una intención diversa ó que solo tuviesen por objeto ganar tiempo deteniendo así los progresos de los castellanos.

Implacable en sus resentimientos D. Pedro quería antes de todo vengarse de sus enemigos. Pidió que el rey de Aragon hiciese prender ó matar al conde de Trastamara y al infante D. Fernando (1), pues por tener sus cabezas hubiera consentido voluntariamente en devolver una parte del territorio que acababa de conquistar. Entre dos hombres, tales como D. Pedro y Pedro IV, una cláusula semejante no debía impedir la ratificación de un tratado: verosímil es que fuese discutida, y si hemos de dar crédito al cronista Ayala, Bernal de Cabrera quedó comprometido en nombre de su amo á dar la satisfacción solicitada (2). De este modo un doble asesinato iba á sellar la reconciliación de los dos soberanos y preceder á la unión de sus hijos. Esta fue, á decir verdad, la única condición que pudo

---

(1) Ayala.—Zurita.

(2) Ayala.—Zurita admite la existencia de este tratado secreto.

obligar á D. Pedro á resignarse á un matrimonio para el cual siempre habia mostrado una viva repugnancia, y sobre todo en este momento, en que enamorado de una dama, llamada Isabel, de la cual habia tenido un hijo, estaba mucho mas dispuesto á darle una corona que á partir la suya con la hija de su antiguo enemigo. Ya hacia tratar á doña Isabel como á una reina, y queria que por do quiera que pasase se le hicieran honores extraordinarios, llegando hasta el punto de exigir que los obispos la acompañasen (1). Entre tanto los plenipotenciarios aragoneses y castellanos estaban de acuerdo sobre las cláusulas patentes del tratado, para lo cual se habian dado primeramente la mano, besándose las en seguida, y despues abrazándose segun antigua costumbre de España (2). El rey de Navarra habia salido garante de las convenciones suscritas por entrambas partes, y habia hecho ocupar por sus tropas muchas ciudades que las dos partes contratantes ponian en sus manos como prendas de su buena fe. La paz parecia asegurada y solo faltaba la aprobacion definitiva de los dos soberanos que en este momento se habian alejado de Murviedro: el rey de Aragon estaba en Castellon de la Plana y D. Pedro en el castillo de Mallon, en el reino de Valencia.

## II.

A pesar de la reconciliacion efectuada por los cuidados de Pedro IV entre el conde de Trastamara y el infante D. Fernando poco despues de la batalla de Nájera, los dos principes se odiaban mortalmente y tenian siempre

---

(1) Cascales. «Hist. de Murcia.»

(2) Zurita.

dividida con sus intrigas á la corte de Aragon. La importancia de D. Enrique se habia aumentado mucho despues de su vuelta, y sobre todo despues del tratado secreto de Monzon. Ya representaba con bastante evidencia el papel de pretendiente y de libertador de Castilla, y queria ser tenido como el jefe de los emigrados y como el único competidor de D. Pedro. Aunque Pedro IV no lo tratase todavia abiertamente como á un soberano favorecia en toda ocasion sus tendencias orgullosas y le mostraba una parcialidad manifiesta. D. Fernando tenia sobre la corona de Castilla pretensiones mucho mejor fundadas que don Enrique, porque la legitimidad de los hijos de María de Padilla permanecia siempre sospechosa, y su reconocimiento por las cortes de Sevilla y de Bubberca no tenia mas fuerza que la de un acto arrancado por el temor; de este modo si D. Pedro moria jóven habia una gran probabilidad de que la nacion no vacilaria entre un niño incapaz de gobernar y un principe belicoso, cuyos titulos eran los únicos legítimos á los ojos de un gran número de gentes. Enrededor de D. Fernando se agrupaban los ricos-homes mas notables emigrados de Castilla; poseedor de vastos dominios en Aragon, y disponiendo de un pequeño ejército y de una numerosa clientela, el infante era demasiado poderoso para no causar sombra á un principe tan desconfiado y tan celoso de su autoridad como era Pedro IV, que nunca habia visto en su hermano mas que un rival y un enemigo, y que se estremecia al pensar que ese principe, hoy vasallo suyo, podria ser mañana un soberano mas poderoso que él. En el conde de Trastámara, por el contrario, encontraba esa docilidad y delicadeza que tanto agrada á los déspotas. A cualquier precio que un desterrado compra la proteccion de que tiene necesidad siempre la recibe como un beneficio, y de aquí

esa preferencia acordada al conde de Trastámara y esos compromisos extraordinarios que no temia contraer con un aventurero.

Cuando la agresion imprevista de los castellanos obligó á Pedro IV á buscar por todas partes soldados, el infante y muchos ricos-homes aragoneses se opusieron vivamente á la admision de la compañía de aventureros que don Enrique mandaba. «¿Por qué comprar tan caramente, decian, los servicios de un extranjero, cuando tan mal se recompensan los nuestros? En vano reclaman nuestros soldados su haber, y todo se concede á los del bastardo de Castilla.» Vanas fueron estas representaciones; D. Enrique reapareció en Aragon, y el rey prohibió á todos, menos á él, que reclutasen gentes en Francia (1). Era evidente que esta órden tendia á disminuir las fuerzas y la importancia de D. Fernando; mas sin embargo, y á despecho del rey, un gran número de aventureros, la mayor parte emigrados castellanos, despues de haber pasado los montes con el conde de Trastámara lo dejaron para ir á alistarse en la bandera del infante de Aragon, á quien consideraban como su señor natural; y ¡cosa notable! los primeros que dieron el ejemplo de esta desercion fueron los mismos hermanos de D. Enrique, D. Tello y D. Sancho. El rey de Aragon se manifestó vivamente ofendido; pero en medio de una guerra cruel, acosado por un enemigo tal como D. Pedro, la prudencia le obligaba á disimular su resentimiento, que solo dejaba vislumbrar por una serie de humillaciones y desaires sistemáticos, con los cuales atormentaba á su hermano, al mismo tiempo que afectaba los miramientos cada vez mas lisonjeros para D. Enrique.

---

(1) Zurita.

Furioso de ver siempre bien pagadas las bandas del bastardo, mientras que las suyas carecian de lo necesario, el infante no perdonó ni las súplicas ni aun las amenazas. Hallándose en Zaragoza, cansado de reclamar inútilmente el sueldo debido á sus tropas, entró á viva fuerza en casa de un tesorero del rey, hizo romper sus arcas á hachazos, y distribuyó á sus gentes lo que contenian (1). Este golpe atrevido tenia lugar en el momento mismo en que D. Pedro amenazaba á Valencia, con riesgo de ser tomada, si los refuerzos que el infante conducia no hubiesen puesto al ejército aragonés en estado de presentarse para hacer levantar el sitio. Sin duda que la accion tenia una excusa en el inminente peligro y en la necesidad de satisfacer á los soldados para contenerlos bajo sus banderas, cuando tanto importaban sus servicios; pero Pedro IV olvidó que tal vez debia á esta victoria la conservacion de la segunda capital de su reino, y solo vió en ella un acto de vandalismo, ó mas bien de autoridad, que no le perdonó. La enemistad palpitante entre los dos hermanos era alimentada hábilmente por el conde de Trastamara, trabajando cada dia por envenenarla mas y mas. Resuelto á exasperar al infante, cuyo carácter violento é impetuoso conocia, aconsejaba al rey todas las medidas que podian llevar la irritación á su colmo y producir por último una esplosion terrible. Para ejecutar este complot encontró un auxiliar poderoso en uno de sus propios enemigos, que era Bernal de Cabrera; y sin concertarse, ambos á dos trabajaron con igual ardor en la pérdida de D. Fernando (2). Cabrera odiaba igualmente al infante y al conde de Tras-

---

(1) Zurita.

(2) Feliu. An. de Cataluña.

tamara, no solo como á los dos hombres que le disputaban su autoridad, en otro tiempo omnipotente en Aragon, sino tambien como á los adversarios declarados de su politica. Siempre habia aconsejado á su amo que hiciese la paz con el rey de Castilla y que no espusiera su reino á las mayores desgracias por los intereses de extranjeros turbulentos, y por esto lo acusaron de haber sido ganado por D. Pedro; pero esta imputacion, que nadie autoriza, no es necesaria para explicar su conducta. Representante del partido aragonés en la corte de Pedro IV era necesariamente el enemigo abierto de la bandería de los castellanos emigrados.

Desde el momento en que fueron públicos los preliminares del tratado concluido en Murviedro, el infante, que acababa de oponerse con todos sus esfuerzos á un acomodo con el rey de Castilla, anunció claramente que siendo inútiles sus servicios á su pais iba á pasar á Francia para ofrecer su espada al regente, seguro de que trataria segun sus méritos á los bravos que militaban á sus órdenes. Su tropa, ó, como se decia entonces, su compañía, estaba compuesta de cerca de mil lanzas de emigrados castellanos y de sus vasallos aragoneses, viejos soldados adictos todos á su fortuna. Al saber esta declaracion demostró Pedro IV la mayor sorpresa, y mandó decir á su hermano que le pedia permaneciese á su servicio, prometiendo satisfacerlo cumplidamente en lo sucesivo. En este momento estaba dividido el ejército aragonés en dos campamentos muy inmediatos entre si, pero que se observaban con todas las precauciones que se toman en presencia del enemigo. Por una parte el infante ocupaba á Almanzora con sus hombres de armas, y por otra el rey se habia alojado en Castellon de la Plana con las tropas de su casa y la compañía del conde de

Trastámara. Después de largas conferencias pareció que D. Fernando se rendía á las representaciones de los enviados del rey y á las súplicas que le dirigian un gran número de ricos-homes aragoneses, cuyo afecto hacía su persona conocida, y consintió en permanecer en Aragón, aceptando la entrevista que se le proponía en Castellón, para oír de boca misma del rey la confirmación del tratado que para siempre lo adheriría á su servicio. Pedro IV lo recibió con los brazos abiertos y le invitó á comer con algunos señores aragoneses y castellanos. Era el 10 de julio, tiempo del mas intenso calor, y después de la comida se retiró el infante á una sala baja para dormir la siesta, según la costumbre española. Rara vez se separaba entonces un gran señor de sus familiares, especie de guardia que exigía tanto la prudencia como el fausto feudal, y D. Fernando estaba acompañado por cuatro de sus caballeros, dos castellanos y dos aragoneses: uno de los primeros era Diego Perez Sarmiento, antiguamente muy favorito de D. Pedro, y á quien vimos pasar á Aragón poco después de la batalla de Araviana. De improviso se presenta un alguacil de corte en la puerta de la sala, despierta al infante y le declara en nombre del rey que es su prisionero. «¡Yo prisionero! esclama D. Fernando saltando de la cama; ¿quién se atreve á prender á gente de mi condición?» En el mismo instante tira de la espada y esclama á su vez Perez Sarmiento: «Antes morir con las armas en la mano que rendirse.» El alguacil huyó y ellos se parapetan en la sala con muebles y se disponen á vender caras sus vidas. Apenas resonó el primer grito de alarma en la habitación del rey cuando apareció el conde de Trastámara á la cabeza de una tropa numerosa y armada de todas armas, precaución que indicaba claramente que la causa del tumulto le era cono-

cida de antemano. Mientras que unos se esforzaban por romper á hachazos la puerta de la sala, otros abrían agujeros en el techo para tirar sobre las cinco víctimas: en tal estremidad, y no escuchando el infante mas que su valor, abre por sí mismo la puerta, y con espada en mano se precipita sobre los sitiadores seguido de los dos emigrados de Castilla. Fuese cobardía ó traición, los dos caballeros aragoneses saltaron por una ventana y consiguieron salvarse. Al ver el infante á D. Enrique se lanza sobre él como un furioso, y del primer golpe tira muerto á sus pies á un escudero del conde que se había puesto delante de su señor. Sin mas armas que sus espadas estos tres hombres, exaltados por la desesperacion, hicieron retroceder un instante á la multitud de sus adversarios; ¿pero qué podia el valor contra una tropa numerosa y cubierta de hierro? Herido el infante por Pero Carrillo, mayordomo del conde de Trastámara, cayó en tierra acribillado de golpes, y Sarmiento y su compañero se hicieron matar sobre su cuerpo (4).

La noticia de este asesinato pasó en un instante al campo de Almanzora, y persuadidos D. Tello y D. Sancho de que el rey de Aragon les reservaba la misma suerte gritaron á las armas desplegando la bandera del infante y se forman en batalla con toda su compañía á la entrada del pueblo. Pronto vieron llegar á D. Enrique con sus castellanos, reforzados por muchas banderas aragonesas. Dióse por ambas partes el grito de guerra, y ya bajaban las lanzas para cargarse cuando un heraldo, revestido de su tabardo con las armas de Aragon, se adelanta entre los dos ejércitos y grita en nombre del rey que nada tenían

(4) Ayala.—Zurita.—Carbonell.

que temer los emigrados si permanecian en su deber, y que el rey no los creia cómplices en la traicion, cuya pena acababa de sufrir su jefe. Al mismo tiempo el conde, quitándose el almete y llamando á los principales caballeros de la compañía del infante, los conjuró á que no se espusieran á una pérdida cierta rehusando obedecer las órdenes del rey de Aragon. Ahora que D. Fernando habia muerto sus soldados solo podian optar entre dos partidos: ó salir de España, ó servir fielmente al príncipe que los habia acogido en sus estados. Habituaados á la vida de aventuras la mayor parte de ellos no tenian otro medio de existencia que su lanza y su caballo; y como D. Enrique hacia brillar á sus ojos el oro del rey de Aragon y les aseguraba que en lo sucesivo les seria pagado exactamente su sueldo, casi todos consintieron en engancharse en su compañía. Despues del infante el conde de Trastamara ocupaba el primer rango entre los emigrados de Castilla, y naturalmente debia heredar un ejército á cuyo jefe acababa de hacer degollar. Viéndose abandonados D. Tello y D. Sancho se sometieron como los otros, y D. Enrique incorporó sin oposicion los emigrados de Almanzora en sus propias fuerzas; pero algunos señores aragoneses, menos confiados que los castellanos en las promesas de amnistia de su señor, abandonaron precipitadamente su corte. El vizconde de Cardona huyó de Castellon con todos sus vasallos, y no se creyó seguro hasta encontrarse entre los muros de su castillo feudal (4).

### III.

Parecia que la muerte de D. Fernando habia de hacer

---

(4) Ayala.—Zurita.—Carbonell.

mas fácil la ratificación de la paz. Estaba convenido entre los plenipotenciarios castellanos y aragoneses y el rey de Navarra, que había aceptado el papel de árbitro, que la ejecución de la cláusula principal del tratado; es decir, la entrega de las plazas cedidas recíprocamente, tendría lugar el 20 de agosto; y el 4 del mismo mes se reunieron en Tudela para arreglar las últimas formalidades. Presentando los castellanos dificultades nuevas pretendieron aplazar la entrega de las plazas que debían ser devueltas al rey de Aragon, y se comenzó á temer que tuviesen instrucciones secretas para romper el tratado. Lejos de dispersarse el ejército castellano recibía diariamente refuerzos; en toda la frontera de Castilla solo se veían preparativos de guerra, y en Sevilla, donde había ido D. Pedro durante las conferencias de Tudela, se armaba con actividad una escuadra formidable, á la que se agregarían diez galeras enviadas por el rey de Portugal. Todo anunciaba que D. Pedro reunía sus fuerzas para una nueva campaña, y el rey de Aragon, en la triste situación de sus negocios, no podía esperar que le fuese mas afortunada que las precedentes, á menos que consiguiese dividir á sus enemigos.

Sabemos que el rey de Navarra no había tomado parte en la guerra sino obligado por una especie de sorpresa, pues temía tanto como el aragonés la ambición de D. Pedro, y su interés manifiesto era oponerse al engrandecimiento de tan peligroso vecino. Mezcla de timidez, de avaricia y de perfidia, el carácter del rey de Navarra se reasume en el renombre de *Cárlos el Malo* que le dieron sus contemporáneos y que la posteridad ha confirmado despues. Un principillo no existía entonces sino á fuerza de astucia y de duplicidad, y así merecía el nombre de político. Tratábase para el rey de Aragon de com-

prar su alianza, ó cuando menos su neutralidad, y aquí comienza una serie de intrigas oscuras, en las que Pedro IV, Carlos y el conde de Trastamara luchan en amaños, desconfianza y mala fe. Segun Zurita, que parece haber consultado sobre estas negociaciones documentos perdidos en el dia, fue propuesta por Pedro IV al rey de Navarra una entrevista secreta á instigacion de D. Enrique (1). Si este dió el consejo el aragonés solo se ocupó de sus propios intereses. Los dos monarcas se vieron con mucho misterio el 25 de agosto en Uncastillo, sobre el mismo limite de sus estados. Combatido Carlos por la codicia y el temor que le inspiraba el poder de D. Pedro acabó, despues de largas vacilaciones, por prometer una alianza secreta, á condicion de que le fuera caramente pagada. Aqui refiero segun el concienzudo analista de Aragon, que desgraciadamente no ha citado sus autoridades, las principales condiciones del pacto concluido entre las dos coronas. Una suma considerable de dinero que debia ser contada al Navarro en un plazo de cuatro meses y muchas plazas importantes puestas en sus manos responderian del pago, porque ninguna confianza podia tener en una promesa cuando no tenia prendas para garantirla; y tambien se comprometia el de Aragon á darle subsidios para pagar sus tropas, aun en el caso de que no operasen inmediatamente contra Castilla. Estipulose, en fin, que si Carlos, por cualquier medio que fuese, llegaba á hacer morir á D. Pedro ó á entregarlo al rey de Aragon, este pagaria la cabeza de su enemigo con un

---

(1) Zurita.—No he encontrado trazas de estas negociaciones en los archivos de Barcelona; pero Zurita es por punto general tan exacto, que no dudo tuviera á su disposicion datos positivos.

donativo de doscientos mil florines y la cesion de la ciudad y territorio de Jaca.

Ya hemos visto que en todas las transacciones diplomáticas se pretendia estrechar las ligas políticas por medio de matrimonios. Pedro IV pidió la mano de una hermana del rey de Navarra para su hijo el duque de Girona, poco antes prometido á la hija de D. Pedro por el tratado de Murviedro. En caso de agresion de los franceses Aragon debia tomar partido por Navarra y defender sus posesiones mas acá y mas allá de los montes : en resumen, Cárlos obtenia del rey de Aragon las ventajas que habia encontrado en su alianza con Castilla, y ademas subsidios que á sus ojos tenian mas precio que una proteccion incierta. Con estas condiciones se comprometia á declararse contra D. Pedro, conservando siempre la facultad de elegir el momento que juzgase mas favorable; en otros términos, aquel en que creyese no tener ningun peligro que correr.

No debo olvidar las precauciones minuciosas y estrañas concertadas entre los dos reyes para asegurar el cumplimiento exacto de todos estos convenios, pues demuestran el punto de refinamiento á que habia llegado la política en el siglo XIV. Claro es que hombres que conocian sus numerosos perjurios no se fiasen de juramentos pronunciados ante los altares y que necesitasen prendas materiales y sólidas contra su mala fe. Primero se estipuló que las plazas ofrecidas por Pedro IV en garantia de los subsidios prometidos serian entregadas á un caballero aragonés, llamado Pedro Aleman, el cual deberia comenzar por *desnaturalizarse*; es decir, por reconocerse vasallo de Cárlos prestándole juramento. Este cambio de nacionalidad tenia por objeto exonerar al gobernador depositario de una plaza de la obediencia debi-

da á su señor natural. El navarro pidió tambien que Bernal de Cabrera, del cual desconfiaba, suscribiese el tratado y saliese garante de su leal ejecucion, para cuyo efecto se haria dendo suyo y vendria á residir á sus estados. Por este cuidado de multiplicar sus precauciones demostraban ambos reyes la poca confianza que tenian en sus propios juramentos y confesaban que la palabra de sus caballeros valia mas que la suya. Un punto importante y difícil era ocultar todas estas transacciones á D. Pedro, aun cuando fuese por poco tiempo, pues la entrega de las plazas y el cange de rehenes podian denunciarlas. Pedro IV consentia en entregar á su ministro; pero en cambio pedia al infante Luis de Navarra, y se convino en que el príncipe se dejaria sorprender, cayendo prisionero de D. Enrique, que lo conservaria por cuenta del aragonés.

Los dos monarcas estaban de acuerdo; pero cuando fue preciso dar parte de estas convenciones á Bernal de Cabrera encontraron en él la oposicion mas terca. El astuto ministro no tuvo trabajo en adivinar la influencia del conde de Trastamara en todas estas intrigas, y comprendió que el bastardo no queria alejarlo de la corte de Aragon sino para dominar solo en ella y quizás para perderlo. Por mucho tiempo rehusó cambiar de nacionalidad; pero vencido por las instancias y promesas de Pedro IV cedió al fin, aunque con disgusto, y prestó el juramento de homenaje al rey de Navarra, con la restriccion de que no podria exigir de él nada que fuese contrario al servicio del rey de Aragon ó del duque de Gerona, su hijo. En cuanto á entregar su persona al navarro, su nuevo soberano era demasiado prudente para consentir en ello, y siempre encontró algun pretesto para permanecer en Aragon.

El tratado de Uncastillo fue firmado por los dos reyes, por cierto número de ricos-homes y por el conde de Trastámara; pero algunos artículos permanecieron secretos para este último. Despojada de una parte de sus estados Pedro IV no abandonaba la esperanza de hacer conquistas en Castilla, y ya las repartía con su nuevo aliado, estipulando que, si llegaban á espulsar á D. Pedro de sus dominios, los reinos de Murcia y de Toledo serian reunidos al Aragon, y que Carlos tendria por su parte de despojos las provincias de Castilla la Vieja y Alava, que en época muy remota habian formado parte de la corona de Navarra, garantizándose mutuamente este aumento del territorio contra D. Enrique para el caso en que intentase ponerle algun obstáculo (1). Esta era la tercera vez que Pedro IV dividia la Castilla en imaginacion: primero con D. Fernando, despues con D. Enrique, ahora con el rey de Navarra, y siempre sin poseer en ella una pulgada de terreno. Esta presuncion es singular en un principe tan prudente, á quien no cegaba su ambicion hasta

---

(1) Zurita.—Segun Ayala esta entrevista tuvo lugar en Sos y no en Uncastillo; y refiere que los aliados, despues de haber firmado el convenio que hemos referido, quisieron sellarlo con el asesinato de D. Enrique; pero falló el golpe por no prestarse á esta traicion el castellano de Sos. Esta es la version de Ayala, en mi concepto inverosímil, pues es evidente que en esta época gozaba D. Enrique del mayor favor cerca del rey de Aragon. Acababa de obtener la muerte del infante, lo cual no era muy difícil sin duda; pero si que comenzase á suplantar á Cabrera, mediador infatigable de la paz con Castilla. Tal proyecto no podia tener otro motivo que el deseo de obtener la paz con Castilla. ¿Pero cuál era el objeto de la alianza de los reyes de Aragon y de Navarra sino proseguir esa guerra á todo trance? Probablemente repitió Ayala los rumores esparcidos entre los emigrados castellanos, que despues de la muerte del infante siempre esperaban alguna nueva traicion de Pedro IV.

el punto de perseguir una quimera. ¿No será esto una prueba de su claró juicio? Mientras que D. Pedro sembraba á lo lejos el temor una tempestad terrible se formaba á sus espaldas: ya no era una parte débil de su nobleza que queria reconquistar sus privilegios; era toda la nacion castellana, que cansada del despotismo tendia los brazos á un libertador. Pedro IV conocia bien la situacion de su enemigo y no desesperaba.

Poco tiempo despues cabalgaba mal acompañado el infante Luis de Navarra por la frontera de Aragon, y cayó en una emboscada, donde fue hecho prisionero por el conde de Denia, hijo del infante En Pere y hermano de armas del conde de Trastamara. Al saber este golpe los capitanes castellanos gritaron traicion y corrieron á las armas, pidiendo se les entregara el castillo de Castelfavib, que con arreglo á las convenciones de Murviédro estaba depositado en manos de un gobernador navarro, el cual lo ocupaba en nombre de su amo, árbitro y garante del tratado. Bien que los castellanos no fuesen juguete de la fingida sorpresa del infante D. Luis, ó bien que sospechasen al gobernador de inteligencia con el aragonés, por cuanto rehusaba abrirles las puertas, ellos embistieron al castillo, y despues de una resistencia vigorosa fueron pasados á cuchillo la guarnicion navarra y los aragoneses que la sostenian (4). Por todas partes vuelven á comenzar las hostilidades. Saliendo D. Pedro de Sevilla al primer rumor de guerra corrió á la frontera de Murcia, y encontrando ya reunidas sus tropas se lanzó sobre el reino de Valencia, tomando en algunos dias á Elche, Alicante y otras muchas plazas que en otro tiempo habian

(4) Zurita.

hecho parte del patrimonio del infante D. Fernando. Deshaciase en quejas contra la mala fe de sus enemigos y juraba hacer en ellos una venganza ejemplar; las apariencias estaban en su favor, y parecía que esta vez rechazaba una provocacion desleal. Sea que no reconociese aun los nuevos compromisos del rey de Navarra; sea que despreciase demasiado á este principe para temerlo, dirigió sus esfuerzos hácia el Sur y anunció el intento de marchar sobre Valencia en el momento en que su escuadra se viera en estado de hacer una poderosa diversion sobre la costa (1).

Esta brusca invasion y los progresos irresistibles de los castellanos aumentaban las alarmas del aragonés y servian poderosamente á los proyectos ambiciosos de don Enrique: mientras mas apremiante era el peligro mas se engrandecia su papel. General de un ejército ya numeroso, y reconocido por los emigrados como pretendiente al trono de Castilla, exigia ahora que el rey de Aragon lo tuviese espresamente como tal. Parece que reinaba entonces algun desaliento entre los desterrados castellanos, pues fuera por desconfianza en el éxito, fuera por pena de la muerte del infante, su antiguo jefe, muchos de ellos hablaban de pasar á Francia, tomar en ella servicio y hacer la vida de aventuras en un pais donde habian hallado fortuna tantos extranjeros. D. Enrique alimentaba estas disposiciones y vociferaba públicamente el favor de que gozaba en la corte de Francia y las magnificas ofertas que de ella habia recibido. Anunciar el deseo ó la intencion de pasar los Pirineos era un medio seguro de hacer pagar mas caros sus servicios al rey de Aragon que veia al enemigo en el corazon de su reino.

---

(1) Ayala.—Zurita.

El 10 de octubre de 1363 se firmó un nuevo tratado en Benifar entre el rey de Aragon y D. Enrique para confirmar y esplicar las reducidas convenciones de Monzon. Tratábase de determinar exactamente cuál era esa sesta parte de la Castilla que debia ser cedida por el pretendiente. D. Enrique se obligó á entregar á Pedro IV el reino de Murcia y diez ciudades importantes de las dos Castillas (1) á titulo de indemnizacion por los gastos considerables que iba á arrastrar consigo la conquista; y por su parte el rey prometió conducir por sí mismo un ejército aragonés para apoyar la invasion. Informado de que D. Enrique trataba secretamente con el rey de Navarra, porque cada uno de los tres aliados tenia sus intrigas particulares, temió que Carlos diese mas precio por su venta, y estipuló que cualquiera que fuese la parte de este último en la conquista de Castilla la parte de Aragon seria tres veces mas considerable. Es de notar que este tratado tan importante fue firmado únicamente, contra el uso, por dos testigos, simples caballeros y ugieres de armas del rey de Aragon (2). Estas convenciones fueron aceptadas sin dificultad por el conde de Trastamara; pero se mostró exigente sobre las garantías que debian asegurar su ejecucion: pidió rehenes, y no rehenes ordinarios, en razon á la gravedad de las circunstancias. Primero quiso que un hijo del rey, el infante D. Alonso, fuese puesto en manos de un tercero que él debia nombrar para que lo tuviese en un castillo fuerte, y despues designó ademas á los hijos de los principales consejeros de Pedro IV, porque los

(1) Requena, Moya, Otiel, Canyet, Cuenca, Molina, Medina-Celi, Almazan, Soria y Agreda. Recuérdese que en el tratado de Uncastillo se reservó Pedro IV «todo el reino de Toledo.»

(2) «Arch. gen. de Aragon.» Benifar 10 de octubre de 1363.

niños, como mas fáciles de custodiar que los hombres, eran preferidos por los negociadores prudentes. Tuvo cuidado de pedir al nieto de Cabrera, su enemigo, á fin de tener una garantía contra la mala fe de este ministro, de quien sospechaba, no sin razon, que quisiese comprar á sus espensas la paz con Castilla. El rey de Aragon prometió á su propio hijo, y obtuvo el consentimiento y la firma de sus consejeros, inclusa la del mismo Cabrera, sin comunicarles, al parecer, las cláusulas del tratado que sus hijos debian garantir (1). Todavía no era nada tener promesas, y promesas firmadas; era preciso que los rehenes fuesen entregados realmente, y los consejeros del rey, sobre todo Cabrera, demostraban tanta repugnancia á cumplirlas que era bastante evidente que su adhesion habia sido sorprendida ó forzada (2). Entre tanto D. Enrique, tranquilo espectador de los progresos de don Pedro, solo se ocupaba de hacer subsistir su compañía y de proporcionarles cómodos cuarteles: sabia que estaba próximo el momento en que seria necesario someterse á todas sus exigencias.

#### IV.

El rey de Navarra, por otra parte, no se mostraba mas celoso por servir á su nuevo aliado, quien, en la penuria de su hacienda, no podia suministrarle los subsidios prometidos. Pero en su cualidad de árbitro elegido para la ejecucion del tratado de Murviedro pronunció contra don

---

(1) «Arch. gen. de Aragon.» Convencion para cange de rehenes. Benifar 6 de octubre. «Indice alfabético del rey D. Pedro IV.»—Ratificación del convenio precedente. Benifar 10 de octubre de 1363. Ibid.

(2) Feliu. «An. de Cataluña.»

Pedro y se autorizó con su decision, no para hacerle la guerra, sino para observar la neutralidad. Ya esto era mucho; pero Pedro IV quiso obtener mas, y pidió á Carlos una segunda entrevista, en la cual se convino que D. Enrique se hallase en ella, porque ya tenia bastantes soldados para que se tratase con él como de potencia á potencia. Nada pinta mejor las atroces costumbres del siglo XIV que los contratos sin cesar renovados, los juramentos prodigados sin pudor, y sobre todo la desconfianza que se manifestaban en todas ocasiones estos principes que acababan de jurarse sobre los Evangelios una amistad eterna. El castillo de Sos, en la frontera de Navarra, fue escogido para esta conferencia; pero antes de concurrir á ella quiso D. Enrique que el mando de la plaza fuese dado á un señor aragonés que él designaria, y fijó el número de hombres de que se compondria tanto la guarnicion como el séquito que cada uno llevase: cuando entró en Sos dejó delante de los fosos ochocientos hombres de armas de su compañía. Allí debatieron de nuevo las condiciones de una alianza entre los dos reyes y las de un tratado particular de estos con el conde de Trastamara. A falta de dinero prometió Pedro IV entregar al navarro muchas ciudades de su reino como fianza de los subsidios que la escasez de su tesoro le obligaba á aplazar. En seguida procedieron los tres confederados á la particion de la Castilla, modificando el tratado de Benifar y haciendo á Carlos ventajas considerables, pues debia quedarse con Castilla la Vieja y Vizcaya y algunas ciudades de Castilla la Nueva, entre otras Soria y Agreda, cedidas poco antes al rey de Aragon. La parte de este último se componia de los reinos de Murcia y de Toledo. D. Enrique dió en rehenes á su hija doña Leonor, á su hijo natural, llamado D. Alonso Enriquez, y á los de muchos emigrados: el rey

de Navarra entregó al infante D. Martín, su hijo, y á muchos jóvenes de las primeras familias de su reino; y el conde de Trastámara exigió además que todos los señores navarros prestasen juramento sobre la Eucaristía de acompañarlo á su expedición en Castilla y de servirle fielmente, so pena de ser declarados infames y traidores (1).

A pesar de tantos juramentos y de tantas minuciosas precauciones el tratado de Sos tuvo la misma suerte que los convenios que le habían precedido: el rey de Aragón no suministró subsidios; el de Navarra continuó observando la neutralidad, y solo D. Enrique ganaba en estas negociaciones, en las cuales era tratado como soberano, y en las que solo daba lo que aun no poseía. En cambio de esto alcanzaba del rey de Aragón el sacrificio del único hombre que aun podía destruir sus ambiciosos proyectos: la pérdida de Bernal de Cabrera fue resuelta en Sos y muy pronto cumplida.

La negativa mas ó menos diestramente disimulada de entregar á su nieto en rehenes no era la primera señal que había dado de su oposición al engrandecimiento del conde de Trastámara, pues jamás había cesado de aconsejar al rey que le retirase su protección ó hiciese una paz sincera con Castilla, cosa que aun en este momento creía Cabrera posible. Ordinariamente ven los despotas con placer las rivalidades de sus vasallos, pues los celos y el odio de sus cortesanos les dan muchas veces á conocer la verdad. Siguiendo los consejos de D. Enrique tal vez Pedro IV hubiera continuado contemplando á Cabre-

(1) Refiero, según Zurita, el tratado de Sos, cuyas huellas no he podido encontrar en los archivos de Aragón. Según este cronista, siempre tan exacto, el tratado tuvo lugar el 2 de marzo de 1364.

ra si el ódio del bastardo no hubiera estado poderosamente secundado por el rey de Navarra, por la reina de Aragón y por una gran parte de los súbditos de Pedro IV. Los catalanes, sobre todo, irritados de tiempo atras por la administracion parcial y tiránica de Cabrera negaron al rey subsidios si no hacia justicia de un ministro aborrecido (1). Solo contra todos, y no teniendo mas apoyo que un amo ingrato y sin corazon, sintiendo Cabrera que su crédito se debilitaba de dia en dia demostró en varias ocasiones su deseo de abandonar el timon de los negocios, anunciando la intencion de resignar todos sus empleos y acabar su vida en el retiro. Tal vez no era sincero al ofrecer de este modo dejar el campo libre á sus enemigos, pues era raro en esta época que semejante renuncia no fuese el prelude de una rebelion abierta, y los reyes del siglo XIV tenian la costumbre de no separar á un ministro de sus consejos sino para enviarlo al cadalso. Pedro IV rehusó aceptar la dimision de Cabrera, y en varias ocasiones le dió seguridades de que continuaba en su buena gracia: á fuerza de promesas y de adulaciones consiguió engañar su desconfianza y atraerlo al castillo de Almudover, donde habia ido con D. Enrique y el rey de Navarra poco tiempo despues de las conferencias de Sos. Es extraño que el astuto político que acababa de hacer caer al infante D. Fernando en un lazo semejante no reconociese el peligro sino cuando ya se encontraba en manos de sus adversarios. Apenas habia llegado al castillo de Almudover cuando el de Navarra y D. Enrique se presentaron á pedir cuenta al rey de Aragón de un rumor que, segun ellos, se habia esparcido en todo el ejército, pues aca-

---

(1) Zurita,

habían de advertirles que ambos iban á ser asesinados por orden suya (1). En este tiempo no tenia nada de improbable semejante rumor, y el mismo Pedro IV nos hace conocer esta acusacion, concertada, segun toda apariencia, entre los enemigos de Cabrera. El rey se justificó y quiso descubrir los autores de esta calumnia; al instante le nombraron á su ministro; pero advertido este del complot ya habia tomado la fuga. No fue necesario mas para que lo declarasen culpable de los crímenes menos averiguados y absurdos (2), y perseguido con calor pronto fue preso y entregado á su nuevo soberano el rey de Navarra, quien despues de haberlo encerrado por algun tiempo en un calabozo, avergonzado quizás del papel de verdugo, lo entregó á Pedro IV, su señor natural: despues de un juicio irrisorio rodó la cabeza de Bernal de Cabrera (3). Su hijo, el conde de Osona, prisionero en Castilla desde el sitio de Calatayud, obtuvo de D. Pedro el favor de ser puesto á rescate: muy luego tomó servicio en Castilla, y habiéndose desnaturalizado aceptó el mando de una de las galerías enviadas de crucero á las costas de Aragon (4).

El conde de Trastamara encontraba reyes para matar á sus enemigos políticos y se encargaba de vengar por si mismo sus injurias particulares. Pero Carrillo ocupaba el primer rango entre los señores castellanos adictos á su fortuna que formaban su reducida corte. El era su mayordo-

(1) Carbonell.

(2) Llegaron hasta á acusarlo de haber encargado al almirante Perrellós que insultase al rey de Castilla en el puerto de San Lúcar y de haber provocado esta guerra, contra la cual nunca cesó de protestar.—Zurita.

(3) Zurita.

(4) Zurita.

mo, que jamás lo había abandonado desde su fuga de Sevilla en 1350; á él debía su libertad la condesa de Trastámara; él era quien había dado el primer golpe al infante de Aragon, y jamás se había desmentido su fidelidad en medio de las intrigas y disensiones continuas que dividian á los emigrados en enemigas facciones. Buscábase una causa á una adhesion tan rara en esta época, y la atribuian en voz baja al amor que doña Juana, hermana de D. Enrique, había inspirado á Pero Carrillo. Ya he contado cómo esta señora, casada primero con D. Fernando de Castro, lo había abandonado poco tiempo despues para ir á vivir en Aragon al lado de su hermano. Su matrimonio había sido disuelto por causa de parentesco, y D. Fernando profesaba un odio mortal á D. Enrique, acusándolo de haber tomado este pretexto para romper una union que al principio había favorecido. En Aragon distinguió doña Juana á Carrillo; pero el orgullo del bastardo se indignó de que un simple caballero olvidase el respeto debido á la sangre de los reyes. Es un proverbio español que «á secreta injuria secreta venganza;» y habiendo atraído D. Enrique á Carrillo á un lugar apartado estando en una partida de caza, lo mató con un dardo. En las costumbres del tiempo podía pasar por un acto honroso este asesinato, pues un hermano era el señor de su hermana y el guardian celoso de su honor. Asi es que Ayala, celoso ordinariamente por escusar los crímenes del principe á quien debió su fortuna, refiere este asesinato sin comentarios, teniéndolo sin duda por justificado segun las leyes de la caballeria.

## XVIII.

### Guerra en el reino de Valencia.—1364—1365.

#### I.

**M**IENTRAS que el rey de Aragon y el conde de Trastámara luchaban en astucia y en perfidia, y en tanto que asesinaban á sus mas fieles servidores, D. Pedro arrasaba impunemente el reino de Valencia y ponía sitio á la capital. Dueño de la mayor parte de las ciudades de las cercanías estableció su cuartel en el Grao, á fin de cortar las comunicaciones de los sitiados con la mar y asegurar las suyas con su escuadra, esperada de un momento á otro. Valencia tenia una guarnicion numerosa y un gobernador fiel y valiente; pero estaba mal provista, porque la invasion de los castellanos habia destruido el año precedente la cosecha y hecho refluir á la ciudad casi toda la poblacion de los campos. Al cabo de algunos dias de bloqueo faltó el pan, quedando solo arroz para alimentarse, y esto en poca cantidad. Si tardaban algunas semanas los socor-

ros pedidos con instancia y repetidas veces al rey de Aragón Valencia era perdida; y D. Pedro, que no ignoraba la angustia de los sitiados, se limitaba á cerrar el paso á todos los convoyes, esperando con paciencia, encerrado en su campamento, que el hambre combatiese por él. Sus cuarteles estaban fortificados con esmero, y solo tenia que rechazar salidas que no podian producir resultado. Durmiéndose en esta seguridad engañadora no sospechaba absolutamente que tuviera un ejército aragonés en la orilla derecha del Ebro. Despues de mucho tiempo perdido en sus negociaciones con el rey de Navarra, pensando al fin Pedro IV en la situacion alarmante de Valencia, habia obtenido á fuerza de súplicas que D. Enrique reuniese sus tropas al ejército de Aragón. Creyéndose entonces en estado de ofrecer la batalla avanzó hácia Valencia á marchas forzadas, mientras que su escuadra, cargada de municiones de toda especie, seguia sus movimientos costeano la orilla. Instruido de la posicion de los castellanos esperaba caer de improviso sobre sus cuarteles y obtener una victoria fácil sorprendiéndolos dispersados. Su ejército, compuesto de cerca de tres mil hombres de armas (1) y de siete á ocho mil peones, avanzaba rapidamente costeano la ribera por rutas no trilladas, y aunque lejos todavia del enemigo el rey habia dado orden, para ocultar mejor su aproximación, que no se encendiesen fogatas durante la noche. Probablemente habria permanecido D. Pedro hasta el último momento en la seguridad mas completa si un aviso enviado por un traidor no le hubiera revelado la inminencia del peligro.

---

(1) Ayala.—Carbonell da al rey de Aragón mil setecientos veinte y dos hombres de armas. Probablemente solo contó á los aragoneses y no á los castellanos de D. Enrique.

D. Tello no había cesado nunca de mantener relaciones secretas con él, bien fuera porque incierto del éxito quisiese proporcionarse á todo evento los medios de volver á su gracia, bien que celoso de D. Enrique sacrificase sus propios intereses al odio que profesaba á ese hermano cuya autoridad le era insoportable. Ya sabemos que cuando su expedición á Castilla había meditado una defección, descubierta y deshecha por la vigilancia del conde de Traslamara. Por una traición nueva envió esta vez uno de sus escuderos á D. Pedro para advertirle la aproximación y los proyectos del ejército aragonés (1). Grandes fogatas sobre las torres de Murviedro, señal de alarma dada por las avanzadas castellanas, confirmaron muy pronto la relación del escudero, al mismo tiempo que otros fuegos encendidos en lo alto de las montañas anunciaban á los habitantes de Valencia la llegada de sus libertadores (2). D. Pedro no perdió un momento. A la caída de la noche reunió todas sus tropas, levantó el campo y por la mañana ya estaba en Murviedro ocupando una posición ventajosa y defendiendo el camino que conduce á Valencia.

Los castellanos estaban en batalla al pie de los muros de Murviedro cuando el ejército aragonés se presentó en la llanura. Parecía inevitable un conflicto. Pedro IV se apresuró á ordenar sus soldados, y corriendo á lo largo de los batallones á medida que se formaban los arengó y exhortó á cumplir con su deber. «Juro, dijo á los hombres de armas, dar yo mismo el primer golpe: que los pies delanteros de vuestros caballos pisen los de detras del

(1) Carbonell.—Ayala.

(2) Ayala.—Feliu. «Hist. de Cataluña.»

mio (1).» D. Pedro entre tanto no abandonaba las alturas, y despues de una estacion bastante larga para ofrecerle la batalla la infanteria aragonesa se replegó sobre las montañas y se atrincheró enfrente de los castellanos, mientras que la gendarmería, tomando la izquierda del camino, se acercó á la mar y siguió en buen órden por la playa su marcha hácia Valencia. Necesitaba pasar un riachuelo bastante profundo por un puente estrecho, y podia temerse que el enemigo se aprovechase del momento en que hubiese pasado la mitad de esta caballería para caer sobre la retaguardia. El conde de Trastamara se ofreció con su compañía para cubrir el desfile; pero el rey de Aragon no quiso ceder á nadie este puesto de honor, y dijo: «Mientras que haya ciento de mis hombres de armas en la ribera izquierda enfrente del enemigo yo permaneceré á su cabeza (2).» D. Pedro con el grueso de sus fuerzas observaba sin hacer un movimiento el desfile de la columna aragonesa. Lo unico que hizo fue destacar contra ella á sus ginetes andaluces y á los moros auxiliares; pero fue en vano que esta caballería ligera intentase comprometer una escaramuza lanzándole dardos, ó detener al enemigo volteando alrededor de su retaguardia: vestida de hierro la gendarmeria aragonesa no se dignó prestar atencion á adversarios indignos de ella, y sin romper sus filas ni alterar su órden de marcha continuó su movimiento, y llegó pronto á la Huerta sin haber sido cortada. Al mismo tiempo la escuadra echaba anclas en el Grao y desembarcaba víveres y municiones que al instante fueron

---

(1) Carbonell.

(2) Carbonell.

dirigidos á Valencia. Los habitantes acogieron á Pedro IV. con trasportes de alegría, que probaban bien la angustia á que habian estado reducidos, y todos se apiñaban á su paso besando sus manos, su armadura y hasta el arnes de su caballo (1). Estos testimonios de amor de los aragoneses por su señor contrastaban de un modo extraño con los sentimientos que D. Pedro inspiraba á sus vasallos: solo habia conseguido este hacerse temer.

Esta era la segunda vez que en el mismo lugar y casi en las mismas circunstancias rehusaba D. Pedro una batalla decisiva ó perdía la ocasion de darla. Puede suponerse que la vez primera, viendo debilitado su ejército por los destacamentos dejados en sus nuevas conquistas, creyó prudente no aventurar un conflicto general contra un enemigo superior en número; pero ahora sus fuerzas eran por lo menos iguales á las del rey de Aragon, y para explicar su inaccion preciso es buscar otro motivo. La nueva actitud del conde de Trastamara; las audaces esperanzas de los dos reyes aliados, y esa particion resuelta del reino de Castilla no eran vanas bravatas, y D. Pedro lo sabia muy bien. A los ojos del vulgo parecia en el apogeo de su poder; pero él mismo se sentia mortalmente herido en medio de sus victorias, y en vano intentó ocultar el secreto de su debilidad á sus adversarios. Un descontento sordo agitaba á todo su reino y presagiaba una catástrofe cercana: ya no podia castigar mas, porque sus súbditos no tenian una sola cabeza para cortarla. Sin embargo, solo veia enrededor suyo dóciles esclavos; pero la obediencia desusada de estos ricos-homes, poco antes tan turbulentos, era un sintoma que redoblaba sus inquietu-

---

(1) Carbonell.

des: él no se hacia ilusion sobre el odio que le profesaban sus pueblos, cansados de la guerra é indignados de su despotismo. ¡Cómo habia de osar comprometer un combate contra un ejército, cuya tercera parte se componia de desterrados castellanos, parientes, amigos y compatriotas de estos ricos-homes cuya lealtad le era tan sospechosa! La defeccion, la vacilacion sola de un cuerpo de tropas habria bastado para arrastrar su ruina. De este modo se perdió la batalla de Araviana, y ahora se veia rodeado de gente que habria mirado una derrota como la señal de su libertad. D. Pedro tenia ademas otro motivo para con-temporizar, pues esperaba á su escuadra, con la cual con-taba mas que con su ejército de tierra, porque la mayor parte de sus buques estaban mandados por extranjeros, de los cuales se creia seguro. Por último, esta guerra de si-tios que hacia le proporcionaba grandes ventajas; sus tropas vivian á espensas del enemigo; cada ciudad y ca-da castillo que caía en su poder le daba los medios de sa-tisfacer á algunos de sus avarientos nobles, y el fácil botín contenia al soldado en sus deberes. Tales eran, en mi concepto, las consideraciones que le obligaban á prolongar la guerra; sin embargo, se guardaba muy bien de confesarlas, y aun se quejaba de no haber podido obligar al rey de Aragon á venir á una batalla decisiva. «Hace la guerra como almogavare, decia (1).» Llamábase así una milicia irregular compuesta especialmente de catalanes, andadores infatigables, tan hábiles en sorprender al onemigo co-

---

(1) Las armas ofensivas de los almogavares consistian en muchos dardos y un hacha de forma particular. Jamás dormian en las casas y soportaban el hambre y la sed con una perseverancia sorprendente. Su grito de guerra era: «¡Hierro, despierta!» Véase la crónica de Mun-taner y la espedicion de los catalanes á Morea, por Moncada.

mo en ocultarse á su persecucion. Aunque los almogavares hubiesen batido en Morea á los barones de Francia y á sus hombres de armas, la gloria de sus empresas no hacia olvidar que eran campesinos salvajes, y su nombre era casi una injuria para caballeros, aun aragoneses, que tenian á gala hacer la guerra como pro-hombres, segun los principios. El dicho de D. Pedro picó en lo vivo al rey de Aragon, y se apresuró á responder á él por un cartel en forma, ofreciendo al rey de Castilla presentarse en dia fijo con todas sus fuerzas en una llanura designada entre Murviedro y Valencia para ventilar allí su querrela en un solo combate (1). El dia indicado avanzó hasta una legua de Murviedro y aguardaba á su adversario en orden de batalla; pero D. Pedro no hizo mas caso de esta bravata que del reto que la habia precedido.

## II.

Los dos ejércitos permanecieron en inaccion durante doce dias: los aragoneses en Valencia y los castellanos en Murviedro. Al fin apareció la armada de Castilla, fuerte de ochenta velas; veinte galeras de Sevilla, diez de Portugal y el resto de buques de transporte. Al instante D. Pedro, dejando toda su caballeria en su campo, se embarcó con lo escogido de sus ballesteros y bogó contra la escuadra enemiga, que inferior en número se habia refugiado en el Júcar, cerca de Cullera. La embocadura estrecha del rio, los atrincheramientos que la defendian y la presencia de Pedro IV con todo su ejército en la ribera no permitian que los castellanos tentasen un ataque á viva fuerza. Pasa-

---

(1) Carbonell.

ronse algunos dias en reconocimientos, en escaramuzas y en esfuerzos inútiles para atraer al enemigo al combate ó para forzar la entrada del rio; y para bloquear mas estrechamente á la escuadra aragonesa D. Pedro hizo sumergir en las aguas á tres de sus bajeles (1). Jamás salia de su galera y vigilaba por sí mismo con su actividad ordinaria los movimientos del enemigo; mas de repente un viento impetuoso del Este puso á su armada en el mayor peligro de ser arrojada contra la costa, y los pilotos prácticos de estos parajes desesperaban poder resistir á la tormenta. A cada instante corrian los aragoneses á la playa esperando ver caer en sus manos al rey de Castilla, cuya capitana, que baraba muy cerca de tierra, estaba mas espuesta que el resto de sus navíos. Desde la orilla seguian todas sus maniobras de angustia, y durante todo un dia pudo ver á sus enemigos prepararles hierros. Sucesivamente perdió su buque tres anclas, cuyos cables se rompieron; pero la cuarta resistió por fortuna y lo salvó. Al ponerse el sol cayó el viento, y la escuadra castellana, á pesar de sus averias, pudo aprovecharse del buen tiempo para ganar la anchura. En lo mas recio de la tempestad habia hecho voto D. Pedro, si escapaba de la furia del mar, de ir en peregrinación á la iglesia de Nuestra Señora del Puig, inmediata á Murviedro y celebrada por sus milagros. Creo que esta fue la única vez que la grandeza del peligro le arrancó algunas palabras que demostrasen sus sentimientos religiosos. Sincero ó no este voto fue cumplido fielmente de vuelta á Murviedro, y fue á la iglesia del Puig en camisa, con los pies desnudos y una soga al cuello, como un condenado que llega á pedir perdon (2).

(1) Feliu. «Hist. de Cataluña.»

(2) Ayala.

imediatamente despues salió del reino de Valencia para volver á Sevilla dejando una parte de su ejército para guardar las plazas que habia tomado en esta campaña y en la precedente. Alterada su salud por duras fatigas érale preciso tomar algun descanso durante los terribles calores del estío: ademas la campaña se habia prolongado mas de lo ordinario, y ya hemos visto que estaba resuelto á no dar la batalla. Puede tambien que el deseo de consagrar las grandes construcciones que hacia en el alcázar de Sevilla contribuyese á que volviera mas pronto á su residencia predilecta. Entonces fue cuando hizo la inauguracion de este palacio célebre, notable por la elegancia de su arquitectura, aun completamente árabe, y en cuya portada se lee la inscripcion siguiente: «Muy alto, muy noble, muy poderoso conquistador D. Pedro, rey de Castilla y de Leon, hizo construir este palacio y esta fachada el año de la era MCCCCII (4).»

Su permanencia en Sevilla no fue de larga duracion. Sabiendo en el mes de agosto que el aragonés habia hecho una demostracion contra Murviedro reapareció en el reino de Valencia y comenzó de nuevo esa guerra de sitios y de pillajes que parecia no tener mas objeto que la ruina completa del pais. Sus correrías se extendieron desde Calatayud hasta mas allá de Alicante. La caballeria ligera andaluza le daba por la rapidez de sus movimientos una gran ventaja sobre su adversario, que solo podia oponerle su pesada gendarmería. Entre el gran número de ciudades y de castillos que cayeron en su poder en el discurso de esta campaña Castelfavib fue la única plaza que sostuvo un sitio en regla. Los habitantes se habian su-

---

(4) Zúñiga. An. de Sevilla.

blevado y degollado á la guarnicion castellana, y para reducirlos fue preciso que el rey los atacase con el grueso de sus fuerzas y que llevase máquinas que batieron las murallas por espacio de un mes. Para construir estos ingenios y dirigirlos hizo el rey venir de Cartagena á dos moros, hijos de un ingeniero célebre que se llamaba mae-se Ali (1). Sabido es que entonces en España casi únicamente los musulmanes cultivaban las ciencias y las artes: arquitectos moros fueron los que edificaron el alcázar de Sevilla, y para destruir murallas como para levantarlas era necesario recurrir á los conocimientos superiores de los artistas árabes.

Después de la toma de Castelfavib se dirigió D. Pedro contra Orihuela, una de las plazas mas importantes del reino de Valencia, y el rey de Aragon resolvió arriesgarlo todo por prevenir el sitio. Llamó á todas sus fuerzas disponibles, y reuniéndolas hácia fin de noviembre alrededor de Aljecira, en número de tres mil hombres de armas y quince mil peones, las puso en movimiento el 4.º de diciembre con un gran convoy de viveres: todo este ejército se desplegó al día siguiente en un lugar llamado Campo de la Matanza, muy cerca de Lix, donde acampaba el rey de Castilla. Los aragoneses habian andado diez y ocho leguas en dos dias, marchando siempre por caminos no trillados y desiertos. El reino de Valencia, tan poblado y tan rico bajo la dominacion de los moros, habia cambiado extraordinariamente de aspecto, de lo cual se juzgará por el hecho siguiente referido en las memorias de Pedro IV. Avanzando su ejército por una línea inmensa á cada momento levantaba una cantidad de caza innu-

---

(1) Ayala.—Cascales. «Hist. de Murcia.»

merable, matando diez mil perdices y bastantes liebres para llenar con ellas cien carretas. En esto se habia convertido esta tierra tan fértil y tan bien cultivada en otro tiempo (1).

A pesar de las fatigas del camino, divertidos los aragoneses con esta caza milagrosa estaban llenos de ardor y de confianza, persuadidos de que esta vez iban á terminar la guerra con una batalla. Pedro IV participaba de estas esperanzas, pues contaba con sorprender á su enemigo de improviso, y no ocultaba su seguridad de la victoria. Al llegar á su cuartel se echó sobre un colchon para tomar algun descanso antes de la jornada del siguiente dia. «Dormid ahora, señor, le dijo el conde de Trastámara; ya os veis en el término de estas marchas tan penosas; pero así es como los grandes reyes confunden á sus débiles adversarios. Por vuestra diligencia habeis hecho saltar hoy el ojo derecho del rey de Castilla, vuestro enemigo (2).» Esta confianza de los aragoneses; esta certidumbre de la victoria estaba fundada sin duda en sus inteligencias secretas con los descontentos del ejército castellano. D. Pedro, sin embargo, no se dejó sorprender, y advertido por sus espías se habia apresurado á hacer salir de Lix todas sus tropas, ordenándolas en batalla: tenia seis mil caballos, hombres de armas ó ginetes, y once mil peones. Al salir el sol se encontraron los dos ejércitos en presencia y bastante cerca para que de una parte y otra se pudiesen distinguir las banderas. D. Pedro reunió á todos sus capitanes para celebrar consejo, y dijo: «El rey de Aragon marcha sobre Orihuela para impedir-

---

(1) Carbonell.

(2) Carbonell.

nos que pongamos sitio á esta plaza. ¿Debemos atacarlo?» Hubo un gran silencio y todos miraban al maestre como para comprometerlo á que hablase en su nombre. «Señor, dijo el maestre: hace mucho tiempo que Dios hizo la parte de la casa de Castilla y la parte de la casa de Aragon; y si se dividiese la Castilla en cuatro partes todavía una de ellas seria un reino mas grande que el de Aragon. Dueño de toda Castilla sois el rey mas grande de entre los cristianos, y podria añadir sin mentir del mundo entero. Por consiguiente si atacais hoy al rey de Aragon con todo vuestro poder lo vencereis y sereis rey de Castilla y de Aragon, y tal vez, con la ayuda de Dios, emperador de España.» Considerado Padilla como cuñado del rey y confidente de sus sueños ambiciosos tal vez revelaba en este momento los pensamientos mas secretos de su amo, y todos los otros capitanes, creyendo conocer las intenciones del rey, estuvieron unánimes en aconsejar la batalla y en presagiar la victoria. Mientras que ellos hablaban, D. Pedro, en pie y agitado, comia un pedazo de pan que acababa de pedir á un paje. «¿Conque, repuso, todos estais de acuerdo en que debo dar batalla al aragonés? ¡Pues bien! yo os digo que si tuviese por mis vasallos naturales á los que tiene el rey de Aragon me batiria sin temor contra vosotros y contra toda España: ¿pero sabeis cuáles son mis vasallos?... ¡Con este pedazo de pan hartaria á todos los leales que hay en Castilla (1)!»

(1) •E lo dit rey de Castiella pres lo dit pa é dix aytales paraules ó semblants: •A mi semeia que vosotros todos seades de acuerdo que ponga batalla al rey de Aragon, de que yo digo en verdat, que si yo tomase con mi los que el dito rey de Aragon tiene en sí, é los havia por mis vasallos ó por mis naturales, que senes todo miedo pelearia con todos vosotros é con toda Castiella é ahun con toda Hes-

Después de esta respuesta, dejando el rey á todos sus capitanes estupefactos y confusos montó á caballo y dió orden de volver á Lix, abandonando el camino al ejército aragonés que cuidó al instante de abastecer á Orihuela. Pasó con banderas desplegadas á vista del campo enemigo, donde todos deploraban con mas ó menos sinceridad el humor desconfiado de D. Pedro. Perdía, esclamaban, la ocasion mas favorable para destruir á su adversario, é imprimía una mancha de deshonor en las armas de Castilla. Muchos de sus capitanes osaron dirigirle vivas representaciones; pero estuvo inflexible y los rechazó con dureza. Parecia tener el secreto de alguna traicion urdida contra su persona, y si no castigaba era sin duda por ser los traidores demasiado numerosos.

Después de haber hecho entrar al convoy en Orihuela y de haber aumentado su guarnicion, tomando de nuevo el aragonés el camino de Valencia volvió á desafiar al ejército castellano y á desfilar á poca distancia de sus líneas, rehusando D. Pedro esta vez como la anterior comprometer el combate. Solo que vencido por las importunidades de su camarero, Martin Lopez, consintió en confiarle dos mil ginetes para acosar al enemigo y molestarlo en su marcha. A la cabeza de estos dos mil caballos cargó Martin Lopez tan vigorosamente, que puso á la retaguardia aragonesa en el mas completo desorden, y se cree que la victoria habria sido brillante si el resto del ejército hubiese apoyado el ataque de esta caballeria ligera (1). Pronto fue sofocada por un reves esta victo-

---

panya, é porque sepais yo en que vos tiengo, es asin, que con este pan que tiengo en mi mano pienso que se hartarian cuantos leales ay en Castiella. Carbonell.

(1) Ayala.—Zurita.—Carbonell.

ria estéril. Un convoy castellano que el maestre de Alcántara conducía á Murviedro se dejó sorprender por un destacamento aragonés salido de Valencia, y el maestre perdió la vida en esta refriega, que pronto tuvo las consecuencias mas funestas para D. Pedro, porque la guarnición de Murviedro estaba mal provista de viveres y contaba con este convoy para remediarse. Sin embargo, el rey no hizo ninguna tentativa para llevarle socorros (1). La aproximacion del invierno lo condujo á Andalucía y terminó la campaña. Por precio de su brillante hecho de armas obtuvo Martin Lopez el cargo de maestre de Alcántara, sobre el alto favor que ya gozaba y que hemos visto por qué servicios lo habia merecido.

### III.

Ningun plan fijo habia en las guerras de la edad media. Despues de haber pasado algunas semanas en Sevilla, don Pedro volvió á salir de esta ciudad para poner sitio á Orihuela, donde habia dejado entrar viveres sin oponerse. Pero antes de penetrar en territorio enemigo pasó por Cartagena, donde hizo matar á los capitanes y tripulaciones de cinco galeras aragonesas capturadas recientemente por su escuadra: solo la chusma fue perdonada para ser repartida en los buques de los vencedores. Ya vemos que la insolencia de Perellós debia costar cara á los marineros catalanes: estas galeras habian sido apresadas en una refriega sobre la costa de Berbería, donde el conde de Osona, hijo de Bernal de Cabrera, que montaba la capitana de Castilla, se distinguió por su valor en comba-

---

1) Ayala.

tir contra sus compatriotas (1). En los dos campos habia emigrados y estos eran los mas ardientes en atizar el fuego de la guerra.

El sitio de Orihuela comenzó al mismo tiempo que el de Murviedro. Los dos reyes apresuraban los trabajos con igual actividad, y ambos esperaban obligar al enemigo á renunciar á su empresa; pero cada cual se obstinaba por su parte y queria una victoria para él solo, indiferente á la suerte de sus capitanes. Fue en vano que el gobernador de Murviedro enviase mensaje sobre mensaje á D. Pedro para instruirlo de su posicion casi desesperada, pues el rey no respondió á ellos sino redoblando sus ataques contra Orihuela. Despues de ocho dias de combates y de asaltos continuos se apoderaron los castellanos de la ciudad; pero nada habia hecho mientras el castillo se mantuviese firme. Este pasaba entonces por una de las mejores fortalezas de España, y su gobernador, valiente caballero y rico-home de Aragon, llamado Martinez Eslaba, estaba resuelto á defenderse en él hasta el último estremo. Mientras que pudo animar á sus soldados con su presencia y su ejemplo ellos sostuvieron valerosamente todos los ataques del enemigo; pero fue herido gravemente y sus hombres perdieron el valor y rindieron las armas. Se dice que habiéndolo llamado algunos caballeros castellanos para parlamentar se presentó en las almenas sin desconfianza, y el rey entre tanto, que en este momento se hallaba en un bastion elevado al pie de la muralla, ordenó á dos ballesteros que le apuntasen. Herido Eslaba en la cabeza murió pocos dias despues de la rendicion de Orihuela envenenado por los ci-

---

(1) Ayala.—Zurita.

rujanos del rey, según un cronista que no encontró aparente que dos flechas bastasen para matar á un tan cumplido caballero (1). Satisfecho de su conquista y dejando en Orihuela una guarnición considerable volvió D. Pedro á Sevilla, sin curarse en lo mas mínimo de la situación de Murviedro, reducido al último extremo por el hambre.

Delante de esta plaza abandonada, ó mas bien entregada por su dueño, encontró el rey de Aragon una resistencia que de ningún modo esperaba. El prior de San Juan, que mandaba la guarnición, hacía continuas salidas y mas bien parecia sitiar al ejército aragonés que defender su fortaleza. A los pocos dias del sitio faltó el pan en la plaza y semataron las mulas y después los caballos de guerra, hasta que estos mismos alimentos llegaron á faltar. Ninguna esperanza tenia de ser socorrido, pues D. Pedro olvidaba, en medio de las delicias de Sevilla, los padecimientos de sus fieles soldados. En tal estremidad el prior creyó deber conservar la esforzada gente á quien el desfallecimiento iba á quitar muy pronto hasta el recurso de morir con las armas en la mano: á este efecto obtuvo la capitulación mas honrosa, según la cual debia salir con armas y bagajes y entrar en Castilla escoltado por un destacamento aragonés. La guarnición, compuesta de cerca de seiscientos hombres de armas sin caballos y de un número proporcionado de peones, fue conducida á la frontera por el conde de Trastámara y su compañía, el cual no aceptó esta misión sin oculto designio. Hábil en seducir, puso todos sus talentos en uso para corromper á estos valientes soldados á quienes no habia podido vencer,

---

(1) Ayala.

y sus caricias, los elogios que les prodigaba y sus cuidados por los enfermos y heridos causaron en ellos mas efecto que sus armas. Deciales que habian sido indignamente sacrificados, y que á su vuelta en vez de las recompensas debidas á su valor les aguardaba la venganza de un tirano inexorable, porque D. Pedro castigaba la mala fortuna como una traicion. Despues ponderaba con destreza el poder del aragonés, armado por su querella y por la libertad de Castilla, y sobre todo anunciaba con énfasis la llegada de las compañías de aventureros, que eran lo escogido de las dos naciones mas belicosas de la Europa. Sus jefes, decia, le traen del otro lado de los montes un ejército innumerable, y puesto él mismo á su cabeza irá á purgar á la Castilla del monstruo que la oprime. Sin anunciar abiertamente sus pretensiones á la corona dejaba adivinar que de él solo dependia el reposo de Castilla, y que de él solo debian esperarse honores, empleos y recompensas de toda especie. A los que abandonando á un amo ingrato quisiesen pasar á sus banderas ofrecia un sueldo ventajoso y la esperanza de compartir su fortuna; pero á nadie pretendia obligar. «Cualquiera que, decia, al presente ó mas tarde, descontento de D. Pedro, busque un señor mas liberal y mas fuerte, que venga á mí seguro de ser bien acogido, porque yo no he tomado las armas sino para devolver á la nobleza castellana sus antiguos privilegios, hollados en el dia.» Tales eran los discursos del conde y de sus emisarios mientras conducian á la frontera de Castilla á la guarnicion de Murviedro. Dejándose ganar por sus promesas un gran número de soldados se engancharon en su bandera, y los otros, aunque espantados por ellos mismos de la defeccion de sus camaradas, pero fieles á su juramento, entraron en su patria mas bien para ocultarse en ella que para

pedir el premio de sus servicios. Interesados por la cortesía del pretendiente, ya ganados á medias y llenos de desconfianza en la fortuna de D. Pedro, iban á esparcir por todas partes alabanzas de D. Enrique y á anunciar la aproximacion de los terribles auxiliares con que amenazaba á Castilla hacia cuatro meses (1).

Mientras que aun se resistia Murviedro se firmó un nuevo tratado entre Pedro IV y D. Enrique en medio de los trabajos del sitio. Este convenio reproducia la sustancia de los precedentes relativos á la particion de Castilla, á la alianza ofensiva y defensiva de las dos partes contratantes, y por último la estrechaba todavía mas estipulando el matrimonio de doña Leonor, hija del rey de Aragon, con D. Juan, hijo primogénito del conde de Trastámara, tan pronto como ambos prometidos hubiesen llegado á la edad legal para esta union (2). Entre tanto el infante de Aragon debía ser entregado al conde de Trastámara, que lo conduciria al castillo de Opoll ó al de Taltauil, dados por Pedro IV como seguridades del contracto hasta la conquista definitiva de Castilla. La dote de la jóven princesa, fijada en doscientos mil florines de oro, debía ser adelantada á D. Enrique para subvenir á los gastos de la expedicion que meditaba; y ademas de esta suma estaba autorizado para vender las tierras y castillos que tenia del rey de Aragon hasta en cantidad de setenta mil florines. Tambien se le pagaron los atrasos debidos á su compañía y dos meses adelantados para el sueldo de mil hombres de armas y otros tantos peones; por último, los condes de Denia y de Foix debian seguirlo á Castilla con un

---

(1) Ayala.

(2) «Arch. gen. de Aragon.»

cuerpo auxiliar y permanecer con él mientras tuviera necesidad de sus servicios, con la condicion de que D. Enrique se comprometiese á defenderlos como á su propia persona. En estas convenciones, tantas veces reproducidas, esta era la vez primera que se espresaban claramente las pretensiones del bastardo al trono de Castilla, y el último artículo declaraba que cuando el conde fuera rey haria reconocer por su sucesor á su hijo D. Juan y presentaria á la infanta Leonor á las cortes como su reina futura.

## XIX.

### **Llegada de la gran compañía á España.—1366.**

#### I.

**C**UANDO en las soledades de Africa y en medio de los ahullidos confusos lanzados por la multitud de animales salvajes que se disputan su presa se hace oír el rugido del leon cesan repentinamente estos clamores y reina el mas profundo silencio. Este es el homenaje del terror rendido al monarca del desierto. De este modo al anuncio de que la gran compañía estaba en marcha para pasar los Pirineos sucedió de repente una calma estraña á esas interminables escaramuzas que hacia tanto tiempo desolaban á España. Retirados ambos reyes en su capital se preparaban en silencio al último esfuerzo; pues conocian que la guerra iba á cambiar de faz y que habia llegado el momento solemne de un duelo á muerte.

Despues de largas negociaciones los capitanes de los

aventureros franceses é ingleses, en paz los unos con los otros, segun las treguas concluidas entre sus principes, pero no ociosos, porque devastaban la Francia de concierto, se habian decidido á buscar una presa nueva en la península. Las relaciones que el conde de Trastamara habia conservado con algunos de ellos; las promesas del rey de Aragon, del de Francia y del papa, y algunos subsidios distribuidos á propósito, habian coligado las diferentes bandas y hecho acoger por ellas con alegría el proyecto de una invasion en Castilla. El rey de Francia sobre todo, mas desinteresado que nadie en desembarazar á su pais de estos huéspedes incómodos, habia secundado poderosamente las apremiantes solicitudes de D. Enrique y del rey de Aragon. El mismo habia dado un jefe á los aventureros, y este jefe era el hombre en quien descansaba toda su confianza, el mejor de sus capitanes, el famoso Beltran Du Guesclin. A él solo, en efecto, correspondia la difícil mision de organizar un ejército con estas hordas de bandidos, de disciplinarlos y arrastrarlos lejos del pais que arruinaban para tentar una empresa aventurada y buscar un provecho incierto.

Nacido de una familia ilustre de Bretaña, Du Guesclin se habia adherido á la casa de Francia y la servia con entera fidelidad. Toda su vida se pasó en esfuerzos por llevar á cabo la fusion en una monarquía poderosa de los numerosos señoríos que un vasallaje equívoco hacia dependientes de la corona. Todo revela en él esa virtud olvidada en la edad media: el patriotismo; no esa afeccion estrecha á una provincia ó á una ciudad, sino un amor ilustrado á la ventura y á la gloria de un gran pueblo. Nacido breton se habia hecho frances, y su valor, su actividad, su destreza en los ejercicios militares, sus triunfos y hasta sus mismos reveses le habian adquirido, jóven aun, el re-

nombre de *una buena lanza* y de un capitán consumado.

Bajo facciones groseras é innobles; bajo la apariencia de un vigor brutal ocultaba una inteligencia profunda, y sabia ser, como el general de Machiavelo, leon y zorro al mismo tiempo. Su ancha espalda, su cuerpo *huesudo*, su rostro negro y quemado por el sol, y sus puños enormes (4), que hacian voltear una pesada hacha de armas como una caña ligera, imponian respeto á las gentes de guerra en una época en que el peso de las armaduras hacia de la fuerza fisica la primera cualidad del soldado. En el consejo era penetrante, elocuente algunas veces, y mezclando á propósito la audacia y la prudencia se hacia perdonar su buen sentido por medio de bufonadas. Pobre capitán de aventuras, siempre supo ordenar la obediencia de los grandes señores que le daba por tenientes la voluntad del rey; y era tal su destreza en contemplar todas las susceptibilidades de una nobleza orgullosa é indisciplinada, que los favores de que fue colmado no escitaban la envidia ni parecian mas que la justa recompensa de sus servicios.

Du Guesclin se presentó en Châlons-sur-Saône para conferenciar con los jefes de los aventureros á quienes llevaba únicamente promesas de los dos reyes; pero como cosa de mas valor les ofrecia su espada, su reputación y su antigua esperiencia. Soldado hacia veinte y cinco años, amigo ó enemigo de los capitanes de aventura, él tenia la estimacion de todos, y engancharse á las órdenes de se-

---

(4) «Li uns á autre dit: il est bien aprestez  
Pour meurdrir marchans, maints en á desrobez  
Regardez qu'il est fort con a les poins carrez!  
Il est fort et poisant et moult noir et halez.»

«Crón. en verso de Du Guesclin.»

mejante general era acometer una empresa provechosa, para cuyo éxito su nombre solo era suficiente garantía. Después de haber reunido á los principales jefes franceses, ingleses y bretones, Beltran les espuso sus designios con la ruda franqueza que le era ordinaria, y quizás era mas bien un cálculo que una costumbre adquirida en los campamentos. «Haceis una vida de facinerosos, les dijo, y todos los dias arriesgais haceros matar en pillajes que no os enriquecen. Vengo á proponeros una empresa digna de caballeros y os abro un nuevo pais. En España os aguarda gloria y provecho; alli encontrareis un monarca rico y avaro que tiene grandes tesoros, que es aliado de los sarracenos y medio pagano él mismo. Se trata de conquistar su reino y de darlo al conde de Trastamara, nuestro antiguo camarada, buena lanza, como sabeis, gentil caballero y liberal, que dividirá con vosotros esa tierra que le ganareis contra los judíos y sarracenos del malvado rey don Pedro. Vamos, camaradas: ¡hagamos honra á Dios y dejemos al diablo (1)!»

Entre los capitanes de los aventureros se hallaban muchos caballeros de familias ilustres, nutridos en ideas caballerescas, ansiosos de gloria tanto como avidos de botin, y susceptibles hasta de cierto entusiasmo religioso. Destronar á un príncipe cruel, sospechoso de heregía, asesino de una princesa jóven y hermosa, y dividirse sus tesoros, ¿no era una empresa grata y romancesca? Esto era poner en accion el antiguo tema heróico cantado por los ménestrales y los juglares. El discurso de Du Guesclin fue acogido con unánimes aclamaciones; pues para soldados ajenos á los finos sentimientos de sus jefes poco importaba

---

(1) Crónica de Du Guesclin.

el enemigo á quien tenian que combatir con tal que fuese rico. «Mosen Beltran, decian, da todo lo que gana á sus hombres de armas; es el padre del soldado; ¡marchemos con él!» El convenio se concluyó bien pronto; pues para gentes que solo veian en la guerra una especulacion, seguir á un jefe venturoso y hábil era asegurarse inmensos beneficios.

Cuando Du Guesclin volvió á Paris á dar cuenta de su mision y á despedirse del rey, abrazándolo Cárlos V delante de toda su corte exclamó que su bravo breton habia hecho mas en su servicio que si le hubiera ganado una provincia. Y decia verdad; evacuando las compañías la Francia le devolvian su reino.

Sin perder tiempo reunió Du Guesclin todas las bandas y formó con ellas un ejército considerable, uniéndose á los aventureros un gran número de voluntarios ilustres, atraídos por la reputacion de su general y por el deseo de *hacer armas*, como se decia entonces. Viose correr á su bandera al mariscal de Audencham, que pocos años antes habia fracasado en una mision análoga á la que ahora terminaba Du Guesclin. El mariscal era entonces prisionero, bajo su palabra, del príncipe de Gales, y á ejemplo suyo muchos esforzados caballeros, mal tratados por la fortuna en la última guerra, se pusieron alegremente en camino para España con la esperanza de reparar sus pérdidas y desquitar sus rescates á espensas de D. Pedro. Un príncipe de sangre real, el conde de la Marche, no desdeñó engancharse en esta tropa de atrevidos voluntarios: pariente de la desdichada Blanca, habia jurado vengarse de su asesino, y á su lado marchaba tambien el señor de Beaujeu, del mismo modo pariente de Blanca, siendo los únicos á quienes un móvil puramente caballeresco condujese á España.

Todas las bandas reunidas ascendían á mas de doce mil hombres, la mayor parte gendarmes; es decir, ginetes pesadamente armados. Las dos terceras partes eran de franceses ó bretones, y el resto de ingleses ó gascones, súbditos del rey de Inglaterra. Ninguno de estos últimos se habia tomado la molestia de pedir á Eduardo III el permiso para combatir contra un príncipe aliado de la Gran-Bretaña: cada capitán se creía entonces libre de dedicar su lanza á quien mejor le pagase, y los mas esculpulosos alistándose al servicio de un jefe extranjero estipulaban únicamente que no combatirían contra su legítimo soberano. Sir Hugo de Calverly mandaba las compañías inglesas, y adversario por mucho tiempo de Du Guesclin hoy era el mas hábil de sus tenientes.

En esta época el equipo de los hombres de armas franceses é ingleses era muy superior al de los españoles, de lo cual es una prueba la sorpresa que causó á estos últimos la vista de las armaduras que estaban en uso entre los guerreros del Norte (1). Componíanse estas en el siglo XIV de planchas de acero ó de hierro forjado que cubrían todas las partes del cuerpo, vistiendo sobre ellas un jubon de cuero y algunas veces una cota de malla, como si se hubieran querido combinar y reunir las ventajas del arnés moderno y de la antigua manoplia. Por punto general en el momento del combate echaban pie á tierra los hombres de armas para manejar mas fácilmente la lanza, pues no se servían de los caballos de batalla, llamados *corceles*, sino para la persecucion ó la retirada.

---

(1) En Ayala hay un pasaje curioso, donde el cronista cita con sus nombres franceses todas las piezas de estas armaduras desconocidas en España antes de la entrada de la gran compañía.

da, y algunas veces, aunque raras, para romper la línea enemiga. La infantería inglesa era la mejor, ó mas bien la única de Europa; armados de grandes arcos de madera de tejo, los peones ingleses se parapetaban detras de puntales clavados en tierra, y protegidos así contra la caballería lanzaban flechas de una vara de largo, á las cuales pocas corazas podian resistir. Era tal su reputacion de destreza que en la frontera de Escocia se decia, por alusion al número de flechas que llevaban en su carcaj, que un arquero ingles llevaba veinte y cuatro escoseses en su aljaba. En los ejércitos franceses era preferida la ballesta al arco; pero esta arma no era manejada con destreza sino por estranjeros, la mayor parte genoveses, que se hacian pagar muy caro. Las mejores armas y los mejores soldados de Francia y de Inglaterra estaban reunidos bajo la misma bandera en la compañía blanca, y su táctica era tan nueva como sus armaduras para el pais que iban á invadir. Acostumbrados los españoles á la guerra de escaramuzas rápidas contra los moros habian adoptado su manera particular de combatir, y cubiertos de cotas de mallas ligeras ó de sobrevestas de cuero acuchillado lanzaban sus ginetes flechas al galope, y en seguida volvian grupas sin cuidarse de ordenar sus filas. A escepcion de las órdenes militares, mejor armadas y disciplinadas que los ginetes, la caballería española estaba lejos de poder resistir en línea á los gendarmes ingleses ó franceses. Compuesta la infantería de contingentes suministrados por las ciudades y de paisanos conducidos por su señor no tenia mas arma defensiva que la rodela, y combatia con azagayas ú hondas que no la hacian temible sino detras de las rocas ó murallas. En una llanura no podia disputar la victoria á soldados sin patria, cubiertos de hierro é igualmente ejercitados en

combatir de cerca que de lejos. Todo indicaba, pues, que la entrada de la compañía grande en España iba á echar en la balanza un peso irresistible.

## II.

Esta compañía se puso en movimiento á mediados del año de 1365. A pesar del entusiasmo que le demostraban sus nuevos soldados Du Guesclin juzgó prudente alejarlos cuanto antes del país donde tenían sus costumbres, porque era de temer que la inconstancia natural en semejantes reclutas los condujese de nuevo á su anterior género de vida. En sus banderas y sobrevestas llevaban pintadas cruces, y publicaba Beltran que los conducia á Chipre contra los sarracenos. El no esperaba sin duda engañar al rey de Castilla; pero probablemente quiso proporcionar á los capitanes ingleses un pretexto para permanecer bajo su bandera, porque se decia que el príncipe de Gales, segun los términos de su tratado con D. Pedro, iba á prohibir á sus súbditos que hiciesen armas contra un soberano aliado de la Inglaterra (1). Pero todos conocian ya el objeto de la expedicion, y á pesar de las cruces enarboladas en sus estandartes pensaban mas en hacer botin que en ganar indulgencias.

Estos nuevos cruzados, tan temibles á las iglesias como á los castillos y cabañas, aun se encontraban bajo el peso de una ex-comunion lanzada por la Santa-Silla, y era preciso libertarlos de este anatema antes de conducirlos á un país donde pretendian sostener la causa de la religion;

---

(1) Rymer. De impediendo soldarios qui in comitiva se ponunt, ne ingrediantur in Hispaniam.º 6 de diciembre de 1365.

asi es que su general queria pedir al paso una absolucion al papa. Pero tambien tenia otro designio: convencido de que sus soldados no se mostrarian dóciles si no estaban bien pagados, se proponia llenar su caja militar á espensas del tesoro apostólico. A fines del año 1365 los habitantes de Villeneuve-les-Avignon vieron con espanto que la compañía blanca sentaba sus reales delante de sus muros. Grande fue la alarmá en la corte del padre santo, y al instante despachó emisarios á los jefes de los aventureros para intimarles la órden de evacuar el territorio de la iglesia, con promesa de relevarlos de la ex-comunion en que habian incurrido: la mision tenia sus peligros, y no sin vacilar consintió el cardenal de Jerusalem en encargarse de ella. Apenas hubo atravesado el Ródano se encontró en presencia de una tropa de arqueros ingleses que le preguntaron con insolencia si les llevaba dinero (1). ¡Dinero! gritaba una multitud de soldados feroces que corrian á su paso. Conducido á la tienda de Du Guesclin fue recibido el cardenal con la mayor política; pero se le significó que el ejército no saldria del territorio pontificio sino despues de haber recibido un subsidio considerable. Algunos jefes espresaban su sentimiento de elevar semejantes pretensiones y protestaban de su respeto hácia la iglesia; pero confesaban que no tenian autoridad sobre sus tropas. Burlándose otros sin piedad del cardenal le decian que dispuestos como estaban á esponer sus vidas por la mayor gloria de la fe merecian muy bien los socorros de la iglesia. Du Guesclin le representó todo el peligro que corria el padre santo si diferia pagar la contribucion solicitada.

---

(1) «Bien soyez-vous venus, apportez-vous argent?»

«Crón. de Du Guesclin.»

«Nuestras gentes, dijo, se han hecho hombres de bien á pesar suyo, y muy prontamente volverian á su antiguo oficio.» A pesar de la inminencia del peligro quiso el papa ensayar el poder de los rayos apostólicos y resistió algun tiempo; pero pronto conoció que no hacia mas que irritar la audacia de los bandidos acampados á sus puertas. Desde las ventanas de su palacio veia entregadas al pillaje las casas de recreo y las quintas de Villeneuve, y á cada instante amenazaban los aventureros atacar el puente de Saint-Benezet, ó pasando el rio en barcas estenderse por las ricas campiñas de Aviñon. Entre tanto Du Guesclin respondia á todas las quejas: «¿Qué quereis? mis soldados están ex-comulgados, tienen el diablo en el cuerpo y nosotros ya no somos los amos.» Muy pronto no se disputó mas que sobre el importe de la contribucion, y despues de algunas conferencias los jefes de la compañía blanca tuvieron á bien contentarse con cinco mil florines de oro, cuya mayor parte aprontaron los vecinos de Aviñon, y que tal vez nunca les fue reembolsada (4). Absueltos y cargados de botin, los aventureros se alejaron alegremente proclamando alabanzas de su nuevo capitán. Tal fue su despedida de la Francia.

### III.

Entre tanto continuaban con mucha actividad las negociaciones entre los reyes de Aragon y de Navarra. Carlos protestaba hasta el último momento contra la entrada de las compañías en España, pues en Francia habia aprendido á

---

(4) Véase la «Crón. de Du Guesclin» y la «Hist. de Provenza» de Notre-Dame.

conocer á los aventureros, y, temblando de que sus estados fuesen el teatro de la guerra, no cesaba de conjurar á Pedro IV á que los alejase de sus fronteras (4). El tratado de Sos no habia sido observado ni por una ni por otra parte, y el rey de Aragon tenia demasiada prudencia para dar subsidios á un aliado de tan mala fe como era el rey de Navarra, fuera de que su tesoro estaba agotado por las exigencias de D. Enrique y de los aventureros, y no se hallaba en estado de hacer nuevos sacrificios. El año anterior se habia visto obligado á apoderarse y hacer fundir los ornamentos de oro y plata encerrados en las iglesias, hasta los cálizes é incensarios, para subvenir al sueldo de sus tropas (2). Mientras tanto se esforzaba por entretener al navarro con nuevas promesas, y siendo demasiado cara una alianza manifiesta se habian llegado á debatir las condiciones de una neutralidad parcial que Cárlos queria hacerse pagar bien. Primeramente pedia que el hijo primogénito del rey de Aragon se casase con la infanta de Navarra *sin dote* (3): luego que Pedro IV le garantizase sus estados contra los ataques de la Francia; y en fin, que era sin duda el punto capital de la negociacion, que, considerando su buena voluntad, se le entregasen cuarenta mil florines de oro, subsidio cuyo motivo seria disfrazado por la cesion hecha al aragonés de algunos castillos sin importancia. Viendo el rey de Navarra que habia exigido

(4) «Arch. gen. de Aragon.» Propositiones dirigidas al rey por mosen Juan de Arellano de parte del rey de Navarra.

(2) «Axi com son retaules d'argent, creus, calzers y lanties, y encensers.» Carbonell.

(3) «Que non le sia tengut donar ni livrar terres ni argent e sera li fet e assignat dodari e cambra axi tal como jó á doña Maria de Navarra.»

demasiado bajó hasta veinte mil florines. El rey de Aragón por su parte consentia en el matrimonio de su hijo (1), ya comprometido con muchas princesas por otros tantos tratados diferentes; prometia subsidios para el porvenir, y publicaba órdenes para prohibir la entrada en sus estados á la gran compañía (2). Paso en silencio los juramentos sin cesar repetidos, porque ya no engañaban á nadie estas solemnidades. Al mismo tiempo que Pedro IV trataba con el rey de Navarra enviaba á sus embajadores en Paris instrucciones secretas para concluir una alianza ofensiva y defensiva con la Francia, cuyo objeto debia ser la ruina del navarro y la particion de sus estados. De este modo, en el momento en que las provincias mas hermosas de su reino estaban en manos de sus enemigos, Pedro IV soñaba siempre en la conquista de la mitad de la España; pero todo parecia posible teniendo por auxiliares á los aventureros. D. Enrique y el rey de Aragón apremiaban su marcha con frecuentes mensajes y hacian grandes preparativos para recibirlos, debiendo esperarlos en los pasos de las montañas viveres y conductores seguros. Todos los desterrados castellanos y un cuerpo de voluntarios aragoneses mandado por el conde de Denia se reunian ya en la frontera de Castilla; y segun un últi-

---

(1) Proposiciones á mosen Juan de Arellano. El rey consiente en el matrimonio con la condicion de que enviará gentes de su confianza «para veer la infanta á huelga, la sanidat é apostamiento de su persona e haver informazion de su persona.»

(2) Instrucciones á mosen Perellós, embajador en Francia.—Proyecto de un tratado con el duque de Anjou para hacer la guerra al rey de Navarra.—Tratado de alianza ofensiva y defensiva con la Francia contra el rey de Navarra, en el que se conviene que el duque de Anjou lo atacará en persona con cuatrocientas lanzas lo menos. Archivo gen. de Aragón.

mo convenio firmado en Zaragoza Pedro IV no debía tomar parte personalmente en la expedición, sino estar dispuesto á aprovecharse de los primeros triunfos de D. Enrique para hacerse de las ciudades recuperadas por los castellanos en el reino de Valencia: sus capitanes tenían órden de avanzar hasta el reino de Murcia y de apoderarse de él, si les era posible, en virtud del tratado de particion concluido en Benifar, ratificado en Murviedro y últimamente en Zaragoza. Persuadido de que la salvacion de su reino dependia enteramente de este último esfuerzo, el rey de Aragon no habia retrocedido ante ningun sacrificio: su tesoro estaba agotado; pero vendia sus bienes patrimoniales (1), y encontraba nuevos recursos para pagar los doce mil mercenarios que iban á decidir de la suerte de Castilla y de Aragon.

Al fin aparecieron, precedidos algunas jornadas por sus jefes, á quienes Pedro IV recibió en Barcelona con grandes honores y en un festin que les dió. Du Guesclin se sentó á la derecha del rey, que tenia á la izquierda al infante D. Ramon Berenguer, su tio (2). Pero el Breton no era hombre para contentarse con estos regios favores, pues venia á reclamar los subsidios prometidos á sus tropas y á exigir otros nuevos. Pedro se habia comprometido á entregar á los jefes de la compañía grande cien mil florines de oro, con la condicion de que atravesaria sus estados sin cometer en ellos desórdenes, y fue preciso añadir á esta suma un suplemento de veinte mil florines mas. Sin embargo, las compañías, que habian pasado los montes en el trascurso de enero, se presentaron todavía

---

(1) «Arch. gen. de Aragon.»

(2) Carbonell.

mas indisciplinadas en Aragon que lo habian estado en Francia, pues creyéndose ya en pais enemigo todo lo llevaban á sangre y fuego á su paso. En Barbastro saquearon las casas y degollaron á los vecinos ó los pusieron en tormento para sacar de ellos rescate. Algunos de estos infelices, refugiados en la iglesia principal, intentaron defenderse en ella; pero los aventureros pusieron fuego á los techos y quemaron de este modo mas de doscientas personas (1).

Todo era permitido á estos extranjeros; y era tal el espanto que inspiraban, que obtenian recompensas, como de un beneficio, del daño que no causaban. Los súbditos del rey de Aragon se dirigian á los capitanes franceses é ingleses para obtener privilegios de su amo, y estas recomendaciones, tal vez interesadas, siempre eran acogidas con favor (2).

#### IV.

Mientras que este torrente descendia de lo alto de los Pirineos D. Pedro se aprestaba lo mejor que podia á contener el choque. Ordenando levass por todas partes recorría su reino en todas direcciones para dar mas actividad á los preparativos de la guerra, y habia señalado á Burgos como punto de reunion á los diferentes cuerpos de su ejército, donde él mismo se presentó al comenzar el año 1366, cuando ya el enemigo ponía el pie en el territorio castellano. Allí encontró tropas numerosas, pero poco aguerridas é intimidadas por los rumores que corrian so-

(1) Zurita.

(2) «Arch. gen. de Aragon.» Privilegios concedidos á maese Roberto de Estanleu, vecino de Zaragoza, á súplica de mesir Hugo de Calverly. Zaragoza 4.º de marzo de 1366.

bre el número, valor y ferocidad de los nuevos adversarios que iban á combatir. Sus mejores soldados se hallaban en el reino de Valencia, diseminados por todas partes, guardando las ciudades de que se habian apoderado en las últimas campañas. Si advertia mucho desaliento entre los ricos-homes y los caballeros reunidos enrededor de su bandera, tambien recordaba con cruel inquietud todos los motivos que tenia para odiarlos. ¿No eran los parientes y amigos de tantos señores sacrificados á sus sospechas asesinados por sus órdenes ó sentenciados de alta traicion? ¿Era para defendêrlo ó para entregarlo á su enemigo por lo que toda esta nobleza se mostraba hoy tan activa? Todos los dias aumentaban su ansiedad los mas alarmantes rumores. Poco antes el temor de una defeccion le habia impedido arriesgar una batalla decisiva, cuando á la cabeza de tropas victoriosas habia penetrado hasta el corazon de Aragon; y ¡cuántos nuevos motivos no tenia para temer una traicion, ahora que don Enrique, con los mejores soldados de la Francia y de la Inglaterra, entraba en Castilla tendiendo la mano á los descontentos! En la situacion en que se hallaba D. Pedro todo excitaba su desconfianza; hasta los mismos testimonios de fidelidad y de adhesion que en la cercania del peligro le daban sus mas leales servidores. La prudencia hubiera debido aconsejarle disimular sus sospechas ó inquietudes; pero las manifestaba por su brusca y mayor altanería; y acusando á la ventura prorumpia sin cesar en quejas irreflexivas y provocaba la defeccion por amenazas que ya se habian hecho impotentes.

Mientras que dudoso entre cien resoluciones contrarias esperaba la tormenta sumergido en un desaliento apático vió llegar á Búrgos al señor de Albret, vasallo del rey de Inglaterra, á quien su ódio contra los reyes de

Navarra y de Aragon hacia un aliado natural de Castilla. Compañero de armas ó pariente de algunos jefes de la compañía grande, venia á ofrecer á D. Pedro su mediacion para atraerlos á su servicio, ó al menos para obligarlos á dejar el del conde de Trastamara. Parecia fácil sobre todo separar á las bandas de ingleses y gascones que tenian un pretesto especioso para abandonar á Du Guesclin en la desaprobacion pública que el principe de Gales acababa de dar á una expedicion dirigida contra un principe amigo de la Inglaterra: bastaba indemnizar á los capitanes y ofrecer una paga ventajosa á los soldados, pues sin dinero ningun tratado era posible con los caballeros de aventura. D. Pedro, liberal únicamente con sus queridas, desechó las ofertas del señor de Albret, renovadas en seguida, aunque tambien inútilmente, por Íñigo Lopez de Orozco, que llegó á él con proposiciones formales de parte de muchos jefes ingleses (1). Sin embargo, las cajas del rey estaban llenas, que era entonces la única ventaja que tenia sobre sus enemigos, y apenas se concibe tal ceguedad en un principe que media, no obstante, toda la grandeza del peligro.

Retardando el invierno la apertura de la campaña habia detenido á los aventureros en el territorio aragonés bastante tiempo para que sus huéspedes sintiesen cruelmente el peso de su presencia. Sus furiosos excesos producian represalias, y los belicosos montañeses de Aragon y de Navarra respondian á sus pillajes atacándoles sus convoyes y degollando á sus guardias. Ya era tiempo de lanzar á esta horda detestable sobre el pais enemigo (2).

---

(1) Ayala.

(2) Arch. gen. de Aragon. Mandamiento del rey de Aragon para

A principios de marzo de 1366 sir Hugo de Calverly comenzó el primero las hostilidades atacando á Borja, ocupada hacia mucho tiempo por las tropas de Castilla. Al acercarse la vanguardia inglesa la guarnición abandonó la plaza apresuradamente, arrastrando en su fuga un cuerpo considerable de tropas castellanas acantonadas en Magalon. Despues de este triunfo fácil todo el ejército de don Enrique se puso en movimiento, entró sin obstáculo en Navarra, pasó el Ebro y franqueó la frontera de Castilla á mediados de marzo, no lejos de Alfaro. Sin detenerse en el sitio de esta plaza fuerte, defendida por Iñigo de Orozco, se dirigió rápidamente sobre Calahorra, ciudad muy considerable, pero medianamente fortificada. Allí se habían dado cita los partidarios de D. Enrique y se aprestaban á recibirlo. D. Fernando de Tovar, el obispo de Calahorra y algunos otros ricos-homes encargados por D. Pedro de poner esta plaza en estado de defensa, fueron los primeros en abrir sus puertas tan pronto como aparecieron las banderas enemigas (1).

Esta primera defección era grave, pues probaba cuán detestado era D. Pedro, y por tanto que en Calahorra era donde D. Enrique debía proclamar públicamente sus pretensiones. La escena estaba preparada y los papeles aprendidos de antemano, pues se trataba de dar solemnemente la corona al jefe de la gran compañía. Beltran Du Guesclin, en nombre de los franceses; sir Hugo en el de los ingleses, y el conde de Denia, jefe de los aragoneses au-

---

«repoplar» á Pina, saqueada por las compañías de Francia.—Orden del rey para entregar al conde de Urgel cincuenta reses vacunas, arrebatadas por los habitantes de Perthusa á los franceses, que las habían robado en Antillon, dominio del conde.

(1) Ayala.

sifiares, habían preparado un simulacro de elección. La cuestión nada tenía de difícil para estos cumplidos caballeros que creían que el oficio de aventuras conducía á todo, aun á los mismos tronos. Du Guesclin tomó la palabra por sus compañeros y dijo á D. Enrique: «Sed rey, pues debeis este honor á tantos nobles caballeros como os han reconocido por jefe en esta expedición; por otra parte, D. Pedro, vuestro enemigo, rehúsa el combate, y por este mismo hecho reconoce que está vacante el trono de Castilla (1).» Esta elocuencia puramente militar debía agradar en extremo á los doce mil bandidos que rodeaban al orador, en cuya arenga no hizo cuestión del pueblo de Castilla, pues le bastaba presentar á los aventureros como humillados de no ser dirigidos por un rey. A pesar de tan especiosos argumentos D. Enrique resistió bastante tiempo con modestia fingida para que los castellanos uniesen sus instancias á las de los capitanes extranjeros, y cedió al fin dejándose ceñir la corona. Entonces D. Tello, desplegando el estandarte real, atravesó el campo al grito de «¡Castilla, Castilla por el rey Enrique!» Y acompañado después de ardientes aclamaciones fue á plantar la bandera sobre una eminencia que estaba en el camino de Burgos. Todos se apresuraron entonces á pedir alguna gracia al nuevo rey, como para darle el gusto de hacer un acto de soberanía, y nada negó, mostrándose liberal en dar lo que iba á ganar con la punta de la lanza. Representada esta comedia volvió á ponerse en marcha el ejército y se dirigió á Burgos á grandes jornadas sin encontrar obstáculos. Las ciudades no aguardaban la intimación de los heraldos para enviar sus llaves, y de todas

---

(1) Ayala.

partes llegaban á porfia nobles y plebeyos apresurados á besar la mano de su nuevo señor. Solo delante de Briviesca se apercibieron de la presencia del enemigo. Mandaba la plaza Men Rodriguez de Senabria, en otro tiempo familiar de D. Enrique, ahora servidor fiel de D. Pedro, é intentó defenderse trabándose un combate bastante vivo en las barreras; pero habiendo caído en tierra el gobernador y apresado por un caballero de Gascuña, la guarnicion rindió las armas antes de sostener el asalto (1).

## V.

El terror y la confusion reinaban en la corte de D. Pedro, y subieron al mayor grado cuando se supo en ella que Briviesca no habia podido detener ni un solo dia la marcha impetuosa de los aventureros. A pesar del número de tropas reunidas en Búrgos se veia bien que el rey no se atreveria á dar la batalla, ni mucho menos á encerrarse en una plaza, poco fortificada entonces, para sufrir en ella los azares de un sitio. Encerrado D. Pedro en su palacio era inaccesible; no daba orden alguna ni hacia nada para animar á sus partidarios, todavia muy numerosos entre el pueblo. Entre tanto continuaba avanzando el enemigo; sus avanzadas habian aparecido á pocas leguas de Búrgos, y con una sola marcha podian presentarse delante de la ciudad. La vispera del Domingo de Ramos se notó un movimiento desacostumbrado en el palacio, en el cual se ensillaban caballos y mulas y se cargaban precipitadamente los bagajes. Seiscientos caballeros moros, guardia ordina-

---

(1) Ayala.

ria de D. Pedro, mandados por D. Mohamed-el-Cabezani, enviado del rey de Granada, estaban formados en batalla delante de las puertas, y al instante se esparció el rumor de que iba á marchar el rey. Ninguno de los magistrados estaba prevenido, ni habia instruido de sus designios á ninguno de los ricos-homes que llegaran á ofrecerle su espada, ni dado ninguna disposicion para la defensa de la plaza ni para la seguridad de un tesoro considerable encerrado en el castillo. Parecia que todo lo habia olvidado el rey, á escepcion de una venganza que ejercer, una traicion que castigar. Por órden suya acababan de dar muerte en el recinto del castillo á Juan de Tovar, hermano del gobernador de Calahorra, que habia entregado su ciudad al pretendiente.

Reunido el pueblo alrededor de su palacio contemplaba con mudo abatimiento los aprestos de marcha, y gritos de desesperacion se mezclaron á las aclamaciones al presentarse el rey. Los principales del vecindario se arrojaron á sus pies y le conjuraron que no los abandonase. «Tenemos viveres y armas, decian, y queremos defendernos. Todo lo que poseemos en el mundo os lo ofrecemos, señor; pero quedaos con vuestros fieles súbditos.» Con voz poco segura respondió el rey que les daba gracias por su fidelidad, mas que su marcha era necesaria porque estaba instruido de que el conde y la compañía habian resuelto marchar sobre Sevilla, y era preciso proveer á la seguridad de las infantas y del tesoro real. Algunos vecinos intentaron representarle cuán improbable era que D. Enrique pensase en dirigirse á Andalucía, pues las noticias mas recientes atestiguaban que aprestaba todas sus fuerzas contra Búrgos; mas á pesar de estas reflexiones el rey permaneció inflexible. Los magistrados de la ciudad le preguntaron entonces respetuo-

samente qué órdenes les daba al dejarlos así en el momento del peligro. «Haced lo mejor que podais», respondió con impaciencia.—Señor, repuso el orador de los vecinos: quisiéramos tener la dicha de defender esta ciudad, que es vuestra, contra sus enemigos; pero una vez que vos mismo, disponiendo de tan buenos caballeros, no creéis poder hacerlo, ¿qué quereis que hagamos?» Guardando D. Pedro silencio, repuso el alcalde: «Por si acontece, señor, lo que Dios no quiera, que nos viésemos en tal necesidad que fuera imposible resistir, tened á bien relevarnos de antemano del juramento de fe y homenaje que os hemos rendido: os lo pedimos una, dos, tres veces.—Consiento en ello, dijo el rey;» y en el mismo instante tomó acta un escribano de esta declaracion. Uno de los tesoreros preguntó despues qué haria de las sumas confiadas á su custodia y depositadas en el castillo. «Defended el castillo, exclamó el rey montando á caballo.—¡Pero si toman la ciudad no puede defenderse el castillo!...» Y sin dignarse responder metió espuelas seguido de los ginetes granadinos, únicas tropas á cuya lealtad se confiaba todavía (1).

Solo un corto número de los ricos-homes reunidos en Burgos lo acompañó en su retirada (2); pues la mayor parte permanecieron en la ciudad ó en las cercanias para esperar los sucesos, y muchos se ocuparon desde luego en tratar con D. Enrique con las mas ventajosas condiciones. Viendo que el mismo rey se abandonaba el desaliento se había apoderado de sus mas fieles servidores. Los comandantes de las plazas situadas delante de

(1) Ayala.

(2) Pero Lopez de Ayala siguió al rey hasta Toledo.

Búrgos creían dar una prueba de adhesión abandonando sus murallas para seguir á su señor en su fuga; pero el mayor número de ellos se declaraba por el vencedor. Todos los puentes levadizos se bajaban ante el pendon de Castilla conducido por los aventureros, y habia bastado al pretendiente presentarse para quitar al rey legitimo la mitad de sus estados.

En el momento en que D. Enrique pasaba la frontera D. Pedro habia despachado correos á todos los gobernadores de las plazas conquistadas en Aragon, y sobre todo en el reino de Valencia, con órden de evacuarlas al instante, quemar las casas, desmantelar las fortificaciones si podian y reunirse á él con todos sus soldados. El punto de reunion que les designó fue Toledo, porque aun conservaba la esperanza de detener al enemigo en los pasos de las montañas que dividen á las dos Castillas. Por lo que en el dia puede juzgarse de su plan, contaba con que cediendo terreno á su adversario lo atraeria, por decirlo asi, al corazon de sus estados; podria destruirlo por esa guerra de emboscadas que le era familiar, y creia que la intemperie del clima, la fatiga y la miseria serian bastantes para disgustar á los aventureros y privar á D. Enrique de sus fuerzas principales. Tal ha sido muchas veces la táctica de los generales españoles, siempre coronada por el éxito cuando el pueblo se ha declarado contra los invasores. Pero la causa de D. Pedro no estaba sostenida por la opinion nacional, y no tardó en conocer que ya no debia contar con sus súbditos. Verdad es que al recibir sus cartas algunos de los capitanes se dirigieron apresuradamente á Castilla la Nueva ó se replegaron sobre el reino de Murcia; pero creyendo la mayor parte que todo estaba perdido para D. Pedro se dispersaron despues de haber vendido al rey de Ara-

gon las plazas que tenían orden de dismantelar (1).

En el momento en que D. Pedro salió de Búrgos, desanimados ya los vecinos y testigos de las malas disposiciones de los ricos-homes que quedaron dentro de los muros, solo pensaron en su salvacion y no vacilaron en enviar una diputacion á D. Enrique. Las credenciales del concejo del comun iban dirigidas al conde de Trastamara; pero le prometian reconocerlo como á rey desde el momento en que hubiera jurado guardar los privilegios y libertades de la ciudad. En esta revolucion rápida solo pensaban en sus intereses, nobles y villanos, y todos pretendian obtener del nuevo señor alguna gracia particular. D. Enrique iba á comprar su reino en vez de conquistarlo. Juró mantener las antiguas franquicias de Búrgos; prometió, segun se dice, esceptuar á la ciudad de todo impuesto (2), é inmediatamente se abrieron las puertas para su entrada triunfal. Al dia siguiente se hizo coronar con gran pompa en la iglesia del monasterio de las Huelgas, á cuya ceremonia asistieron muchos ricos-homes y diputaciones de grandes ciudades de Castilla, porque la fuga precipitada de D. Pedro parecia á toda la España una confesion de su impotencia y, como habia dicho Du Guesclin, una abdicacion de su soberania. Los primeros actos del pretendiente fueron acordar gracias á los hombres que de capitan de aventuras lo habian hecho rey. El dinero que halló en el castillo de Búrgos y que el tesorero de D. Pedro se apresuró á entregarle, y una contribucion extraordinaria impuesta á los judíos de la ciudad, sirvieron para pagar el sueldo de sus mercenarios extranjeros y alguna defeccion

(1) Ayala.

(2) Cascales. •Hist. de Murcia.▪

subalterna. Títulos de nobleza, concesiones de tierras y feudos reales fueron distribuidos con una liberalidad inaudita hasta entonces entre los principales de sus compañeros de armas, y particularmente á los jefes de la gran compañía. A Beltran Du Guesclin le dió el condado de Trastamara, añadiendo á él el rico señorío de Molina con dominios inmensos: sir Hugo de Calverly recibió el título de conde de Carrion, con el patrimonio considerable que de él dependia; y el conde de Denia, jefe de los auxiliares aragoneses, á quien D. Enrique habia llamado su hermano de armas durante su destierro, fue nombrado marques de Villena, con todos los bienes que habian compuesto la dote de la condesa de Trastamara. Hecho rey D. Enrique nada queria conservar de su fortuna privada. D. Tello recuperó el título de señor de Vizcaya, y tambien obtuvo la investidura del señorío de Castañeda: D. Sancho, su hermano, tampoco fue olvidado, y fue su parte la inmensa fortuna del famoso D. Juan de Alburquerque, que despues de la muerte de su hija se habia incorporado á la corona. Antiguos servidores, compañeros de destierro, tráfugas ó adversarios, se disputaban el rico botin dado por la victoria; y no parecia sino que D. Pedro habia acrecentado el patrimonio real solo para servir á las prodigalidades de su enemigo. Los títulos de conde y de marques, reservados hasta entonces á los miembros de la familia real, fueron dados por la vez primera á ricos-homes y aun á capitanes extranjeros (4), y fue tal la generosidad, ó mas bien la profusion del nuevo rey, que dió lugar á una expresion proverbial usada por mucho tiempo en España.

---

(4) Pellicer. Justificacion de la grandeza de D. Fernando de Zúñiga.

*Mercedes Enriqueñas* se llamaron desde entonces las gracias concedidas antes de merecerlas.

## VI.

Mientras que D. Enrique se hacia coronar en Búrgos D. Pedro entraba fugitivo en Toledo y paraba allí algunos dias como sorprendido de que no lo persiguieran; pero las noticias que recibia de todás partes aumentaban su desaliento, y á pesar de habérsele agregado algunas tropas llegadas del reino de Valencia se sentia menos que nunca en estado de tentar la fortuna de las armas. Un resto de terror que aun inspiraba habia hecho que se le uniesen muchos millares de soldados; pero no se disimulaba que su prestigio estaba perdido y que ya no podia hacerse obedecer. No siendo Toledo á sus ojos un asilo mas seguro que Búrgos se dispuso á abandonarlo pronto para volver á Andalucía, y despues de haber exhortado á los habitantes á defenderse con valor les dejó por gobernador á Garci-Alvarez, maestre de Santiago, con unos seiscientos hombres de armas: despues corrió á Sevilla, conservando apenas la esperanza de prolongar la lucha en un pais que amaba y sobre el cual habia derramado sus favores mas que sobre ninguna otra de las provincias de España. En vez de hacerse seguir por sus tropas aguerridas del reino de Valencia las distribuyó imprudentemente en algunas ciudades de Castilla la Nueva, al mando de señores que aun creia adictos á su persona, y solo conservó á su lado un corto número de ricos-homes, que por poseer propiedades en Andalucía podian ejercer allí una influencia útil á su causa. Poco tardaron los que dejaba atras en someterse al vencedor, y ni el recuerdo de sus beneficios, ni el temor de su venganza detuvieron ya á nadie. Los hom-

bres que siempre se habian mostrado dóciles ministros de su despótismo quisieron hacer olvidar sus viles complacencias por una diligencia todavia mas cobarde en humillarse ante el príncipe á quien por tanto tiempo habian perseguido.

Iñigo de Orozco, encargado de defender á Guadalajara, corrió á llevar sus llaves á Búrgos: el maestre de Calatrava, D. Diego de Padilla, hermano de aquella á quien D. Pedro habia declarado reina, no fue uno de los últimos en ir á besar la mano que desheredaba de un trono á las hijas de su hermana (1); y menos apresurado que los otros Garcí-Alvarez hizo ademan de querer resistir en Toledo; pero solo el tiempo necesario para hacerse comprar su defeccion. Era maestre de Santiago por la voluntad de D. Pedro desde la muerte de D. Fadrique; y Gonzalo Mexía, antiguo servidor de D. Enrique y emigrado desde las primeras turbulencias, habia tomado el mismo título por su parte y sido reconocido en calidad de maestre por los caballeros de la orden desterrados como él. Entre estos dos rivales no podia ser dudosa la eleccion de D. Enrique. Viendo Garcí-Alvarez el alcázar y el puente de Alcántara en poder de los vecinos insurrectos se tuvo por feliz con obtener en cambio de su renuncia propiedades considerables y una buena cantidad de dinero (2). A este precio vendió á Toledo, ó mejor dicho á la parte de la ciudad que sus tropas ocupaban todavia. D. Enrique fue recibido con aclamaciones del pueblo, escitado por el clero y la nobleza, sobre los cuales habia pesado duramente el despótismo de D. Pedro.

(1) Ayala.

(2) Ayala.

Por espacio de quince días tuvo su corte en Toledo, recibiendo los homenajes y sumisiones de las ciudades que de todas partes le enviaban sus diputados; los procuradores de Cuenca, de Avila, Madrid y Talavera llegaron á prestar el juramento de fidelidad en sus manos, y recibieron en cambio la confirmacion de sus privilegios, y tambien quizás libertades nuevas. D. Enrique no habia olvidado la conducta de los judios de Toledo, que pocos años antes contribuyeran tan poderosamente á espulsarlo de sus muros; y, lo mismo que en Búrgos, una fuerte multa castigó su adhesion á la causa de D. Pedro. La Juderia de Toledo fue obligada á pagar el sueldo de los aventurerós, siendo exigida esta contribucion arbitraria con el mayor rigor (4). Estas exacciones eran agradables al pueblo, y sobre todo al clero; pues mal tratados los eclesiásticos por D. Pedro asian con diligencia la ocasion de vengarse, y animaban al pueblo bajo á que se sublevase contra un príncipe que el cielo abandonaba. De una parte el rey legítimo, buyendo rodeado de ginetes musulmanes, y de otra el usurpador poniendo á rescate á los judios, no era necesario mas para inculcar en el espíritu de la poblacion la impiedad del uno y la ardiente fe del otro.

D. Pedro llegó á Sevilla y tambien encontró allí el desaliento y los síntomas de insurreccion que habia observado en todo el camino. Los andaluces, cuyos campos habian sido arrasados muchas veces por los moros, no veian sin estrema inquietud los preparativos del rey de Granada para socorrer á su aliado, y habian oido esclamar á don Pedro en un momento de cólera que si era victima de la traicion de sus subditos podia contar al menos con la

(4) Ayala.

fidelidad del rey Mohamed, que le era deudor de su corona. Estas palabras imprudentes eran comentadas con malevolencia por los clérigos y por los emisarios del pretendiente: publicaban que D. Pedro estaba esperando un poderoso ejército de Granada, y que iba á poner en manos de los moros las principales ciudades de Andalucía. Añadían algunos que habia prometido á su aliado Mohamed abjurar la fe cristiana, y que, como el conde D. Julian, iba á sacrificar á su venganza su religion y su patria. El populacho acogió estos rumores absurdos: grupos sediciosos se formaban en las calles inmediatas al alcázar, donde en cierto modo bloqueaban al desventurado rey, y hasta llegó á dudarse de que pudiera sostenerse en él con el reducido número de soldados que le permanecian fieles. En tal estremidad, despues de haber tomado consejo del maestro de Alcántara, Martin Lopez; de Mateo Fernandez, su canciller, y de Martin Yañez, su tesorero, se determinó á salir de Sevilla para ir á implorar el auxilio del rey de Portugal, su tio y su antiguo aliado.

Antes de los últimos reveses de D. Pedro reinaba entre los dos principes la union mas íntima, y habian resuelto estrecharla todavia mas por un matrimonio entre sus hijos. Doña Beatriz, hija primogénita de Maria de Padilla, heredera presuntiva de la corona, debia casarse con don Fernando, hijo primogénito del rey de Portugal; pero la edad de la princesa no habia permitido que el matrimonio fuera celebrado. Confiando sin embargo D. Pedro en la palabra de su aliado, inmediatamente despues de su llegada á Sevilla se habia apresurado á enviar á su hija á Portugal con la dote estipulada en el tratado de alianza, y ademas una suma considerable de dinero, con gran cantidad de pedrerías que habian pertenecido á Maria de Padilla. Habiendo hecho traer á Sevilla pocos dias despues todo el oro

y plata acuñada que guardaba en el castillo de Almodovar del Rio lo embarcó en una galera y encargó á Martin Yañez que marchase con su tesoro á Tavira, en Portugal, y que allí esperase sus órdenes. Encerrado él en el alcázar, y casi sitiado por sus súbditos, seguia con ansiedad los movimientos de D. Enrique, dudando aun en abandonar su reino, cuando estallando la revuelta vino á abreviar su incertidumbre. Amotinado el populacho se dirigió en masa contra el alcázar para asaltarlo, y ya se habia apoderado del arsenal y de las galeras. No habia un momento que perder, y montando el rey á caballo salió casi furtivamente de Sevilla con las dos infantas, Constanza é Isabel, y una hija natural de D. Enrique, que hacia muchos años guardaba á su lado como una prenda estimable. Seguiale el maestro de Alcántara, Martin Lopez, su canciller y algunos caballeros de su casa, y se dice que á pesar de su triste opinion de la inconstancia de los hombres no pudo menos de manifestar amargamente su sorpresa viendo el corto número de servidores que se asociaban á su fortuna. Pero hubiera sido imprudente aguardar mas tiempo á los amigos fieles que podia dejar atras, porque apenas habia salido del alcázar el populacho echó abajo las puertas y todo lo entregó al pillaje (1). Entre tanto su almirante, el genovés Bocanegra, bajaba el Guadalquivir con algunas galeras y se dirigia hácia las costas de Portugal. Por orden del rey habia abandonado el reino de Valencia, y unido á él en Toledo lo acompañó hasta Sevilla, donde terminó su adhesion. Ahora queria conciliarse la buena gracia del amo que le esperaba, y como primera prueba de su nuevo celo se puso en persecucion del buque que

---

(1) Ayala.

montaba Martin Yañez con el tesoro de D. Pedro : dióle alcance en las aguas de Tavira y lo capturó sin trabajo, porque tal vez, como se sospechó luego, Yañez estaba de acuerdo con el genovés para dejarse apresar (1).

A pesar de las inquietudes de D. Pedro sobre la suerte del navío cargado con sus últimos recursos, en vez de dirigirse á Tavira solo pensó en acercarse lo mas pronto posible al rey de Portugal, que se hallaba entonces en el palacio de Vallada, cerca de Santarem. No tardó en conocer la acogida que le esperaba en tierra extranjera. En Corneha, sobre la orilla izquierda del Guadiana, encontró á su hija doña Beatriz, que le enviaba ignominiosamente ese aliado, en el cual fundaba toda su esperanza. Sin tomarse el trabajo de colorar su falta de fe el rey de Portugal hacia conducir á la jóven princesa fuera de sus estados con la respuesta: «Que el infante D. Fernando ya no queria casarse con ella (2). Casi al mismo tiempo llegó un señor portugues á significarle de parte de su amo que no se podia recibirlo en Santarem ni darle un asilo en Portugal. Se dice que D. Pedro escuchó este mensaje con aire sombrío y sin responder palabra; y quedándose luego solo con uno de los caballeros de su séquito buscó en su escarcela algunas monedas de oro y las arrojó por cima del tejado de la casa en que habia parado. Sorprendido de esta accion el caballero le indicó que seria mejor dar ese oro á alguno de sus servidores en vez de sembrarlo de aquel modo en una tierra inhospitalaria. «Si, lo siembro, dijo el rey con sonrisa feroz; pero dia llegará en que

---

(1) Ayala.

(2) Ayala.—Duarte do Liao. «Crónicas dos reis de Portugal.»

venga á recoger su cosecha.» Calló el caballero y lo dejó entregado á sus sueños de venganza (1).

Rechazado de Portugal intentó D. Pedro volver á Castilla y se acercó á la ciudad de Alburquerque; pero esta le cerró sus puertas, y tuvo el dolor de ver que la mitad de su reducida tropa lo abandonaba para reunirse á la guarnición rebelde. Fuerza le fue repasar otra vez la frontera, y vencido por la necesidad se humilló hasta el punto de pedir al rey de Portugal un salvo-conducto y una escolta para atravesar sus estados y penetrar en Galicia, donde al menos esperaba encontrar un amigo fiel en D. Fernando de Castro, que mandaba en jefe en esta provincia.

Al instante le despachó el rey de Portugal al conde de Barcelós y á D. Alvar, su favorito, hermano de la famosa Inés de Castro; pero las consideraciones debidas á la desgracia parecían ya muy penosas para con un príncipe tan manifiestamente vendido por la fortuna. Los dos caballeros declararon al fugitivo que se esponían á la cólera del infante, hijo de su señor, si ellos lo acompañaban según sus instrucciones. Sin embargo, una suma de seis mil doblas, con el regalo de dos magníficas espadas y cinturones de plata ricamente trabajados, los determinó á conducirlo hasta Lamego. Al separarse allí del rey exigieron que les entregase la jóven Leonor, hija de D. Enrique, que el rey de Portugal queria devolver á su padre para hacerle olvidar la proteccion irrisoria que por un instante habia concedido al monarca fugitivo.

Una romancesca leyenda se refiere á esta jóven, á quien llamaban Leonor de los Leones. Algunos años antes, si se ha de dar fe al testimonio de un antiguo cronista, D. Pedro

---

(1) Duarte do Liao.

la habia hecho arrojar en una cueva donde guardaba leones hambrientos; y estos animales, menos feroces que él, respetaron á la inocente niña y no le hicieron el menor daño. Esta leccion de generosidad que le daban los leones no fue perdida para D. Pedro, pues hizo educar á Leonor con cuidado y la consideró menos como presa que como compañera de sus hijas (1).

Reducido á una escolta de menos de doscientos caballeros el rey atravesó rápidamente, y no sin peligro, la provincia portuguesa de Tras-os-Montes, y pisó de nuevo el territorio castellano en Monterey, ciudad pequeña de Galicia situada en la extrema frontera. Este, que poco antes mandaba como señor absoluto en toda la Castilla, y que por medio de sus ejércitos ocupaba las mas hermosas provincias de Aragon, despues de haber perdido sus conquistas y sus estados hereditarios en menos de dos meses entraba hoy furtivamente en su reino, llevando sobre caballos cansados á sus tres hijas, estenuadas por las veladas y por las fatigas, y temblando de que cada desfiladero y cada choza ocultase una celada ó una traicion. Despues de estos dos meses de continuas angustias, de decepciones amargas y de sufrimientos morales y físicos de toda especie, debió ser para D. Pedro un momento de felicidad aquel en que algunas voces leales saludaron su vuelta á Castilla. En Monterey encontró algunos caballeros enviados por D. Fernando de Castro para anunciarle que ya se habia puesto en marcha con fuerzas considerables. Cartas de Zamora le informaban tambien de que aun cuando la ciudad estuviese sublevada el castillo permanecía fiel, y su gobernador, Juan Gascon, prometia reducir á los re-

(1) Duarte do Liao.

beldes en cuanto recibiera algunos refuerzos (4). El ataque de D. Enrique había sido tan rápido, que los gobernadores adictos á D. Pedro pudieron contener la insurrección en todas partes donde no le había prestado fuerzas irresistibles la presencia de los aventureros y del usurpador. Astorga, Soria y Logroño aun estaban por el rey legítimo y parecían resueltas á defenderse vigorosamente.

## VII.

Apenas estuvo en Castilla el primer cuidado de D. Pedro fue escribir al príncipe de Gales y al rey de Navarra para recordarles sus tratados y pedirles socorros. Pronto acudió D. Fernando de Castro á Monterey y le presentó los principales ricos-homes gallegos llenos de ardor y de resolución, que conducian á sus vasallos armados en número de quinientos caballos y dos mil peones. Con este pequeño ejército, protegido por las ásperas montañas de Galicia, que jamás han franqueado impunemente los caballos de Castilla, podia esperarse con seguridad la respuesta del príncipe inglés y del rey de Navarra. Fernando de Castro, el maestro de Alcántara y algunos de los mas adictos servidores del rey opinaban porque se tomase inmediatamente la ofensiva, pues nada mas fácil, segun ellos, que penetrar en el castillo de Zamora por una de sus puertas que daba al campo: una salida vigorosa los haria dueños de la ciudad, desde la cual marcharian sobre Logroño. D. Fernando no dudaba que la presencia de D. Pedro reanimase á sus partidarios y que consiguiese restablecer su autoridad en provincias que el pretendiente

---

(4) Ayala.

había atravesado rápidamente mas bien que sometido; pero por otra parte el canciller Mateo Fernandez y algunos otros, confidentes como él de los mas secretos pensamientos de su amo, demostraban que era peligroso esponer la persona del rey por un golpe de desesperacion á los azares de una traición nueva. Segun estos las disposiciones de Galicia eran inciertas, y muy difícilmente se conseguiria llevar fuera de su pais á los montañeses armados por D. Fernando. El mejor medio de asegurar la victoria era obtener el apoyo del principe de Gales y apremiar por la ejecucion del tratado de alianza ofensiva y defensiva concluido dos años antes. El carácter leal y los sentimientos caballerescos del principe no permitian dudar de que volaria en auxilio de su aliado. Tales eran los consejos de Fernandez, y tales probablemente las intenciones de D. Pedro. A su natural desconfianza y al desaliento, consecuencia inevitable de sus reveses, se juntaban las vivas inquietudes por la seguridad de sus tres hijas, compañeras de su fuga, y ya se sentia sin valor para desafiar nuevos peligros con ellas. La respuesta que recibió del rey de Navarra acabó de decidirlo. Carlos el Malo vacilaba aun entre los dos hermanos; pero al traves de las vagas promesas que hacia al monarca vencido era fácil ver que iba á declararse por el vencedor.

Permaneciendo neutral la Navarra, ó mas bien sospechosa de parcialidad por D. Enrique, hubiera sido el colmo de la imprudencia apoyarse en sus fronteras para emprender las hostilidades en el Norte de Castilla. Resolvióse que el rey se embarcaria en la Coruña y que marcharía á Burdeos al lado del principe de Gales; y en tanto que él negociaría para la entrada de un ejército ingles en España, D. Fernando de Castro, con el título de adelantado de los reinos de Galicia y de Leon, debía escitar el celo

de las provincias del Norte y sostener la guerra contra el usurpador. Antes de alejarse recompensó el rey su fidelidad dándole el título de conde de Lemos.

Saliendo de Monterey, despues de una permanencia de tres semanas, se dirigió D. Pedro á Santiago de Compostela, adonde las fiestas de San Juan atraian en este momento una multitud de peregrinos de todos los ángulos de la península, y cuyo lugar era el mas á propósito para recoger noticias exactas sobre el estado de los ánimos y la situacion de las diferentes provincias. El arzobispo de Santiago, D. Suero, natural de Toledo y emparentado con las mas ilustres familias de esta ciudad, salió al encuentro de D. Pedro con una comitiva de doscientos caballos y fue recibido friamente. Verdad es que parecia presentarse á disgusto y que la sinceridad de sus ofertas podia ser puesta en duda, con tanta mas facilidad, cuanto que sus parientes de Toledo se habian declarado por D. Enrique arrastrando en su defeccion á sus conciudadanos. La presencia de D. Suero pareció recordar á D. Pedro la pérdida de la ciudad mas importante de su reino, y sin duda por esto fue corta la entrevista. Despues de haber presidido la celebracion de la fiesta el arzobispo fue á dormir á su castillo de la Rocha, probablemente porque habria cedido su palacio de la ciudad á D. Pedro, el cual lo mandó llamar al dia siguiente despues de la hora de siesta. Al instante volvió á Santiago con un séquito poco numeroso, compuesto casi esclusivamente de eclesiásticos. Al llegar á la plaza de la catedral apercibió á D. Pedro que se paseaba sobre uno de los terrados de la iglesia. En este momento un escudero gallego, llamado Fernando Perez Churrichao, seguido de unos cuantos ginetes armados, apareció detras del arzobispo como si fuera aumentando su escolta. De repente, y cuando el prelado echaba

pie á tierra en el atrio mismo de la catedral, Churrichao y sus compañeros dieron sobre él, y en un abrir y cerrar de ojos dispersaron su escolta. Desde lo alto del terrado les gritaba D. Pedro que no matasen al arzobispo: este y un canónigo que lo acompañaba se refugiaron en la iglesia esperando encontrar un asilo; pero los asesinos los siguieron dentro con espada en mano y los hirieron con mil golpes á los mismos pies del altar. Seguros de que sus víctimas habian espirado volvieron á montar á caballo, atravesaron toda la ciudad sin obstáculo y huyeron por el campo (1).

No dejaron de atribuir á D. Pedro la muerte de D. Suero, y muchas presunciones se reunian para hacerlo responsable de ella. Delante de sus familiares habia dejado entrever su odio contra el prelado acusándolo de complicidad con los rebeldes de Toledo; y ademas, en el mismo momento en que el arzobispo era sacrificado en medio del coro, el padre de Churrichao se encontraba al lado de don Pedro, como si hubiera ido á garantir la fidelidad de su hijo en ejecutar una venganza ordenada. Por último, el secuestro que inmediatamente recayó sobre los bienes del prelado; sus fortalezas dadas á D. Fernando de Castro, y esa diligencia en recoger los frutos del crimen, ¿no parecian designar claramente el verdadero autor? Ayala refiere, sin embargo, que D. Pedro negó constantemente en lo sucesivo toda participacion en este delito, asercion grave de parte de un príncipe que se creia con derecho absoluto sobre la vida de sus súbditos, y que, lejos de reprobar sus mas crueles actos, espresó muchas veces sentimiento por haber perdonado á algunos de sus enemigos.

---

(1) Ayala.

Quizás la muerte de D. Suero fue únicamente el resultado de una venganza particular; quizás también habría ordenado el rey que se asegurasen de su persona, pero no que lo asesinasen. En tiempos de anarquía y de revolución los odios privados se disfrazan muchas veces con el nombre de atentados políticos, y no sería extraño que Churri-chao traslimitase sus órdenes, si es que las había recibido. Por lo demás, esta ejecución sangrienta hizo perder al rey muchos de sus partidarios mas adictos: Alvar de Castro, hermano de D. Fernando, iba á Santiago para ofrecer sus servicios, cuando supo la muerte del prelado; y sobre la marcha torció el camino, se encerró en su castillo y se declaró por D. Enrique. Su ejemplo fue imitado por muchos ricos-homes gallegos (1).

Cuando llegó D. Pedro á la Coruña halló á un enviado del príncipe de Gales, que le aconsejaba fuese á Inglaterra cerca del rey su padre, prometiéndole de antemano la acogida mas favorable. Con esta seguridad se embarcó inmediatamente con sus tres hijas y lo que habia podido salvar entre diamantes y oro, pues aun le quedaban cerca de treinta mil doblas y pedrerías de un valor extraordinario.

---

(1) Ayala.

## XX.

### Gobierno de D. Enrique.—Guerra civil.—1366—1367.

LA fortuna había trocado los papeles: D. Pedro mendigaba la protección de una corte extranjera; y D. Enrique, sorprendido de la facilidad de su conquista, ganaba todos los días una ciudad nueva y era recibido por todas partes con entusiasmo por la nobleza y por la plebe. En Sevilla fue tan grande la afluencia del pueblo para presenciar su entrada, que necesitó muchas horas para atravesar la multitud ávida de contemplar sus facciones; pues llegando á las puertas de la ciudad muy de mañana no pudo entrar en el alcázar hasta la hora de nona (1). Allí encon-

(1) Ayala.

tró á muchos de los antiguos servidores de D. Pedro, que fueron á besarle la mano y á ofrecerle por homenaje tardío excusas que fueron fácilmente aceptadas. El almirante Bocanegra se habia preparado la acogida mas favorable poniendo á los pies del nuevo rey el tesoro de su enemigo, del cual acababa de apoderarse, por valor de treinta y seis quintales de oro y gran cantidad de pedrerías, presa mas importante que la conquista de una provincia, y en cuya recompensa recibió el tráfuga genovés el rico señorío de Otiel (1). Ni una ciudad, ni un solo castillo de Andalucía vaciló en seguir el ejemplo de la capital; y el mismo rey moro, después de una débil demostracion contra la frontera, persuadido de que la causa de su antiguo protector estaba perdida para siempre, pidió la paz y la obtuvo sin trabajo. Libre ya de esta inquietud y viendo á todo el reino sometido, á escepcion de Galicia, creyó D. Enrique que debia deshacerse cuanto antes de auxiliares que comenzaban á ser incómodos, pues no encontrando los aventureros ocasion de batirse no perdian la de saquear y robar. De todas partes se elevaban quejas contra sus violencias, y ya en algunas provincias se armaba el pueblo en tumulto contra ellos. D. Enrique despidió á la mayor parte de estos mercenarios después de haberlos colmado de presentes, y solo quiso conservar á su servicio á Du Guesclin y á Calverly y quinientas lanzas escogidas entre las bandas francesas y bretonas (2). A instigacion de Du Guesclin, en quien tenia toda su confianza, habia conservado por preferencia á los franceses á su lado, y si

---

(1) Salazar. «Casa de Lara.»

(2) Ayala.

tambien detuvo á sir Hugo de Calverly, fue probablemente con la esperanza de que este capitán afamado podria servirle de intermediario útil cerca del príncipe de Gales, cuya actitud le inspiraba ya graves cuidados. El conde de la Marche y el señor de Beaujeu salieron de España con el cuerpo principal de aventureros, persuadidos de que habian vengado á la reina Blanca, su pariente, conforme á sus juramentos caballerescos. Habian descubierto en Sevilla á un ballestero de la guardia de D. Pedro, designado por el rumor público como el asesino de la infortunada reina, y despues de haber alcanzado de D. Enrique que este hombre les fuese entregado lo hicieron ahorcar sin estrépito de juicio. A la ejecucion de este miserable se redujeron las empresas de estos dos señores, únicos que por un motivo desinteresado se hubiesen unido á la bandera del pretendiente. La compañía grande encontró mas ocasiones de hacer uso de las armas á su vuelta que durante su larga marcha al traves de la España, pues necesitó combatir á castellanos, navarros y aragoneses, levantados contra ella, y abrirse por todas partes paso con las armas en la mano; pero ningun obstáculo detenía á estos intrépidos veteranos. Franquearon los Pirineos en buen orden y despedazaron á un ejército frances que pretendió vanamente detenerlos á la bajada de las montañas (1).

Aunque D. Enrique no ignorase que la Galicia y algunas ciudades del Norte de Castilla rehusaban todavía reconocer su autoridad, permaneció cerca de cuatro meses en Sevilla, tiempo necesario para organizar su gobierno y restablecer el orden, por todas partes conmovido despues

(1) Froissart.—Dom Vaissette.

de tan violento sacudimiento. Necesitaba á la vez negociar con los reyes vecinos, satisfacer la codicia de la nobleza, contentar á los comunes, obtener de todos una obediencia olvidada durante una anarquía de muchos meses, y prepararse, en fin, para una guerra formal; porque no se disimulaba que los ingleses, haciendo suya la causa de D. Pedro, intentarían algún esfuerzo poderoso en su favor. Lejos de esperar socorros de sus antiguos aliados D. Enrique tenía que temer ahora las exigencias del rey de Aragon, y se apresuró á enviarle á Du Guesclin. General y diplomático á la vez, el astuto breton iba á emplear toda la autoridad de su nombre y á estrechar la alianza tantas veces jurada con Pedro IV. Después de haber sondeado al paso las disposiciones del rey de Navarra tenía Du Guesclin la misión de pasar desde Barcelona á Francia y solicitar el apoyo de Carlos V contra la invasión inglesa. Al mismo tiempo despachaba D. Enrique á Lisboa á Mathieu de Gournay para obtener del rey de Portugal que permaneciese neutral y pasivo en la lucha que iba á comenzarse (1). Por la manera con que Pedro de Portugal había tratado á D. Pedro, fugitivo en sus estados, había mostrado con bastante claridad cuál era su política, y Mathieu de Gournay sacó de su misión las más satisfactorias seguridades de paz.

Cuando D. Enrique creyó poder abandonar á Sevilla se dirigió á largas jornadas hácia Galicia, con la esperanza de anonadar los restos de la facción enemiga antes de que pudiera ser socorrida por la intervencion extranjera.

---

(1) Vizconde de Santarem.—Quadro de relações politicas e diplomáticas de Portugal. Mathieu de Gournay era súbdito del rey de Inglaterra.

Todas las ciudades abiertas le enviaron su sumision conforme se acercaba; pero D. Fernando de Castro, que habia concentrado sus fuerzas en Lugo, se defendió en esta plaza con extraordinario vigor. Despues de un sitio, ó mas bien de un bloqueo de algunas semanas, desesperando don Enrique de forzar el puesto, y llamado á Castilla por apremiantes intereses, creyó salvar su honor por medio de un tratado que aceptó el lugarteniente de D. Pedro, resuelto á infringirlo desde el momento en que se sintiera con bastante fuerza. Segun esta convencion fue proclamada una tregua de cinco meses entre las partes beligerantes, y se estipuló que si antes de Pascuas del año 1367 no era socorrido D. Fernando entregaria Lugo y todas las fortalezas ocupadas por sus tropas á los capitanes de D. Enrique; y que entonces tendria la eleccion de salir libremente del reino con todos sus bienes ó de permanecer en él conservando sus honores y su nuevo título, con la condicion de prestar el juramento de homenaje al soberano reconocido por toda la Castilla. Confiado en esta tregua salió D. Enrique de Galicia para ir á Búrgos, donde habia convocado las cortes; pero su brusca retirada despues de la inútil tentativa contra Lugo acreció la audacia de los partidarios de D. Pedro, y no encontrando ya D. Fernando ejército capaz de resistírsele volvió á emprender sus correrías, aumentó sus tropas y aun se apoderó de muchas ciudades ó castillos fuertes. Estendidos sus emisarios por las provincias del Norte anunciaban altamente la vuelta próxima del monarca legítimo á la cabeza de todas las fuerzas de la Guyena (4).

(4) Ayala.

En efecto, ya no eran dudosas las disposiciones de la Inglaterra. Apenas supo el príncipe de Gales la llegada de D. Pedro á Bayona salió de Burdeos á su encuentro; pero el rey destronado en su impaciencia se le adelantó y reunió en el cabo Breton, siendo recibido, no solamente como un rey, sino como un aliado. Sus desgracias y la presencia de sus tres jóvenes hijas, salvadas de tantos peligros, habrían bastado para interesar á un príncipe que se envanecía de practicar todas las virtudes caballerescas, aun cuando la política no hubiese estado de acuerdo con su natural cortesía; pero la revolucion de Castilla era obra de un frances; el usurpador habia estado á sueldo del rey de Francia, y esto era bastante para irritar los celos de Eduardo. Sin vacilar un momento en la primera entrevista prometió á D. Pedro la proteccion de su padre y la suya, y lo condujo de nuevo á Bayona, donde se les reunió el rey de Navarra. Acostumbrado á traficar con su alianza queria Carlos examinar por si mismo si debía violar ó cumplir los juramentos que acababa de hacer al rey de Aragon y á D. Enrique. Ni el príncipe ingles ni D. Pedro ignoraban los compromisos del rey de Navarra; pero tambien sabian su manera de observarlos; los pasos de las montañas estaban en su poder y era preciso comprarlos á mas precio que el de las ofertas recibidas ya por el astuto navarro.

D. Pedro encontró mas lealtad en el príncipe de Gales, pero no sin embargo una proteccion desinteresada. Hacia mucho tiempo que los ingleses codiciaban los puertos admirables practicados por la naturaleza en las escarpadas costas de la Vizcaya, y la ocasion parecia

favorable para obtener de un rey reducido al último recurso la cesion de una provincia separada ya del resto de la península por sus instituciones, su lengua y sus costumbres. La Guyena, que contaba súbditos vascos, podía asimilarse á otros, con tanta facilidad como la Castilla habia reunido las provincias privilegiadas bajo la dominacion de sus reyes. Avido de venganza D. Pedro era pródigo en promesas, y aceptó sin vacilar la compra que se le ofrecia; ¿pero lo hizo de buena fe? Ya nos lo dirán los acontecimientos. En cambio de su facilidad encontraba en Eduardo un ardor casi igual al suyo: la perspectiva de una campaña y la esperanza de nuevos triunfos trasportaban á este príncipe belicoso y le hacian olvidar el mal estado de su salud dándole una fuerza ficticia. Defendia para con su padre la causa de D. Pedro con toda la elocuencia de su ambicion, conjurándole á que enviase tropas á España; y para responder de antemano á las objeciones que preveia anunciaba que el rey caído conservaba aun un tesoro considerable que bastaria para subvenir á los gastos de la expedicion. Todo esto faltaba, sin embargo, para que D. Pedro pudiese tener á sueldo un ejército. El oro que llevara habia desaparecido prontamente en la corte de Burdeos, gastado en presentes ofrecidos á los favoritos del príncipe, y ya le servian sus diamantes para el mismo uso: los mas hermosos de ellos los hizo aceptar á la princesa de Gales y quiso vender los restantes; pero Eduardo se apresuró á recibirlos en depósito, adelantándole sumas considerables sobre estas prendas de un valor incierto. A los ojos de su padre y de sus consejeros afectaba el príncipe de Gales calcular friamente sus ventajas, y ocultaba con cuidado su generosidad temiendo que se tratase su empresa de sueño caballeresco y esforzándose por

justificarla con el nombre del interes y de la politica. Seguro ya del príncipe de Gales D. Pedro habia despachado á Lóndres al maestre de Alcántara para tratar del matrimonio de sus hijas con príncipes ingleses, y sobre todo para apresurar los armamentos y desvanecer las dificultades que aun oponia el prudente Eduardo III á la fogosidad belicosa de su hijo. A las instrucciones remitidas á su embajador iba adjunta una justificacion estudiada de su conducta, ó mas bien una recriminacion contra sus enemigos, escribiéndole: «Vos, Martin Lopez, nuestro leal servidor, direis al muy poderoso rey de Inglaterra, nuestro primo, lo que sigue: le direis de qué manera ha turbado D. Enrique nuestra tierra, queriendo arrojarnos de nuestros reinos de Castilla y de Leon, de los cuales somos heredero á buen derecho, y no el tirano, como él dice. Y en cuanto á que trabaja con grande perfidia en pretender cerca del padre santo y del rey de Francia que Nos no debemos reinar, sosteniendo malvadamente que tratamos con crueldad á nuestros ricos-homes y violamos los privilegios de nuestra nobleza, direis que nada de esto es verdad. Que es notorio cómo siendo todavía muy jóven perdimos á nuestro señor y padre el rey D. Alfonso; y que ese D. Enrique y otro hermano mio, D. Fadrique, ambos á dos mayores que Nos, que debian defendernos y aconsejarnos, lejos de esto y codiciando nuestra herencia se ligaron contra Nos en Medina-Sidonia. Que habiendo Dios deshecho sus planes intentaron por otros caminos indisponernos con nuestros ricos-homes, nuestras ciudades y comunes; y porque no nos plegamos á sus voluntades nos tuvieron preso, como sabeis, en la ciudad de Toro. La muerte que por orden nuestra recibió D. Fadrique fue bien merecida por este hecho y por otros. Decid tambien que me llaman cruel y tirano porque he castigado á

los que rehusaban obedecerme y hacian grandes ultrajes á las buenas gentes de mi reino. Direis de viva voz, como de Nos lo habeis oido, cuales fueron los crímenes de cada uno de aquéllos á quienes hemos castigado; y, en una palabra, añadireis de nuestra parte todo lo que os parezca propio para conducir bien las proposiciones de que sois portador, como tambien los matrimonios que sabeis (1).»

Se observará que en esta apología no se trata ni de legitimidad ni de derecho divino: estas ideas, en efecto, eran apenas conocidas en la Europa de la edad media y ciertamente de todo punto estrañas á Castilla. D. Pedro solo trata de justificarse del cargo de tiranía, pues segun él no hacia mas que castigar á nobles turbulentos. Enemigo constante de la anarquia feudal su causa debia ser la de todos los reyes.

Eduardo III, tan déspota como el castellano, le concedió su protección y le prometió restablecerlo en su trono. Después de algunas semanas de negociaciones D. Pedro concluyó en Liorna el 23 de setiembre de 1366 un doble tratado con el principe de Gales, estipulante en nombre de su padre, y con el rey de Navarra. Comprometiase á ceder al primero una parte de la Vizcaya, particularmente los puertos de mar, y se reconocia su deudor por una suma de quinientos cincuenta mil florines de oro de la moneda de Florencia. Esta cantidad y otros cincuenta y seis mil florines adelantados por el principe y pagados al rey de Navarra á título de subsidios debian ser reembolsados en el término de un año. Las jóvenes infantas, hijas de Maria de Padilla, como tambien las mujeres y los hijos

---

(1) Rades. Crón. de Alcánt.

de los señores castellanos emigrados, permanecerian entre tanto en Burdeos en clase de rehenes hasta el integro pago de esta deuda; y por su tratado particular con el rey de Navarra D. Pedro le cedió la provincia de Guipúzcoa y la de Logroño, independientemente del subsidio que acaba de ser mencionado. En cambio los dos principes debian unir todas sus fuerzas á las suyas para conducirlo á su reino y arrojar de él al usurpador.

D. Pedro se comprometió tambien, en caso de guerra contra los infieles, á ceder el puesto de honor, ó, como se decia entonces, *la primera batalla* á los reyes de Inglaterra ó á sus hijos primogénitos, si tomaban parte en la cruzada. ¿Esta deferencia honorífica para con su aliado no indicaria que D. Pedro, siempre grande en sus proyectos, meditaba desde entonces una expedicion contra Granada?

Esta conjetura se justificaria hasta cierto punto por el carácter vengativo del rey, que siempre sentia con mas viveza las últimas ofensas, y que probablemente no podia perdonar á Mohamed la paz reciente que hiciera con don Enrique.

Desde el momento en que fueron firmados y jurados solemnemente estos tratados, el principe Eduardo desplegó la mayor actividad para apresurar el momento de entrar en campaña. Sus capitanes necesitaban dinero para equiparse, y D. Pedro habia vendido ó empeñado sus últimas pedrerías; pero el principe hizo convertir en moneda su propia vajilla y distribuyó el producto entre sus oficiales (1). Ahora que ya habia probado su adhesion al rey de Castilla por tantos sacrificios se creyó con derecho para darle consejos y hablarle con franqueza, de-

---

(1) Froissart.

mostrándole hasta qué punto su pasado rigor había sido impotente para contener á sus súbditos en el deber, y conjurándole á que siguiese otro camino cuando estuviera restablecido en el trono: «Tratad dulcemente á vuestros vasallos, decía; pues mientras no hayais conquistado su afecto jamás estará firme vuestra corona.» D. Pedro pareció persuadido y juró perdonar á todos los rebeldes, exceptuando de la amnistia á un corto número de ricos-hombres condenados ya por traicion antes de la entrada del usurpador (1). Que esta promesa fuese sincera, ó bien arrancada por la necesidad, bastó para contentar al príncipe y destruir los escrúpulos nacidos en su generoso corazón por las relaciones de sus capitanes que volvian de Castilla. Prevenidos por D. Enrique; seducidos tal vez por sus presentes, y testigos además del ódio del pueblo contra el rey desterrado, los caballeros ingleses que habian servido á las órdenes de Du Guesclin llevaban á Burdeos una opinión poco favorable sobre el carácter de don Pedro.

### III.

Mientras que los preparativos militares se hacian con la mayor actividad en Guyena, á vista de D. Pedro y del príncipe de Gales, D. Enrique convocaba la cortes en Búrgos y les pedia los medios de resistir á la invasion de los ingleses: la situacion del nuevo rey era muy grave.

---

(1) Rymer. «Tratado de Liorna.» Item, todos los prisioneros... avran hy tal hecho como ellos han acostumbrado en las guerras de Francia, salvando los traidores juzgados por el rey D. Pedro, D. Tello y D. Sancho, sus hermanos, los cuales si presos fueran serán dados al rey D. Pedro, pagando el tal suma como el Príncep ordenará.

y él no se hacía ilusión sobre los peligros de que estaba rodeado. En vispera de una guerra contra el capitán mas grande y los mejores soldados de la Europa veía la insurrección organizada y triunfante en una de sus provincias. Las exigencias de los aventureros y de los ricos-hombres habían agotado en algunos meses los recursos inesperados que debía á la captura del tesoro de D. Pedro, y no se disimulaba que sus rápidos triunfos eran debidos en gran parte al cansancio que había producido en Castilla la prolongada guerra contra Aragon; ahora debía temer que, desanimados los pueblos, le rehusasen los nuevos sacrificios que exigía una guerra mucho mas peligrosa. El mas sincero de los aliados de D. Enrique, el rey de Francia, no se hallaba en estado de prestarle socorros eficaces; el rey de Navarra le hacía traición abiertamente, y por último, el de Aragon, en lugar de enviarle refuerzos amenazaba llamar al marqués de Villena, y reclamaba imperiosamente la ejecución del tratado que debía entregarle la mitad de Castilla. Consentir en semejante cesion hubiera sido esponerse al ódio, al desprecio y al abandono de sus nuevos súbditos; así es que prodigando á Pedro IV las espresiones de su respeto y reconocimiento se escusó de no poder entregarle las provincias que le había prometido, pues aun poco firme en el trono no podía ajar el orgullo nacional que tanto le importaba contemplar. Era preciso esperar que la victoria le diese alguna tranquilidad y entonces se apresuraria á cumplir sus promesas. También rehusó D. Enrique, y esto era en su posicion un acto de valor y de generosidad, entregar á Pedro IV el conde de Osona, hijo de Bernal de Cabrera, proscripto de Aragon y en otro tiempo al servicio de don Pedro. A fuerza de temporizacion y de instancias obtuvo que Pedro IV no llamase al pequeño cuerpo de

tropas aragonesas que estaba á las órdenes del marques de Villena y que continuase tratándolo como aliado. Era un triunfo importante demostrar á la Inglaterra la union de las dos mayores monarquías de España contra el rey desposeido; pero de todos los auxiliares de D. Enrique el mas poderoso era el terror que inspiraba á la nobleza y á los concejos de las ciudades la vuelta del implacable D. Pedro. Rebelde á un rey que jamás habia perdonado, Castilla no tenia ya mas esperanzas que en el triunfo del jefe que acababa de escoger. En efecto: á pesar de la penuria general las cortes pusieron la mayor presteza en suministrar los recursos pedidos, y votaron unánimemente un nuevo impuesto que cargaba el diezmo de un dinero por maravedí sobre todas las ventas. Este impuesto, llevado con rigor, produjo en el año 1366, cerca de diez y nueve millones de maravedis, cantidad considerable para aquellos tiempos (1). Menos difícil era entonces procurarse soldados que subsidios: la nobleza corrió á las armas con entusiasmo, y todas las provincias enviaron á Búrgos numerosos reclutas. El recuerdo de los pillajes cometidos por los aventureros escitaba á los paisanos á defender valerosamente sus hogares contra una nueva invasion extranjera.

Naturalmente afable y cortés, D. Enrique nada perdona por conciliarse el afecto de sus súbditos; pero era una tarea ruda la de contentar una nobleza orgullosa y tanto mas exigente cuanto que sus servicios se hacian mas necesarios. La susceptibilidad de los ricos-homes le causaba sin cesar graves embarazos. Un caballero zamorano que habia ido á Búrgos para dirigir alguna peticion

---

(1) Ayala.

al rey fue despedido por los ugieres del palacio. Furioso con esta afrenta juró vengarse, y volviendo al instante á Zamora hace que se subleven sus conciudadanos y proclama á D. Pedro. El castillo aun se mantenía por este príncipe, pero sitiado en cierto modo por la ciudad; y la guarnicion, reducida á estar á la defensiva, reunida á los vecinos hizo correrías por la provincia, y pronto se dió la mano con los descontentos de Galicia: algunas tropas enviadas de Búrgos fueron batidas, y redoblando su audacia la insurreccion hizo progresos rápidos en el Norte del reino de Leon (1).

En medio del desórden general todos los medios parecían buenos para ganarse el favor del pueblo y asegurarse su obediencia. Ya hemos visto que D. Tello, casado con la heredera de Lara, tenía por dote de esta el señorío de Vizcaya; y habiendo muerto esta señora, prisionera de D. Pedro, sin dejar hijos, D. Enrique había devuelto á su hermano esta rica herencia que el rey don Pedro había reunido á la corona. Esta donación tuvo lugar en contra de los usos de esta provincia y con desprecio del voto manifestado en la junta de Guernica en 1357, cuando los diputados vizcaínos eligieron al rey de Castilla por su señor.

D. Tello no ignoraba que su único título al señorío de Vizcaya era á los ojos de sus vasallos su alianza con la casa de Lara; y concluida en la actualidad esta era dudoso que quisiesen confirmar la decision de D. Enrique. Pero de pronto se supo que una mujer se presentaba en Sevilla tomando el nombre de doña Juana de Lara, señora de Vizcaya. Inmediatamente se le hizo venir á Búr-

---

(1) Ayala.

gos, y D. Tello, que sin duda sabia mejor que nadie á qué atenerse sobre el origen de esta pretendida princesa, la reconoció públicamente por su mujer, y nada perdonó para acreditar la fábula que recitaba ella sobre el misterio de su desaparicion y de su libertad. Algun tiempo vivió con ella tratándola como á su mujer, hasta que por último, viniendo á confirmarse de una manera auténtica la muerte de la verdadera doña Juana, la impostura comenzó á ser mas peligrosa para él que la misma verdad (1).

En el Norte y en el Sur de los Pirineos se reunian dos ejércitos numerosos, uno y otro en las fronteras de Navarra. Para pasar de la Guveta á Castilla no habia entrada mas que un cañuto practicable para los caballos que era el que partiendo de San Juan de Pie de Puerto entra en el famoso valle de Roncesvalles, y después de haber franqueado las montañas sigue el curso del Arri para ir á desembocar en Pamplona. En todo el camino los caballos caminan á un desfiladero que un puñado de hombres puede defender, todos los soldados saben que ha sido y que será la muerte de un ejército extranjero. Este paso se llama el trayecto Navarra y está

---

(1) Ayala. En francés: les Pyrénées, au passage de la Navarre.

## XXI.

### Intervencion del principe de Gales.—1367.

#### I.

**E**N el Norte y en el Sur de los Pirineos se reunian dos ejércitos numerosos, uno y otro en las fronteras de Navarra. Para pasar de la Guyena á Castilla no habia entonces mas que un camino practicable para los caballos, que era el que partiendo de San Juan de Pie de Puerto entra en el famoso valle de Roncesvalles, y que, despues de haber franqueado las montañas, sigue el curso del Arga para ir á desembocar en Pamplona. El valle de Roncesvalles conduce á un desfiladero que un puñado de hombres puede defender, y todos los españoles saben que ha sido y puede ser todavía la tumba de un ejército extranjero. Este paso dependia del rey de Navarra, y estaba en su arbitrio abrir ó cerrar las puertas de Castilla á los ingleses: no debe, pues, sorprender que su alianza

fuese tan ávidamente buscada y comprada por D. Pedro. D. Enrique, por su parte, no habia perdido la esperanza de obtener, ya el concurso, ya la neutralidad del navarro: ademas de una suma considerable de dinero le ofrecia la provincia de Logroño y una parte de Alava y de Guipúzcoa; es decir, casi la misma cesion de territorio que su adversario habia prometido, tratándose tambien de devolver á la Navarra provincias que antiguamente habian sido separadas de ella. La eleccion entre estas ofertas era un embarazo grave para Carlos, pues habia recibido cincuenta y seis mil florines de D. Pedro y sesenta mil doblas de D. Enrique, y era preciso adivinar de qué parte se encontraba la fuerza, ó cuál de los dos pretendientes al trono de Castilla tenia mas probabilidades de triunfo. Apenas hubo firmado con D. Pedro el tratado de Liorna cuando entabló otra negociacion con D. Enrique: los juramentos le costaban poco y era pródigo de ellos. En una conferencia que tuvo lugar secretamente entre los dos príncipes en Santa Cruz de Campeszo juró el navarro sobre los Evangelios lo contrario de lo que jurara en Liorna; y se obligó á cerrar el puerto de Roncesvalles, á reunir todas sus fuerzas á las de D. Enrique y aun á sostenerle *con su cuerpo en batalla*. Para este nuevo compromiso le hubiera bastado variar un solo nombre del tratado de Liorna; pero fue estrechado á dar seguridades, y consintió en ello sin mucha pena. Tres de sus castillos de Navarra fueron entregados en manos de tres señores, testigos y garantes del convenio, que eran el arzobispo de Zaragoza; Ramirez de Arellano, caballero navarro al servicio de Castilla, y Beltran Du Guesclin, que acababa de llegar á España conduciendo algunos voluntarios franceses y bretones.

Mientras que los dos ejércitos permanecieron inmóviles

no tuvo Carlos dificultad en representar su papel para con los dos hermanos rivales, repitiendo á cada uno las mismas promesas y juramentos; pero al fin llegó el momento decisivo. A pesar del rigor del invierno avanzó el príncipe de Gales hácia los Pirineos, y á fin de enero de 1367 ya estaban en movimiento todas sus tropas. El navarro trató de detenerlo algunos dias mas bajo veinte pretextos diversos; pero el príncipe de Gales no era hombre que se pagaba de semejantes efugios, y la vanguardia inglesa salió bruscamente de San Juan de Pie de Puerto resuelta á forzar el paso de Roncesvalles si osaban disputárselo. Puesto Carlos en tal estrechura, y queriendo conservar las apariencias hasta el último momento, dió órdenes para defender el puerto, y otras órdenes para dejarlo sorprender. Intimidado á un tiempo por D. Enrique y por D. Pedro para que compareciese en persona á combatir segun sus juramentos, imaginó el espediente que sigue para engañarlos á ambos y reservarse el medio de protestar de su fidelidad á quien quiera que favoreciese la suerte de las armas.

Olivier de Mauny, caballero breton, ocupaba con algunos hombres de armas el castillo de Borja, en Aragon, sobre la misma frontera de Navarra, del cual era gobernador por su primo Beltran Du Guesclin, á quien se lo habia dado en investidura el aragonés el año precedente. Era Mauny una buena lanza, que solo veia en la guerra una ocasion de enriquecerse, y con quien el rey de Navarra por consecuencia podia entenderse á las mil maravillas. Despues de una conferencia secreta que con él tuvo salió Carlos de Tudela para una partida de caza en la frontera de Aragon en el momento mismo en que el ejército ingles se aventuraba en Roncesvalles. Separado de la mayor parte de sus cazadores el rey se encontró de súbito ro-

deado de hombres de armas bretones mandados por Mauny, que lo hicieron prisionero y lo condujeron a Borja, publicando que esto era buena presa, puesto que habia violado la neutralidad dando paso al principe de Gales; pero en realidad la emboscada se habia concertado entre el rey y el capitan de aventuras para permanecer cautivo hasta la conclusion de la campaña, debiendo pagar la complacencia de su carcelero con una renta de tres mil francos y la ciudad de Guibray en sus dominios de Normandia (1). Puede preguntarse hasta qué punto pudo permanecer oculta esta transaccion desleal á Du Guesclin, de quien Mauny era teniente, y al rey de Aragon, de quien uno y otro eran vasallos. La politica astuta de Pedro IV y la rapacidad de los aventureros autorizan todas las sospechas; pero los autores contemporáneos solo han acusado á Olivier de Mauny, y nosotros debemos imitar hoy su reserva. Al saber Martin Enriquez, lugarteniente general del reino de Navarra, el cautiverio de su señor, protestó contra su arresto, que declaró aleve, y siguiendo instrucciones, probablemente recibidas de antemano, se reunió con trescientas lanzas al ejército ingles cerca de Pamplona. Sin duda alguna lo habria reprobado Carlos si el principe de Gales se hubiera visto obligado á repasar los montes.

Siendo ya evidente la guerra entre la Inglaterra y el rey de Castilla, sir Hugo de Calverly, que con su nuevo título de conde de Carrion habia permanecido hasta entonces en Burgos al lado de D. Enrique, llegó á pedir á este su licencia y el permiso de reunirse á la bandera del principe de Gales, su señor natural. Segun sus capitulaciones los aven-

---

(1) Ayala.—Froissart.

tureros ingleses debian llevar las armas contra todos los enemigos del rey de Castilla, salvo el rey de Inglaterra y su hijo. Ambas partes se condujeron con lealtad y cortesía. El capitán inglés alegó sus juramentos, expresó su viva pena y ofreció llevar al príncipe de Gales proposiciones de acomodo. Sir Hugo solo tenia trescientas ó cuatrocientas lanzas y hubiera sido muy fácil destruirlo; pero D. Enrique se mostró generoso; le dió gracias por sus servicios pasados, y lo despidió haciéndole regalos magníficos, sin esperanza de que su empresa obtuviese algun éxito.

## II.

Al rumor de la entrada de los ingleses en España todos los partidarios de D. Pedro alzaron la cabeza y algunas ruidosas defecciones vinieron a alarmar al usurpador. Muchas ciudades de Castilla se sublevaron; un cuerpo de seiscientos caballeros destacado en la provincia de Soria para reducir la villa de Agreda se reunió todo entero á los rebeldes, y Salvatierra proclamó á don Pedro, abriendo sus puertas á las avanzadas del ejército inglés, cuyas diferentes divisiones se concentraban enrededor de Pamplona. Salvatierra es la primera ciudad de Castilla que se encuentra en el camino que conduce á Burgos atravesando la provincia de Alava; y no creyendo D. Enrique que el príncipe de Gales se dirigiese por esta parte, pasó el Ebro cerca de Haro con todas sus tropas y fue á acampar en Treviño, separado algunas leguas de Salvatierra. Reunidos allí todos sus capitanes en consejo de guerra les comunicó una carta que el rey de Francia le dirigia para invitarle á que no tentase la fortuna en una batalla contra un general tan hábil como el príncipe

de Gales y contra soldados tan temibles como las aguerridas bandas que llevaba en su séquito. Beltrán Du Guesclin, el mariscal de Audenham y la mayor parte de los aventureros franceses apoyaron este consejo, declarando que los ingleses eran invencibles en batalla ordenada y que era preciso molestarlos con escaramuzas continuas, atraerlos lentamente á lo interior del país, donde las fatigas, el clima y la falta de víveres diezmarian en poco tiempo tan hermosas tropas, y proponiendo, en una palabra, el plan que el mismo Du Guesclin ejecutó en Francia algunos años mas tarde, contra un ejército ingles mucho mas considerable. Pero esta guerra, hacedera en un país como la Francia, fiel á su rey y armándose con entusiasmo por la defensa comun, ofrecia grandes peligros en Castilla, donde los pueblos se dividian entre los dos pretendientes al trono. Los capitanes castellanos representaban, no sin razon, que si se daba un paso atras la retirada pareceria una confesion de inferioridad; que las provincias cedidas á la invasion se declararían al instante contra D. Enrique, y que la defeccion se haria muy pronto general. Recordaban que el año precedente habia perdido don Pedro su reino por no haber osado dar una batalla, y lo que imitarlo ahora era prepararse idéntica suerte. Después de haber oido en silencio entrambas opiniones don Enrique se pronunció por el partido de los mas audaces. Dijo que el honor le prohibia abandonar á la venganza de su enemigo los hombres y ciudades que se habian sacrificado por su causa, y para terminar la discusion declaró que estaba dispuesto á ponerse en manos de Dios para que juzgara entre su rival y él. Sin embargo, á fin de conciliar cuanto fuera posible la prudencia con esta resolucion atrevida, apoyó su ejército en las montañas que separan la provincia de Alava de la de Búrgos, haciendo ocupar

todas las gargantas de ellas. Concentrando despues el grueso de sus fuerzas en Zaldiaran, en una posicion muy fuerte escogida por Du Guesclin, esperó que los ingleses intentaran forzarle aquel paso (4). De esta suerte cubria la capital de Castilla la Vieja, objeto de los esfuerzos del enemigo, y ofrecia al mismo tiempo la batalla al principe de Gales, pero con todas las probabilidades en su favor; porque su infanteria, ligera y acostumbrada á la guerra de montaña, debia tener una gran ventaja sobre tropas pesadamente armadas y combatiendo en un terreno del todo nuevo para ellas.

D. Pedro habia prometido á los ingleses una victoria fácil, y la acogida que hallaron en Salvatierra alimentó su ilusion sobre las disposiciones del pais, avanzando por él llenos de confianza; preciso fue que un descalabro grave viniese á probarles que habian despreciado mas de lo justo á su enemigo. Mientras que sus forrajeadores se esparcian por la llanura de Alava, D. Tello, con un cuerpo de caballeria compuesto de gendarmes franceses y de ginetes castellanos, cayó de repente sobre ellos y apresó ó mató un gran número, introduciendo la alarma hasta en el cuartel del duque de Lancaster, que mandaba la vanguardia inglesa. Despues de haber barrido la llanura, replegándose esta caballeria hácia las montañas se encontró inopinadamente cerca de Ariñiz, á dos leguas de Victoria, con un destacamento enemigo que, á las órdenes de sir Tomás Felton, senescal de Guyena, se habia separado mucho del cuerpo de su ejército. Felton no llevaba mas que doscientos hombres de armas y otros tantos arqueros, mas sin perder valor, viéndose rodeado por mas de tres

---

(4) Ayala.—Froissart.

mil caballos, hizo echar pie á tierra á sus gendarmes y los formó sobre un cerro escarpado. Solo William Felton, hermano del senescal, no quiso abandonar su montura, y metiéndose en medio de los castellanos con la lanza en ristre atravesó de parte á parte del primer golpe á un hombre de armas con su coraza de hierro; pero al instante fue hecho pedazos. Unidos sus camaradas alrededor de su bandera combatieron largo tiempo con el valor de la desesperacion, hasta que al fin, guiados los aventureros por el mariscal de Audencham y el béguer de Vilaines, echaron pie á tierra, y formándose en columna rompieron la falange inglesa, mientras que los ginetes castellanos la cargaban por detras. Todo fue pasado á cuchillo en el primer furor de la victoria; pero la resistencia heroica de este corto número de gendarmes ingleses escitó la admiracion de sus mismos enemigos. El recuerdo de esta gloriosa derrota de Felton se ha conservado en la provincia, y aun hoy dia enseñan cerca de Ariñiz el cerro en que cayó acribillado de heridas despues de haber peleado un dia entero: en la lengua del pais le llaman *Inglesmendi*: el cerro del Ingles (1).

Advertidos de la presencia del enemigo por la fuga precipitada de sus forrajeadores, el príncipe de Gales y D. Pedro se apresuraron á formar todas sus tropas en batalla sobre la altura de San Roman, no lejos de Vitoria. Su retaguardia estaba todavia á siete leguas del cuerpo de batalla, y no dudaban que D. Enrique los acometiese. «Este dia, dice Froissart, tuvo el príncipe cierta angustia en el corazon porque su retaguardia tardaba

---

(1) Ayala.—Froissart.

«tanto en llegar.» Sin embargo, estaba resuelto á no rehusar el combate, y su sangre fria no le abandonó un solo instante. En vísperas de tomar parte en una batalla era costumbre que los nobles jóvenes que aun no estaban armados caballeros se hiciesen dar el espaldarazo, ceñir la espada y calzar las espuelas de oro por los jefes de su ejército. Tal era la ceremonia que conferia el título de caballero, título ya sin importancia y que servía todo lo mas para probar que quien lo llevaba habia concurrido á una batalla. D. Pedro quiso recibir la orden de caballería de manos del príncipe Eduardo, que la confirió en seguida á su hijastro el príncipe Tomás de Holanda y á otros muchos señores jóvenes. Mas de trescientos escuderos fueron armados caballeros este dia, ya por el príncipe, bien por los nuevos caballeros ó por los jefes mas notables del ejército ingles (1). Pero no era sobre este terreno donde los jóvenes guerreros debian ganar sus espuelas. D. Enrique permaneció inmóvil sobre las alturas cerrando el camino de Búrgos y determinado á no abandonar su escelente posicion; pero Eduardo tenia demasiada esperiencia para atacarlo en ella, y se resolvió á buscar otro campo de batalla.

Salvo las defecciones de que hemos hablado nada tenia de consolador el principio de la campaña para el ejército ingles, que ya dejaba detras un gran número de enfermos. La nieve, el cambio de alimento y aun el hambre habian hecho perecer muchos caballos. El soldado, lleno al principio de seguridad, comenzaba á mirar con desaliento esas montañas inaccesibles siempre cargadas de nieblas, y á temer esa guerra de sorpresas que tan

(1) Froissart.

nueva le era; el merodeo y el pillaje eran casi imposibles ante los numerosos ginetes castellanos y los ágiles montañeses de Vizcaya. Desesperando el príncipe de Gales poder sostenerse en Alava volvió á Navarra para desembocar en Castilla por otro punto. La ciudad de Logroño, que permanecía fiel á D. Pedro, tiene un puente sobre el Ebro que abre un camino de Navarra á Castilla, evitando los pasos difíciles que presentan las montañas al Sur de Vitoria y conduciendo mas seguramente, aunque con mas lentitud, á Búrgos. En el momento en que don Enrique tuvo noticia de este movimiento repasó el Ebro y entró en Nájera, que es la primera ciudad de Castilla que se encuentra despues de Logroño en el camino de Búrgos, y estableció su campamento cerca de la ciudad, en un sitio que fue teatro de su derrota en 1360. El Najerilla, uno de los afluentes del Ebro, le formaba una especie de atrincheramiento natural; los ingleses estaban ya en la orilla derecha del Ebro ocupando la aldea de Navarrete, y solo mediaba entre los dos ejércitos un intervalo de cuatro ó cinco léguas (1).

El 4.º de abril de 1367 se presentó un heraldo del príncipe de Gales en las avanzadas castellanas, y entregó á D. Enrique una carta de su señor, dirigida al conde de Trastámara. Queriendo evitar el príncipe la efusion de sangre lo invitaba en nombre de Dios y del señor San Jorge á desistir de sus pretensiones al trono de Castilla, y con esta condicion le prometia obtener del rey D. Pedro que le devolviese su gracia y le concediese en el reino un estado conforme á su rango; pero que si persistia en su usurpacion lo desafiaba y sometia su causa al juicio de Dios.

---

(1) Ayala.—Froissart.

Segun los usos caballerescos D. Enrique hizo un rico presente al heraldo y en seguida reunió á los principales de sus capitanes, castellanos ó extranjeros, y les consultó la respuesta que debia enviar al príncipe de Gales. La mayoría era de parecer que no era necesario darle ninguna, por quanto el príncipe ingles no habia escrito al rey de Castilla y porque el rey D. Enrique no tenia para qué tomar conocimiento de una carta dirigida al conde de Trastamara. Otros, por el contrario, decian que en el momento de venir á las manos un exceso de cortesía no podia ser imputado á debilidad, y habiéndole convencido esta opinion envió al príncipe de Gales la siguiente respuesta:

«D. Enrique por la gracia de Dios, Rey de Castilla é de Leon: Al muy alto é muy poderoso D. Eduardo, fijo primogénito del Rey de Inglaterra, Príncipe de Gales é de Guyena, Duque de Cornouailles, Conde de Chester, salud. Recebimos por vuestro Haraute una vuestra carta, en la qual se contenian muchas razones que vos fueron dichas por parte desé nuestro adversario que y es; é non nos parece que vos avedes seido informado de como ese adversario nuestro en los tiempos pasados que ovo estos Reynos los rigió en tal guisa é manera, que todos los que lo saben é oyen se pueden dello maravillar porque tanto tiempo él aya seido sofrido en el señorío que en el dicho Reyno tovo: cá él mató en este Reyno á la Reyna doña Blanca de Borbon, que era su mujer legitima; é mató á la Reina doña Leonor de Aragon, que era su tia, hermana del Rey D. Alfonso su padre; é mató á doña Juana, é á doña Isabel de Lara, fijas de D. Juan Nuñez, Señor de Vizcaya, é sus primas; é mató á doña Blanca de Villena, fija de D. Fernando, Señor de Villena, por heredar las sus tierras que estas tenian, é gelas tomó; é mató á tres hermanos suyos, D. Fadrique, Maestre de Santiago, é

D. Juan é D. Pedro; é mató á D. Martin Gil, Señor de Alburquerque; é mató á muchos Caballeros é Escuderos de los mayores deste Reyno; é tomó contra voluntad muchas dueñas é doncellas deste Reyno, dellas casadas; é tomaba todos los derechos del Papa é de los Perlados. Por las quales cosas, é otras que serian luengas de contar, Dios por su merced puso en voluntad á todos los Reynos que se sintiesen desto, porque non fuese este mal de cada dia en mas. E non le faciendo home en todo su señorío ninguna cosa, salvo obediencia, é estando todos juntos con él para le ayudar é servir, é para le defender el dicho Reyno, Dios dió su sentencia contra él, que él de su propia voluntad desamparó este Reyno, é se fue: é todos los de los Reynos de Castilla é Leon ovieron dende muy gran sentimiento, é plácer junto, teniendo que Dios les avia enviado su misericordia por los librar de tal señor tan duro é tan peligroso como tenian: é de su propia voluntad todos vinieron á Nos, é nos tomaron por su Rey é por su Señor, así Perlados, como Caballeros, é Fijosdalgo, é ciudades é villas del Reyno. Lo qual non es de maravillar, cá en tiempo de los Godos que enseñorearon las Españas, donde Nos venimos, así lo hicieron, é ellos tomaron, é tomaban por Rey á qualquier que entendian que mejor los podría gobernar; é se guardó por grandes tiempos esta costumbre en España; é aun oy dia en España es aquella costumbre, cá juran al fijo primogénito del Rey en su vida, lo qual non es en otro Reyno de Cristianos. E por tanto entendemos por estas cosas sobredichas, que avemos derecho á este Reyno, pues por voluntad de Dios é de todos nos fue dado, é non avedes vos razón ninguna porque Nos lo destorvar. E si batalla oviese de aver, quanto á Nos sabe Dios que nos desplace dello; pero non podemos escusar de poner nuestro cuerpo en defen-

sa destes Reynos, á quien tan tenudos somos, contra qualquier que contra ellos quisiese ser. E por ende vos rogamos é requerimos con Dios é con el Apóstol Santiago, que vos non querades entrar así poderosamente en nuestros Reynos; cá faciéndolo, non podemos escusar de los Nos defender. Escrita en el nuestro Real de Nájera segundo dia de abril (1).»

He creido conveniente referir íntegro esta especie de manifiesto que espresa tan terminantemente el derecho del pueblo castellano á elegirse un monarca, y que hace remontar este privilegio á los tiempos mas atrasados. Es curioso unir este documento á la carta de D. Pedro al rey de Inglaterra: el primero proclama la soberanía del pueblo; la segunda la reconoce implícitamente, y ambas demuestran la opinion de la edad media en España sobre una cuestion tan larga y tan cruelmente debatida despues.

Tambien debe notarse la naturaleza de las acusaciones lanzadas contra D. Pedro. Probablemente el objeto de D. Enrique al acumular de ese modo esos asesinatos de mujeres era herir fuertemente el ánimo generoso de Eduardo, aunque se curaba poco de probar sus asertos, dejando inciertos la mayor parte de los crímenes que enumeraba, muchos de los cuales no han sido relatados por ningun historiador. La muerte de D. Gil de Alburquerque, por ejemplo, es atribuida por Ayala á una causa natural, y sabemos, sin embargo, el cuidado con

---

(1) Ayala. «Abreviada.» Otros manuscritos dan otra version, confirmada por la autoridad de Rymer; pero no me ha sido posible encontrar en Lóndres el original ó copia de ella. En la «Vulgar» no aparecen las palabras relativas á los asesinatos cometidos por D. Pedro, ni las referentes á la sucesion á la corona.

que este cronista ha registrado todas las acusaciones dirigidas contra D. Pedro. También se busca en vano algun testimonio que impute á este príncipe la muerte de doña Blanca de Villena; y segun toda apariencia D. Enrique reprodujo en su carta todos los rumores esparcidos contra su enemigo. Puede parecer extraño que no se encuentre en este manifiesto ninguna alusion á las violaciones de los privilegios de la nobleza, causa principal del odio que se habia atraido D. Pedro. ¿Seria tal vez porque siendo ya rey sentia cierta indulgencia para semejante atentado, ó bien omitiria esta acusacion persuadido de que apenas repararia en ella el hijo del rey de Inglaterra?

### III.

Por el cuidado que el nuevo rey tenia en representarse como obligado á rechazar una agresion injusta debia suponerse que solo por conservar las apariencias hasta el último momento esperaria á los ingleses detras del Najerilla, y repetia la maniobra que ya le diera buenos resultados en Zaldiaran; pero no fue asi. Inmediatamente despues de haber respondido al príncipe de Gales declarando que queria terminar la guerra por un solo combate pasó el rio y condujo su ejército á la llanura que hay entre Navarrete y Nájera. Los capitanes de los aventureros, que veian con disgusto que abandonase un puesto ventajoso, pretendieron, aunque en vano, combatir su resolucion. Pero sus triunfos contra la vanguardia inglesa habian exaltado su valor; el número y valor de sus soldados le inspiraban una confianza nueva; y por último, su honor caballeresco le representaba la carta de Eduardo como un reto que no podia rehusar sin cubrirse de vergüenza. La suerte estaba echada; de una parte y otra

se disponian á la batalla. Al saber el príncipe que el ejército castellano desembocaba en la llanura exclamó encantado de esa temeridad que no esperaba: «¡Por San Jorge que este bastardo es un valiente caballero (1)!»

El arte de la guerra habia degenerado mucho en la edad media. A la sábia táctica de los romanos, que sometia los movimientos de las mayores masas al mando de un hombre solo, habia sucedido otra táctica grosera y apropiada á la anarquía feudal. Ahora la suerte de las batallas no dependia de la habilidad del general, sino del valor, y sobre todo del vigor de sus soldados: ya no se maniobraba, sino se daban citas en un terreno como en un campo cerrado, y una batalla no era mas que un gran duelo, en el que la destreza en la esgrima y la fuerza física decidian la victoria. Compuestos en su mayor parte de caballería los ejércitos de la edad media no tenian la movilidad ni la firmeza de las legiones romanas, y la dificultad de encontrar forrajes hacia que muchas veces abortase una expedicion preparada con inmensos gastos. El puesto de honor estaba confiado á los hombres de armas, pesadas estatuas de hierro que se entrechocaban un instante, torpes para herir é impenetrables á los golpes. Rara vez era sangriento el primer choque entre hombres cubiertos de pies á cabeza con espesas planchas de acero ó de hierro; pero al instante entraba el desórden en estos compactos batallones. Caian algunos jefes ó banderas, y el partido mas débil ó el mas desalentado pronto volvia la espalda y tomaba la fuga: entonces comenzaba la carnicería. Todo guerrero que caia por tierra era muerto ó apresado; pues antes de que pudiera levantarse, clavado como estaba en

---

(1) Froissart.

el suelo por el peso de su armadura, lo sacrificaban como á una res en el matadero, á menos que la riqueza de su atavío ó el blason de su sobrevesta no enseñase al vencedor que tenia un rescate que ganar. La mayor parte de los soldados, aun los arqueros, siempre marchaban á caballo; pero en el momento de una pelea los hombres de armas echaban pie á tierra, se quitaban las espuelas y requerian sus lanzas.

Cada señor alzaba una bandera, alrededor de la cual se apiñaban sus vasallos, y decidida la victoria todos volvian á montar á caballo; el vencido para huir mas y el vencedor para perseguirlo. Detras del grueso de los hombres de armas, ó, para hablar el idioma militar de la edad media, detras de las *batallas* quedaban los escuderos teniendo por la brida los caballos que conducian á sus señores en el momento crítico: de este modo nos pinta Homero á los héroes griegos sintiendo á sus espaldas el sopló de sus fieles corceles (1).

En el ejército del príncipe de Gales gerdarmes y arqueros eran hombres escogidos que habian hecho la guerra por espacio de mucho tiempo y asistido á grandes batallas. Las tropas de D. Enrique, por el contrario, se componian en su mayor parte de reclutas sin disciplina; y la infantería, sobre todo, estaba tan mal armada como desprovista de esperiencia: solo tenia un corto número de ballesteros, y la mayor parte de los peones, campesinos arrancados de sus faenas, no llevaban mas armas que hondas ó azagayas: la caballería, que estaba mejor equipada, contaba sin embargo muchos mas ginetes que gendarmes. En resumen, el ejército castellano, temible en las escaramuzas

---

(1) Iliada, xvii, 504.

y excelente para la guerra de montañas, perdía todas sus ventajas poniéndose en línea contra las aguerridas bandas de la Guyena: y á los ojos de los capitanes franceses era una temeridad aventurarse en una llanura contra las tropas inglesas; pero ya no era tiempo de dar consejos. Resueltos á cumplir con su deber como gentes de corazón, no podían desechar los presentimientos mas funestos.

#### IV.

El orden de combate estaba fijado de antemano para los dos ejércitos desde su entrada en campaña. Cada uno se dividía en cuatro cuerpos ó batallas. La vanguardia de D. Enrique, compuesta de aventureros franceses y bretones, y de lo escogido de los gendarmes castellanos, estaba á las órdenes inmediatas de Du Guesclin. D. Sancho, hermano del rey, y los caballeros de la Banda, entre los cuales se hallaba el historiador Ayala, hacían parte de esta división, que en nada cedía á los gendarmes ingleses. Un poco mas atras dos gruesos cuerpos de caballería flanqueaban la batalla de los hombres de armas de Du Guesclin que debían combatir á pie: el de la izquierda estaba á las órdenes de D. Tello, y el de la derecha, que se componía de los auxiliares aragoneses y de los caballeros de las órdenes militares, tenía por jefe al conde de Denia, ahora marques de Villena. Entre estas dos alas de caballería, y en segunda línea, se formó la cuarta batalla, compuesta de infantería y caballería, cuyo mando se reservó el rey. La disposición del ejército inglés era la misma poco mas ó menos; solo que los hombres de armas de las tres batallas de la primera línea debían echar pie á tierra todos en el momento de la acción. En el centro y enfrente de Du Guesclin se veían ingleses y aventureros

de todas las naciones, formados bajo la bandera del jóven duque de Lancaster. El famoso Juan Chandos, condestable de Guyena, y uno de los mejores capitanes de su tiempo, prestaba al jóven príncipe los ausilios de su antigua esperiencia y debia iniciarlo en el oficio de la guerra, como ya habia servido de mentor á su hermano el príncipe de Gales en los campos de Poitiers. Despues de él se distinguia sir Hugo de Calverly, con las cuatrocientas lanzas que habia sacado de España y que iban á cambiar los primeros golpes contra sus antiguos camaradas. A la derecha de este cuerpo y opuestos á D. Tello estaban los hombres de armas gascones, conducidos por el conde de Armagnac y el señor de Albret. A la izquierda, haciendo frente al marques de Villena, el captañ de Buch y el conde de Foix ordenaron sus vasallos y muchas tropas de aventureros. La cuarta batalla, que era la mas numerosa de todas, estaba compuesta de ingleses, castellanos y navarros; y en un puesto de honor ondeaba la bandera de don Pedro con la del príncipe de Gales; la del rey de Navarra, que por ausencia de este llevaba su senescal Martin Enriquez, y la del rey de Nápoles, hijo de D. Jaime, último rey de Mallorca, desposeido por Pedro IV de Aragon. Ayala, testigo ocular, evalúa la fuerza del ejército ingles en diez mil lanzas y otros tantos arqueros; es decir, á mas de cuarenta mil combatientes; pues es sabido que cada lanza servia para muchos ginetes, cuyo número variaba de tres á cinco, y solo da cuatro mil quinientas lanzas al ejército castellano, sin decir el número preciso de los ginetes ni de los peones. Froissart da á D. Enrique, segun relaciones inglesas, veinte y siete mil caballos y cuarenta mil hombres de á pie, sin hacer conocer el número de tropas inglesas presentes en Navarrete; pero segun su relacion no se componian á su

entrada en España mas que de veinte y siete mil caballos, que debian haberse reducido mucho al cabo de dos meses por las enfermedades y el hambre. Parece evidente la exageracion de los primeros guarismos de Froissart; pero puede sospecharse que el patriotismo de Ayala le ha hecho disimular la fuerza del ejército castellano. Comparando los dos testimonios debe conjeturarse que los ingleses tenian mas gendarmes que los castellanos, y que, por el contrario, estos últimos eran mas fuertes en infantería.

Ambos ejércitos se habian puesto en movimiento antes del alba, y á favor del desorden de una marcha nocturna, algunos ginetes y la bandera del comun de San Estéban del Puerto se destacaron del ejército de D. Enrique y fueron á presentarse á D. Pedro. Esta desercion de poca importancia, en cuanto al número de los soldados, era sin embargo muy alarmante por la desconfianza que inspiraba en el resto del ejército: todos examinaban á su compañero con inquietud y temian alguna traicion.

Los ingleses habian tenido tiempo para escoger su posicion y estudiar el terreno. Ya estaban sobre las armas sus batallas, cuando Chandos salió de las filas y se adelantó hácia el príncipe de Gales llevando en la mano una bandera enrollada. «Monseñor, le dijo: tomad; esta es mi bandera; os suplico me permitais alzarla hoy, pues á Dios gracias poseo tierras y heredades para tener un estado como pertenece á un caballero mesnadero.» Asi se llamaban los señores que podian llevar á la guerra cierto número de soldados, gozando del privilegio de enarbolar su propia bandera, distinguida por su forma cuadrada del pendon triangular de los simples caballeros. Chandos habia entrado en España seguido de doscientos estandar-tes. El príncipe entregó la bandera á D. Pedro, que la

desplegó, viéndose que era de barras de gules en campo de plata, y cortada en punta como un estandarte. El rey cortó con su puñal esta punta y la devolvió por el asta al nuevo mesnadero diciéndole: «Enarbolad vuestra bandera, mosen Chandos, y que Dios le dé honor y fortuna.» En seguida la llevó Chandos á la vanguardia é hizo jurar á sus compañeros defender esta insignia que desde entonces debía guiarlos.

Al nacer el sol descubrió D. Enrique al ejército inglés ya formado en línea en un orden admirable. Las banderas y pendones ondeaban sobre un bosque de lanzas, pues ya habian echado pie á tierra todos los hombres de armas. La vanguardia castellana se apresuró á imitarlos, avanzó en buen orden aunque con lentitud, y despues hizo alto un momento como para recoger todas sus fuerzas antes de venir á las manos. El príncipe de Gales hizo devotamente su oracion, y despues de haber tomado al cielo por testigo de la justicia de su causa tendió la mano á D. Pedro y le dijo: «Señor rey: dentro de una hora sabreis si sois rey de Castilla.» Y en seguida exclamó: «¡Banderas adelante, en nombre de Dios y de San Jorge!» En el otro campo, montado D. Enrique en una *mula poderosa al uso del pais* (1) recorría las líneas de su ejército exhortando á su gente á cumplir con su deber, prometiendo darles él ejemplo. Dieron la señal las trompetas, y las dos vanguardias se abordaron con la mayor resolucion; una al grito de «¡Castilla por D. Enrique!» y la otra al de «¡San Jorge y Guyena!» Los ingleses llevaban para reconocerse una cruz roja sobre dalmáticas blancas, y los castellanos una banda (2). Los arqueros ingleses, que por punto general se

---

(1) Froissart.

(2) Ayala.

colocaban en primera fila, no empeñaron el combate esta vez, bien fuese porque el ardor de las dos vanguardias no les dejase tiempo para hacer uso de sus dardos, bien porque el príncipe de Gales temiera esponer sus arqueros á las rápidas cargas de los ginetes castellanos.

Fue tan impetuoso el choque de la batalla mandada por Du Guesclin, que por un instante hizo ceder á la línea enemiga. Un caballero castellano, llamado Martin Fernandez, *que era muy afamado entre los españoles por su valor y atrevimiento* (4), reconoce á Chandos en la confusion y lo provoca á un combate singular. Atácanse con furor, y sus impenetrables armaduras resisten á todos los golpes: confiando el castellano en su fuerza gigantesca agarra á su enemigo por la mitad del cuerpo y lo echa por tierra; pero Chandos lo arrastra en su caída haciendo un esfuerzo desesperado: por algun tiempo luchan juntos en el fondo; mas como Fernandez estaba encima anonadaba á Chandos con su peso y le tenia puesta una rodilla sobre el pecho. Entonces el ingles, conservando su sangre fria en esta lucha encarnizada, saca el puñal y busca con la punta un hueco de la coraza, por el cual lo penetra con golpes redoblados. Entonces rechaza de sí aquella masa inerte, y todo cubierto de sangre se levanta en el momento en que sus compañeros conseguian penetrar hasta el sitio en que estaba. Entre tanto habian retrocedido los ingleses algunos pasos, y ya gritaban victoria los aventureros, cuando el conde de Armagnac avanzó atrevidamente contra la caballería de D. Tello, que, bien por traicion ó terror pánico, no esperó el choque y volvió la espalda sin esperar el combate. Los gascones de á pie, en lugar de entretener-

(4) Froissart.

se en perseguir á los ginetes enemigos, se dirigen ea seguida contra la batalla de Du Guesclin y la cogen por un flanco. Casi en el mismo momento el capta! de Buch, que acababa de poner en derrota la otra ala de caballería, ejecutaba la misma maniobra contra el flanco derecho de la vanguardia castellana. Envueltos por todas partes los gendarmes franceses y españoles se apiñan valerosamente alrededor del estandarte de la Banda y combatieron algun tiempo con el mayor esfuerzo y contra un enemigo tres veces mas numeroso. En vano fue que D. Enrique, á la cabeza de sus hombres de armas á caballo, cargase en persona y repetidas veces para libertar á tan heroica gente, pues pronto tuvo encima la segunda línea del ejército ingles, conducida por el principe de Gales en persona. La infantería castellana, cuyas hondas habian introducido al principio algun desorden en los ingleses, se desbandó cuando hubo sufrido las mortíferas descargas de sus arqueros, y desde este momento fue perdida la batalla para D. Enrique. [Sin embargo, hizo esfuerzos inauditos para ordenar á sus soldados y llevarlos á la pelea gritando por todas partes á los fugitivos: «¡Grandes señores! ¿Qué haceis? ¿Me hareis traicion hoy, vosotros que me habeis hecho rey? ¡Haced frente, y con ayuda de Dios será nuestra la jornada (1)!» Mientras que vió ondear el estandarte de la Banda lo enseñaba á sus gentes y los exhortaba con su ejemplo y sus gritos á penetrar hasta los que lo defendian; pero al fin cayó esta bandera y la derrota fue general. Caballos y peones, todos se desbandan y confunden huyendo por la llanura hasta la entrada del puente de Nájera, único retiro de este grande ejército, acosados de

---

(1) Froissart.

cerca por los gendarmes ingleses. Una crecida súbita del Najerilla vino á aumentar el desastre. Hombres y caballos se arrojaban mezclados en el rio, que en un instante se vió rojo de sangre y lleno de cadáveres. Algunos caballeros de las órdenes militares intentaron defender el puente y se parapetaron en una casa grande á la entrada de la ciudad; pero pronto fueron forzados y penetró el enemigo en las calles. La noche que sobrevino, la fatiga de los vencedores cansados de matar y el saqueo que los entretenia en la ciudad y en el campamento de D. Enrique salvaron los restos del ejército castellano (1).

Tal fue la batalla de Najera ó de Navarrete, aun mas decisiva que sangrienta. Los castellanos dejaron en el campo de quinientos á seiscientos hombres de armas y siete mil peones, y solo el cuerpo de Du Guesclin perdió cuatrocientos hombres de armas, la mitad de su efectivo. Todos los demas fueron muertos en la derrota ó se ahogaron al pasar el Najerilla. Segun Froissart, el príncipe de Gales no tuvo mas pérdida que la de cuatro de sus caballeros, dos gascones, un ingles y un aleman, con unos veinte arqueros y cuarenta peones; pero le dejo la responsabilidad de este cálculo, que puede parecer sospechoso, aun cuando se recuerde que en los combates de la edad media la pérdida de los vencidos era siempre desproporcionada á la del vencedor. El número de los prisioneros fue extraordinario. Beltran Du Guesclin; el mariscal de Audencham; los capitanes franceses; D. Sancho, hermano de D. Enrique; Felipe de Castro, su cuñado; el marques de Villena; todos los caballeros de la Banda, y todos los que quedaron vivos en la vanguardia castellana, esta-

---

(1) Ayala.—Froissart.

ban en poder de los ingleses. Esos eran los mejores soldados y los mas adictos del pretendiente.

D. Pedro, que durante el combate se habia lanzado en lo mas recio de la pelea, se encarnizó largo tiempo en perseguir á los fugitivos, viéndosele galopar por la llanura, montado en un caballo negro, llevando delante su bandera blasonada de Castilla, buscando á su hermano en todas partes donde habia combate y gritando sofocado por la carnicería: «¿Dónde está ese bastardo que se dice rey de Castilla (1)?» Tiempo hacia ya que los clarines ingleses habian tocado retirada, y aun seguia D. Pedro en su persecucion; pero al fin consintió en volver la rienda, porque estaba anonadado por el cansancio. Dirigiase hácia el estandarte del príncipe de Gales, que veia ondeando sobre un cerro lejano, cuando se encontró á un caballero gascon que llevaba prisionero á Iñigo Lopez Orozco, en otro tiempo uno de sus familiares, que lo habia abandonado poco despues de su fuga de Búrgos. A la vista de un hombre á quien habia colmado de honores y á quien hallaba en medio de sus enemigos, el rey se enfureció y lo mató con su propia mano, á pesar de los esfuerzos del gascon para protegerlo. Esta fue su primera infraccion á las promesas hechas al príncipe de Gales. Los ingleses se mostraron indignados de esta venganza bárbara, pues matar á sus prisioneros era robarles sus rescates. Eduardo manifestó por ello el mas vivo descontento, y sobre el mismo campo de batalla en que acababan de triunfar cambiaron duras palabras, síntomas de una aversion mútua que pronto estallaria con mas fuerza (2).

---

(1) Froissart.

(2) Ayala.

La corona de Castilla parecia asegurada para siempre en la frente de D. Pedro por la batalla de Nájera; solo un hombre juzgaba mas cuerdamente, y este hombre era el principe de Gales. Cuando llegaron á darle cuenta los caballeros encargados de reconocer los muertos y cautivos, les preguntó en el dialecto gascon que hablaba habitualmente: «*E lo bort, zes mort ó pres?* Y el bastardo, ¿ha sido muerto ó cogido?» Respondiéronle que habia desaparecido del campo de batalla y que habian perdido sus huellas. «*Non ay res fait*, exclamó el principe: nada hay hecho.» Estas palabras eran proféticas.

## V.

A pesar de la indignacion de Eduardo al saber el asesinato de Lopez Orozco, D. Pedro dejaba conocer que no estaba satisfecha su sed de venganza. Al dia siguiente de la batalla se pasó revista á los prisioneros, y como casi todos se habian rendido á nobles ingleses ó gascones se hallaban bajo la salvaguardia de la lealtad caballeresca. Sin embargo, pidió D. Pedro que le fuesen entregados los castellanos, ofreciendo pagar sus rescates al precio que se fijara, suplicando al principe que saliese garante de su oferta para con los caballeros á quienes pertenecian. «Yo les pagaré, decia con sonrisa terrible; y haré tanto, que se quedarán á mi servicio. De otro modo, si llegan á fuggarse ó á pagar sus rescates, serán enemigos que siempre encontraré encarnizados contra mí.—No desagrade esto á V. A. R., respondió el principe en tono severo, pues no haceis con buen derecho esa demanda. Esos señores, caballeros ú hombres de armas á mi servicio, han combatido por el honor, y sus prisioneros son muy suyos. Mis caballeros no os los entregarian por todo el oro del mundo,

sabiendo bien que solo los pedís para hacerlos morir. En cuanto á los caballeros vasallos vuestros, contra quienes ha recaído sentencia de felonía antes de esta batalla, consiento en que os sean entregados.—Puesto que así lo queis, exclamó D. Pedro, tengo mi reino perdido para mí mas que lo estaba ayer: si dejais vivir á esos hombres nada habreis hecho en mi favor; vuestra alianza me ha sido inútil, y en vano es que haya gastado mis tesoros en pagar á vuestra gente.—Señor primo, repuso Eduardo: para recobrar vuestro reino teneis medios mas seguros que esos, por los cuales habeis creído conservarlo, y que de seguro os lo han hecho perder. Creedme: renunciad á vuestros rigores de otro tiempo y pensad en haceros amar de vuestros caballeros y de los comunes de vuestro reino. Si volveis á vuestros antiguos errores os perdereis y pondreis en tal estado, que ni monseñor el rey de Inglaterra ni yo podremos venir en vuestro auxilio, aun cuando tuviéramos voluntad para ello (1).»

Mientras duraba este debate la mayor parte de los prisioneros castellanos espresaban su arrepentimiento y hacian suplicar á D. Pedro que les concediese el perdón. Anunciando el rey que les haria gracia en consideracion al principe de Gales, consintió en recibir sus juramentos y aun abrazó á su hermano D. Sancho prometiéndole olvidar su conducta pasada. Gomez Carrillo y Sancho Sanchez Moscoso, comendador mayor de Santiago, fueron, sin embargo, esceptuados de la amnistía, como declarados traidores por sentencia antes de la revolucion, y decapitados delante de la tienda del rey. Garci Jufre Tenorio, hijo del almirante D. Alonso Jufre (2), fue igualmente degollado al-

---

(1) Ayala.

(2) Muerto de orden del rey en 1358.

gunos días despues y por el mismo motivo. Despues de estas ejecuciones ambos príncipes se separaron descontentos el uno del otro. D. Pedro, con D. Sancho y el maestro de Alcántara, Martín Lopez, se dirigió hácia Búrgos á la cabeza de la vanguardia inglesa, mientras que Eduardo le seguia lentamente con el resto de sus tropas (1).

En tanto que D. Pedro hacia cortar la cabeza á sus súbditos ingleses, el príncipe de Gales daba un ejemplo de moderacion que contrastaba fuertemente con el rigor de su aliado. Entre sus prisioneros se hallaba el mariscal de Audencham, viejo guerrero de sesenta años, estimado hasta entonces como un valiente y leal caballero. Cogido en la batalla de Poitiers combatiendo al lado del rey de Francia, fue puesto á rescate, y siguiendo el uso del tiempo y la cortesía ordinaria del príncipe recobró la libertad antes de haber pagado completamente su deuda; pero con el juramento de no hacer armas contra el rey de Inglaterra ó su hijo, á menos que no fuese bajo la bandera del rey de Francia ó de un príncipe de su familia. Al reconocerlo en medio de los franceses Eduardo arrugó el entrecejo y lo llamó perjuro y traidor. «Señor, dijo el viejo mariscal: sois hijo de rey y yo no puedo responderos otra cosa sino que no merezco los nombres que me dais.—¡Pues bien! dijo el príncipe: ¿os sometéis al juicio de un tribunal de caballeros?» El mariscal consintió en ello al instante, y fueron nombrados doce caballeros para conocer de la acusacion: cuatro ingleses, cuatro gascones y otros cuatro bretones. Presentándose el príncipe como acusador, habló primero, recordando el juramento del mariscal, y concluyó en pocas palabras que, no habiendo en el ejército ene-

---

(1) Ayala.—Froissart.

migo ningún príncipe de la casa de Francia, el acusado había faltado á su palabra y á su honor. El mariscal se defendió á sí propio, y respondió que era cierto había jurado no armarse contra el rey de Inglaterra ni contra su hijo; pero que no había infringido su juramento no habiendo sacado la espada contra ellos. «No os desagrade esto, monseñor, le dijo: vos no sois el jefe del ejército contra el cual me he batido; pues habeis venido á esta llanura como capitán á sueldo del rey D. Pedro, contra el cual, jefe de vuestro ejército, me he batido yo, pobre capitán de aventuras al sueldo del rey D. Enrique.» Esta argumentacion, que hoy nos parece mas sutil que justa, apoyada como estaba por la reputacion sin mancha del viejo mariscal, fue acogida con favor, pues todo lo que podia estender esa independencian de que eran tan celosos los nobles de la edad media debia agradar á los jueces del mariscal, capitanes de aventuras como él. Fue absuelto por unanimidad, y el príncipe mismo, siempre generoso, admitió sin vacilar una defensa que le quitaba la gloria de la jornada de Nájera, y lo dejaba reducido al papel de un simple mercenario: lejos de darse por ofendido atestiguó claramente su aprobacion de la sentencia, y aseguró al mariscal que le devolvía todo su aprecio (4).

## VI.

Antes de relatar las consecuencias de la batalla de Nájera debo hacer conocer la suerte del rival de D. Pedro. Arrastrado D. Enrique por el torrente de los fugitivos se

---

(4) Ayala.

alejaba del combate montado en un caballo enjaezado de hierro, cuando fue encontrado y reconocido por uno de sus escuderos, llamado Rui Fernandez de Gaona, quien, advirtiéndole que apenas podía marchar el caballo del rey, le dió el suyo equipado á la ligera: algunos instantes despues Gaona y el caballo de D. Enrique eran apresados por los ingleses (1). Gracias á su nueva montura pudo D. Enrique ocultarse á los que iban en su persecucion, y despues de atravesar, no sin trabajo, el puente de Nájera, se dirigió hácia Soria, camino de Aragon, en vez de tomar la carretera de Búrgos; pues conocia muy bien que estando vencido ninguna ciudad se espondria á recibirle. Al dia siguiente de la batalla, seguido únicamente de tres caballeros que lo habian alcanzado, entró en territorio de Soria, donde le esperaba un nuevo peligro. Esta provincia, sublevada antes de su desastre, era recorrida en todas direcciones por partidas enemigas: reconocieronlo algunos caballeros, y adivinando su mala fortuna por el estado de su equipaje intentaron prenderlo; pero mató por su mano á uno de los enemigos y obligó á los otros á que le dejasen libre el paso. Llegó á Aragon atravesando mil peligros, y fue acogido por D. Pedro de Luna, famoso despues bajo el nombre del anti-papa Benedicto XIII, que le sirvió de guia por las montañas y lo condujo hasta Orthez. El conde de Foix, señor del pais y vasallo del rey de Inglaterra, por más que fuese mas interesado que nadie en no escitar la ira del príncipe de Gales, no por eso dejó de recibir al proscrito con todas las consideraciones debidas á su rango y á sus desgra-

---

(1) Rymer.

cias, y le dió caballos y una escolta para llegar á Tolosa, donde ya pudo respirar con libertad (1).

D. Tello, sobre quien habian hecho recaer graves sospechas la mala conducta del cuerpo que mandaba en Nájera, pareció desmentirlas por su diligencia en sustraerse á la venganza de D. Pedro, y lo mismo que su hermano buscó desde luego un asilo en Aragon, adonde se dirigian todos los jefes del partido vencido. Al saber la noticia de la derrota de D. Enrique, su esposa doña Juana tomó apresuradamente el mismo camino con la infanta Leonor de Aragon, prometida á su hijo, y algunos dias despues entraba en Zaragoza con una comitiva de dueñas y doncellas, estenuada de cansancio y muriéndose de terror. Doña Juana era conducida por el arzobispo de Zaragoza, encargado por Pedro IV de residir cerca de ella; y á la presencia de ánimo y adhesion de este prelado debió que pudiese escapar de todos los peligros que le esperaban en su fuga. Nadie tenia aun noticias de D. Enrique, y D. Pedro publicaba en las cartas que dirigia á todas las ciudades de Castilla que su enemigo habia muerto en Nájera (2). Los fugitivos fueron mal acogidos en la corte de Aragon; pues indispuerto ya Pedro IV con D. Enrique por su lentitud ó mala fe en la ejecucion de sus tratados, lo abandonaba abiertamente despues de su derrota, temiendo ademas indisponerse tambien con el principe de Gales. Por eso se apresuró á retirar á su hija Leonor del lado de la princesa, á quien pocos dias antes llamaba la reina de Castilla. Ahora desechaba muy lejos la idea de una alianza con una casa caída para siempre. Bien pronto

---

(1) Ayala.

(2) Cascales. «Hist. de Murcia.»

llegaron sir Hugo de Calverly, en nombre del rey de Inglaterra, y un señor castellano, enviado de D. Pedro, para pedir con altivez la estradicion ó el alejamiento de todos los miembros de la familia proscripta, ofreciendo en cambio la alianza y amistad de los vencedores. Gracias á la enérgica intervencion de una parte de la nobleza aragonesa doña Juana y los desterrados castellanos que la habian seguido obtuvieron algun tiempo una hospitalidad precaria. La poderosa familia de los Luna, á la cual pertenecia el arzobispo de Zaragoza, hacia cargos al rey porque sacrificaba un aliado que le habia hecho señalados servicios á un enemigo implacable que durante diez años habia llevado el hierro y el fuego por todo su reino; pero Pedro IV no se picaba mas de generosidad que de buena fe. La batalla de Nájera era á sus ojos la irrevocable condenacion de D. Enrique, y no puso ninguna dificultad para entrar en negociaciones con D. Pedro y el príncipe de Gales. Por lo demas, los mismos castellanos le daban el ejemplo del olvido de sus juramentos. Búrgos abrió sus puertas antes de ser intimada, y la sumision de todo el reino fue todavía mas rápida que lo fuera su insurreccion algunos meses antes. Un corto número de ricos-homes llenos de desconfianza se ocultaban en sus castillos ó pretendian pasar á pais extranjero, y nadie pensaba en protestar contra la sentencia dictada en las márgenes del Najerilla.

## XXII.

### **Restauracion de D. Pedro.—1267—1268.**

#### I.

**E**L príncipe de Gales entró en Búrgos algunos días después que D. Pedro. En esta ciudad estalló de nuevo su mala inteligencia y desacuerdo. Quejábase el primero amargamente de que su aliado le vendiese demasiado caros sus servicios, y el segundo de que no se ejecutase fielmente el tratado de Liorna: Como el príncipe quería tomar un alojamiento fuera de la ciudad, lejos del rey, que se había establecido en el castillo, todo el mundo conoció que desconfiaban el uno del otro. Eduardo ya no era consultado sobre nada, y D. Pedro pretendía gobernar solo como en lo pasado. Apenas llegó á Búrgos hizo prender al arzobispo Juan de Cardahac, nacido en Gascuña y pariente del conde de Armagnac, uno de los principales

jefes del ejército inglés; y para hacer imposible toda intercesion en su favor lo hizo marchar precipitadamente para el castillo de Alcalá de Guadaira cerca de Sevilla, donde le aguardaba uno de esos calabozos subterráneos, invencion horrible del despotismo feudal. Poco tiempo despues fue conducido á la misma fortaleza Diego de Padilla, maestre de Calatrava y cuñado del rey. Ya hemos visto la diligencia que habia puesto en hacer su sumision á D. Enrique, aun antes que D. Pedro abandonara sus estados; y por la prontitud de esta defeccion obtuvo del usurpador la conservacion de su alta dignidad, ó D. Enrique se abstuvo de pronunciar entre él y D. Pedro Moñiz, que tambien se pretendia maestre de Calatrava (4). Padilla intentó hacerse olvidar ocultándose en cierto modo en los castillos de su órden; y cuando la aproximacion de los ingleses obligó á D. Enrique á reunir todas sus fuerzas, él por medio de lentitudes calculadas hizo de manera que se quedó atras y no asistió á la batalla de Nájera. Instruido del resultado de ella corrió al lado de D. Pedro á la cabeza de doscientos caballeros de su órden, llamados por él, segun decia, para volar en socorro de su legítimo soberano. Pero D. Pedro no fue víctima de esta mentira, y en cuanto vió la Castilla sometida hizo prender al traidor, quemurió al cabo de algunos meses, habiendo sido reemplazado en sus funciones por Martin Lopez, maestre de Alcántara.

## II.

Al saber estas prisiones y sobre todo la del prelado gas-

---

(4) Torres y Tapia. «Crón. de Alcánt.»

con, el príncipe de Gales creyó ver un ultraje directo á su persona, y reclamó, aunque inútilmente. D. Pedro le declaró que ya no tenia necesidad del ejército ingles, que era para él una pesada carga, y le invitó á volver á Guyena, suplicándole no obstante que le dejase por algun tiempo mas un millar de hombres de armas. No habiendo ya batallas que dar ni nueva gloria que adquirir Eduardo no deseaba otra cosa que volver á sus estados, á mas de que su salud, debilitada hacia largo tiempo, estaba empeorada por las fatigas de la última campaña, y tambien porque algunas demostraciones amenazadoras del rey de Francia hacian necesaria su presencia en Burdeos; pero antes de salir de España queria que sus capitanes recibiesen las indemnizaciones que les eran debidas y que él mismo habia anticipado ó salido garante de su satisfaccion. Exigia ademas la entrega de los puertos de Vizcaya que por el tratado de Liorna estaba D. Pedro obligado á cederle; mas nada indicaba la menor disposicion á cumplir estas promesas por parte del rey de Castilla. Eduardo reclamó no sin dureza, y por ambas partes se nombraron comisarios, porque los dos aliados no se correspondian sino por medio de embajadores. Los ministros castellanos respondieron por otras reclamaciones, alzándose primero contra las violencias cometidas por el ejército ingles, que por su indisciplina y hábitos de pillaje en nada cedia á los aventureros de D. Enrique: despues se quejaban de que durante la permanencia del rey en Guyena el oro y la plata acuñadas que habia llevado de España y distribuido á los capitanes ingleses para los preparativos de su espedicion no fue aceptado sino con un derecho de cambio usurario; que los diamantes cedidos por D. Pedro al príncipe para el mismo objeto no habian sido evaluados mas que en la mitad de su precio,

y reclamaban que antes de tratar la cuestion de los subsidios debidos al ejército ingles se hiciera nueva estimacion de todos los valores adelantados por el rey antes de su entrada en campaña. Los ingleses replicaban que era imposible volver á hablar de estas transacciones, y sostenian que ellos mismos habian perdido en recibir el oro y las pedrerías llevadas de Castilla, obligados como estaban á deshacerse de ellas á vil precio para comprar armas y caballos de guerra. Durante algun tiempo se porfió en esta discusion, hasta que fue evidente que el tesoro del rey estaba vacío; y fue preciso que el principe, que saliera fiador de D. Pedro para con los capitanes ingleses, consintiese en dar tiempo á su aliado para el desquite de su deuda; pero pidió para su seguridad veinte fortalezas en Castilla. Esta pretension humillante para el orgullo nacional fue desechada con firmeza. A cada instante se aumentaban las dificultades, y los comisarios no estaban cerca de entenderse sobre ningun punto: la misma cantidad de subsidios debidos era vivamente disputada, y despues de muchos debates inútiles pidieron los castellanos que toda otra cuestion fuera aplazada hasta tanto que de comun acuerdo se hubiera arreglado la suma de las cantidades debidas por el rey. Era esta una nueva cuestion muy mala de tratar y muy mala de resolver, porque cada parte presentaba una cuenta á la cual rehusaba la otra su aprobacion. D. Pedro se mostraba fácil en apariencia en cuanto á la cesion de las ciudades de Vizcaya, y aun apremiaba á la diputacion provincial por la ejecucion del tratado de Liorna; pero le acusaban de enviar en secreto emisarios portadores de instrucciones diferentes. Ademas, los hombres que conocian las leyes y las costumbres de los vascos sabian muy bien que estos pueblos no reconocian en nadie el derecho de disponer de ellos,

y que estaban sobre todo muy lejos de consentir en hacerse súbditos del rey de Inglaterra (1).

Las exigencias de los ingleses y las lentitudes calculadas de los castellanos prolongaron las negociaciones por espacio de muchas semanas. Despues de vivos altercados los comisarios se entendieron al fin sobre el aprecio de los gastos de la espedicion, y como era imposible pagarlos en aquel momento se convino en que el principe de Gales permaneceria garante del rey para con los capitanes sus acreedores. D. Pedro prometió pagar la mitad de la deuda en un plazo de cuatro meses, durante los cuales el ejército ausiliar, pagado por él, ocuparia la provincia de Valladolid. Hasta el pago definitivo de todos los subsidios las princesas hijas de D. Pedro debian quedar como rehenes en Bayona; comisarios ingleses y castellanos fueron encargados de proceder á la entrega de los puertos de Vizcaya, y se convino por último en que serian dados á Juan Chandos la ciudad y señorío de Soria en pago de las sumas que habia prestado ó gastado en la espedicion. Sir Hugo de Calverly se hizo igualmente confirmar la donacion del condado de Carrion, cuya investidura habia recibido ya de D. Enrique. Arreglado todo de esta manera fueron ratificadas las convenciones por los dos príncipes y juradas solemnemente por ellos en la catedral de Búrgos, despues de cuya ceremonia se separaron, Eduardo para ir á tomar sus cuarteles en la provincia de Valladolid, y D. Pedro para recorrer su reino y apresurar como prometia el cobro de las contribuciones destinadas al ejército ingles (2).

---

(1) Ayala.

(2) Ayala.—Froissart.

Pasaron cuatro meses y no tuvo lugar el primer pago prometido; pues aunque hubiera querido francamente desquitar su deuda, la penuria de su hacienda no se lo habria permitido. Las ciudades de Vizcaya rehusaron abiertamente recibir á los comisarios ingleses, y se pusieron en defensa, no ocultando que estaban autorizadas para ello por su legítimo señor el rey de Castilla. Entre tanto la ociosidad, la embriaguez y la disenteria diez-maban rápidamente al ejército de ocupacion: el sol ardiente de España vengaba á los vencidos de Nájera. Cada día inventaban un nuevo pretesto los oficiales de D. Pedro para diferir la ejecucion del tratado de Búrgos, y cuando Chandos fue á reclamar su título para la investidura del señorío de Soria se le exigieron unos derechos tan exorbitantes de cancilleria, que tal vez escedian del valor del dominio que se le daba. Aturdido el príncipe de Gales por las quejas de sus capitanes; cansado de las lentitudes interminables opuestas sin cesar á sus reclamaciones; enfermo y furioso de verse burlar abiertamente, volvió á Gascuña al fin del Otoño, llevando apenas la quinta parte de su brillante ejército y sin sacar de España mas que la estéril gloria adquirida en la llanura de Nájera.

Si D. Pedro no ejecutaba las promesas hechas al príncipe de Gales establecido con un ejército en el centro de su reino, bien se concebirá que usó de menos miramientos aun con respecto al rey de Navarra, aliado menos leal y vecino menos peligroso; así es que no pensó en cederle la provincia de Logroño, ni sé si Carlos tuvo la impudencia de reclamarla. Dejamos á este príncipe astuto prisionero voluntario de Olivier de Mauny en el castillo de Borja, esperando para quitarse la máscara que la victoria se hubiese declarado por uno de los dos pretendientes á la corona de Castilla, y habiendo hecho cesar

todas sus incertidumbres la batalla de Nájera, solo pensó ya en salir de su cárcel sin que le costase nada. Ya hemos visto que habia comprado la connivencia del capitán breton por la promesa del señorío de Guibray y una renta de tres mil francos. Engañar á un aventurero no era cosa fácil; pero el navarro no tenia igual en punto á maldades. Dejando en rehenes en Borja á su hijo el infante D. Pedro, tuvo el arte de persuadir á Mauny que lo acompañase hasta Tudela, donde decia que le habia de pagar el rescate, y Mauny no conoció con qué hombre andaba en tratos sino cuando ya estaba en poder de su prisionero y encerrado en un calabozo de Tudela. Su hermano intentó salvarlo y fue muerto por los satélites del rey. El mismo Olivier se tuvo por feliz en recobrar su libertad soltando al hijo de Carlos. Tal fue el desenlace de esta innoble comedia.

### III.

El mas horrible desorden reinaba en Castilla. Despues del primer momento de estupor cada cual se puso á calcular las fuerzas y recursos de D. Pedro, que no pudiendo pagar á los ingleses perdía el apoyo que le daba el terror de sus armas. Ya podia preverse que despues del alejamiento de esos temibles auxiliares se encontraria desnudo de todo enfrente de un pueblo descontento y humillado que acababa de aprender cuán fácil era hacer una revolucion. Entre tanto se habian roto por todas partes los lazos de la obediencia, pues hay en el carácter español una fuerza de inercia que combate todavía cuando toda resistencia parece imposible y que sabe reparar las derrotas mas desastrosas. Dar tiempo al tiempo es un axioma nacional que encuentra su aplicacion, especial-

mente en las grandes conmociones políticas. Anunciando su victoria á todos los comunes de su reino reclamaba para sí el pago de los impuestos votados en las cortes de Búrgos para D. Enrique: declaraba que habian sido acordados indebidamente al usurpador, y sin embargo se veia reducido á invocar los decretos de una asamblea que pronunciara su destitucion. Por esta ficcion estraña, obligado á rendir homenaje á la autoridad de las cortes, única que aun respetaba el pais, parecia confesar públicamente su impotencia para mandar por sí mismo. La mayor parte de las ciudades no respondieron á sus demandas por negativas directas; pero inventaban mil pretextos para diferir el pago de un impuesto cuyo destino lo hacia mas odioso al orgullo nacional. Si el rey encontraba tan poca obediencia entre los comunes, sobre cuya adhesion tenia la costumbre de contar, bien puede juzgarse de la resistencia de sus grandes vasallos, en todo tiempo indóciles á su autoridad. Los ricos-homes escapados de la derrota de Nájera ó sospechosos por su conducta durante la usurpacion de D. Enrique se fortificaban en sus castillos, resueltos á esperar con paciencia la ocasion de tratar con el rey legitimo si su gobierno se consolidaba, ó á volver á tomar las armas contra él si el partido vencido alzaba de nuevo la cabeza. Sin dinero y sin ejército D. Pedro, y no teniendo ni la voluntad ni el poder de comprar los servicios de los ingleses, en vano buscaba enrededor suyo una obediencia leal ó una rebelion abierta. Seguido de algunos hombres de armas iba de ciudad en ciudad activando la ejecucion de sus órdenes, dando el espectáculo de su debilidad á los pueblos que queria intimidar.

Pero no se desmentia la inflexibilidad de su carácter en medio de esta triste situacion: nada le habia enseñado la desgracia, ni nada le enseñara á olvidar; y aunque cono-

ció que ya comenzaban á no temerle, no tuvo la menor pretension de hacerse amar. Sacerdote, noble ó pechero, cualquiera que se habia hecho notar por su diligencia en servir al usurpador, encontraba en él un juez tan inexorable como en los tiempos de su prosperidad. Antes de salir de Búrgos ordenó la ejecucion de uno de los principales caballeros y de uno de los mas ricos vecinos de esta ciudad, como si hubiera querido diezmar á todas las clases. En Toledo hizo que le dieran rehenes como en una plaza conquistada, y los arrastró consigo á Andalucía, y en Córdoba prendió á diez y seis caballeros de las primeras familias, que pronto entregó en manos de los verdugos como convictos de haber llamado á D. Enrique dentro de sus muros. Otras ejecuciones no menos sangrientas señalaron su entrada en Sevilla; pero algunas de estas podian parecer justas, tales como la muerte del genovés Bocanegra y de Martin Yañez, cuya traicion habia tenido tan funestas consecuencias para D. Pedro (1). Mas despues del castigo de estos grandes culpables se alzaron cadalsos indistintamente para los magistrados y oficiales subalternos que habian aceptado oscuras funciones en tiempo del usurpador. Parecia que la mala fortuna redoblaba la crueldad del monarca, pues su ciega venganza se estendia hasta los parientes de los rebeldes, y, lo que era mas horrible á los ojos de los castellanos, ni aun perdonaba á las mismas mujeres. La ejecucion de doña Urraca de Osorio escitó sobre todo la pública indignacion. El único crimen de esta señora era que su hijo, D. Alfonso de Guzman, habia rehusado seguir al rey en su destierro; pero lejos de llevar las armas contra él vivia retirado en Andalucía en el

---

(1) Ayala.

momento de la batalla de Nájera, y temeroso de la ira del rey había buscado despues un asilo en la ciudad de Alburquerque. Esta plaza, punto de reunion de los descontentos del Mediodia, era entonces como un foco de insurreccion. No viéndose D. Pedro en estado de reducir á estos rebeldes volvió su furor contra la madre de D. Alfonso, á la cual acusó de estar en correspondencia con ellos. Horrible fue su suplicio, pues, si hemos de creer á los cronistas locales, fue quemada viva fuera de las murallas en un sitio convertido hoy en paseo público. Cuéntase que habiéndose desarreglado sobre la hoguera los vestidos de doña Urraca en el momento en que los verdugos iban á ponerle fuego, una de sus mujeres, llamada Leonor Dávalos, se arrojó en medio de las llamas y pereció con ella cubriéndola con su cuerpo (1).

Estas horribles ejecuciones y abominables venganzas no hacian mas que aumentar el número de los descontentos y suscitar conspiraciones nuevas, en las cuales tomaron parte algunos señores, que, fieles hasta entonces á D. Pedro, se alejaban ahora de él como de un insensato que corria á su pérdida. Entre todos los servidores del rey, aquel que por las repetidas pruebas de su adhesion parecia mas al abrigo de sospechas era Martin Lopez de Córdoba, compañero de su destierro y embajador suyo cerca del rey de Inglaterra. Despues de la vuelta de don Pedro á Castilla confirió á Martin Lopez la dignidad de mestre de Calatrava, de la cual despojó á Diego de Padilla, cuya traicion ya he contado, como mas ventajosa que la de Alcántara, que precedentemente gozaba, añá-

---

(1) Ayala.—Zúñiga. •An. de Sevilla.

diendo tambien á esta gracia el gobierno de Murcia y el de Córdoba. En esta última ciudad, su patria, habia fijado Martin Lopez su residencia, y tanto como en otro tiempo se habia hecho notar por su inflexibilidad en el cumplimiento de las órdenes mas rigurosas de su señor ahora era diferente su conducta, pues solo se aplicaba ya á ganarse el afecto de sus compatriotas, deplorando con ellos la severidad de su amo, y atribuyéndose el mérito de los raros favores concedidos por D. Pedro. Bien que cediese á algunas sugerencias estrañas, bien que solo siguiera los consejos de su propia ambicion, ello es que pronto comenzó á dejar adivinar un proyecto que no podía menos de producir cierta impresion en la nobleza castellana, mucho mas celosa de su autoridad que de la grandeza de su pais. Criticando abiertamente la política del rey decia que ya era tiempo de poner un término á sus insupportables violencias; que era preciso defender al rey contra sus propios furores, y darle una tutela para el gobierno de Castilla. Estas funciones, añadia, no podian ser confiadas á mejores manos que á las del principe de Gales, perfecto modelo de la caballería. D. Pedro entre tanto seria obligado á vivir en Toledo; lo casarian, y así libertarian al reino de ese semillero de bastardos cuyas pretensiones podian causar los desórdenes mas graves á la muerte de aquel. Todo el reino se dividiria en cuatro grandes gobiernos, administrados por señores del pais, porque la tutela del principe ingles debia ser puramente nominal y honorífica. Martin Lopez se reservaba para si la Andalucia y Murcia, de las cuales ya era virey. Fernando de Castro tendria por su parte los reinos de Leon y de Galicia, donde ejercia de hecho una autoridad casi soberana; á Diego Gomez de Castañeda seria confiada la Castilla la Vieja; y por último, la provincia de Toledo,

con la Mancha y la Estremadura, seria el lote de Garcí-Fernandez de Villodre.

Refiero este plan fundado en la autoridad de Ayala, y me parece demasiado conforme á las ideas y á los votos de la nobleza castellana para que pueda ser puesto en duda como impracticable. Desde que D. Pedro tomó por si mismo con mano fuerte las riendas del gobierno, su política constante habia sido reducir á sus grandes vasallos á un papel subalterno, y la irritacion de estos últimos habia preparado las vias á la usurpacion de D. Enrique. Pero si la nobleza estaba unánime en sacudir el yugo de D. Pedro tambien se dividia cuando se trataba de darle un sucesor. Un gran número de ricos-homes, orgullosos con sus blasones sin mancha, reprochaban á D. Enrique la desgracia de su nacimiento; y por otra parte, la parcialidad que mostraba á los extranjeros que le dieran un trono heria las susceptibilidades nacionales. Entre los ricos-homes que temian el despotismo de D. Pedro y los que despreciaban el origen de D. Enrique queria Martín Lopez alzar un tercer partido, y nada habia mejor combinado que su plan para satisfacer á las pasiones dominantes de los grandes vasallos. Un fantasma de rey bajo un tutor demasiado lejano para ser incómodo, y cuatro jefes del palacio, verdaderos soberanos sin llevar el título, ¿qué mas seductor podian soñar esos nobles señores demasiado orgullosos para sufrir un amo? Añadamos que semejante sistema de gobierno no era nuevo en España; pues habia existido muy naturalmente en la época en que los cristianos comenzaron á lanzar á los árabes hacia el Sur de la península, y mas recientemente, mientras la minoría de D. Alfonso, el reino de Castilla estuvo dividido de esta suerte entre sus tutores. Después de tan grandes revoluciones estaba bien escogido el momento para re-

partirse los despojos del poder real. Hoy no puede saberse si el príncipe de Gales estaba instruido del papel que le reservaban, y si Martin Lopez conspiraba de concierto con los ricos-homes; pero puede creerse con alguna verosimilitud, que descontentos los ingleses de don Pedro veían sin disgusto las disposiciones de la nobleza castellana, y hasta la alentaban á la ejecucion de un proyecto que aumentaria su influencia. En cuanto á los señores designados para gobernar la Castilla con Martin Lopez, la adhesion singular que D. Fernando de Castro y Garci-Fernandez de Villodre mostraron al rey hasta el último momento no permite sospechar que hubiesen entrado en una conspiracion contra un príncipe por quien se sacrificaron valerosamente en lo sucesivo. Yo creo que el maestre de Galatrava se valió de sus nombres, en razon de la influencia extraordinaria que ejercian en ciertas provincias, y que al asociárselos era su objeto únicamente asegurar á sus designios el asentimiento general.

Esperando el momento de obrar no perdía Martin Lopez una ocasion de desacreditar al rey y de hacerse de partidarios. Un dia reunió á comer á los jefes de las mas ilustres familias de Córdoba; les declaró que D. Pedro habia resuelto hacerlos morir, y aun se asegura que les comunicó una orden del rey, verdadera ó falsa, para este objeto (1). Pero tuvo cuidado de añadir que mientras él mandase en Córdoba sus conciudadanos no tenian que temer que él se convirtiera en su verdugo. Mas fácil le era á Martin Lopez arruinar la autoridad real que fundar la suya, y así es que hizo odioso á su señor sin conseguir para sí el aprecio de sus compatriotas. Instruido de estos

---

(1) Ayala.

proyectos resolvió el rey prevenir la esplosion del complot, y se confió á D. Pedro Giron, á quien acababa de hacer maestro de Alcántara, prometiéndole la sucesion de Martin Lopez si conseguia ponerlo en sus manos. Pedro Giron lo atrajo al castillo de Martos, del cual era gobernador; hizolo cargar de cadenas, y ya se disponia á enviarlo á Sevilla; es decir, á la muerte, cuando el rey de Granada, Mohamed, ligado hacia mucho tiempo en estrecha amistad con Martin Lopez, intervino en su favor. No teniendo D. Pedro mas aliado que el rey moro era de su mayor interes el contemplarlo, por cuya consideracion hizo gracia por la primera vez de su vida; y no solo devolvió la libertad al maestro de Calatrava, sino que muy pronto despues, bien porque se dejase persuadir de su inocencia, ó porque se creyese demasiado débil para castigarlo, pareció olvidar lo pasado y le devolvió su entera confianza (1).

#### IV.

La vuelta prevista del pretendiente iba á aumentar la agitacion y anarquía de Castilla. A su llegada al Languedoc solo habia encontrado D. Enrique una hospitalidad fria y timidamente concedida, pues aunque el duque de Anjou, gobernador de la provincia, le dió algunos socorros de dinero, esta especie de limosna fue hecha en secreto, y solo con trabajo obtuvo el rey fugitivo el permiso de ver al principe y de conferenciar con él sobre el estado de los negocios de Castilla. La entrevista tuvo lugar con cierta clase de misterio, porque la corte de Francia

(1) Ayala.

no se atrevia aun á declarar abiertamente sus simpatías por temor de una ruptura con la Inglaterra. Sin embargo, Carlos V tenia demasiado interes en sustraer á la España de la dominacion inglesa para abandonar del todo al pretendiente. Pronto se supo el descontento del principe de Gales y el mal estado de su salud, noticia que dió algun atrevimiento al rey de Francia, comenzando por dar una pensión á D. Enrique, y luego el condado de Cessenon, cerca de Beziers, por el cual recibió abiertamente su homenaje. Estos no eran todavía mas que socorros debidos á un grande infortunio y un asilo concedido á un hombre que en otro tiempo habia servido á la Francia; pero al mismo tiempo recibia en secreto promesas y esperanzas. Retirado en su nuevo dominio, estaba á distancia de estudiar cómodamente la situacion de Castilla y de corresponderse con sus partidarios secretos ó declarados: de todas partes le llegaban relaciones propias para entretenir sus esperanzas y animar su valor, pintándole el desórden general, la indignacion escitada por los nuevos rigores de D. Pedro, la nulidad de sus recursos, el descontento de los comunes recargados con nuevos impuestos y la actitud hostil de algunos grandes vasallos. Por otra parte, muchos capitanes ingleses ó gascones, que D. Enrique habia tenido el arte de atraerse mientras estuvieron á su servicio, le advertian secretamente la mala inteligencia que reinaba entra D. Pedro y el principe de Gales, y le aseguraban que este último, acusando la mala fe de su aliado, declaraba en voz alta que de alli en adelante no haria él ningun esfuerzo por defenderlo.

## XXIII.

### **Vuelta de D. Enrique.—1368—1369.**

#### I.

**D**ON Enrique empleó útilmente el dinero del rey de Francia; pues pagó con él los rescates de sus compañeros de infortunio, compró armas y caballos y reclutó soldados. Los gobernadores franceses secundaban con celo estos preparativos, fingiendo sin embargo ignorarlos, y el mismo Carlos V inventaba pretextos para suministrarle subsidios. Así fue como le compró dos veces seguidas las tierras que él le había dado (1). Por otra parte, furiosos los capitanes ingleses contra D. Pedro, y desesperando obtener de él las indemnizaciones que les había prome-

---

(1) Ayala.—Dom. Vaissette. Hist. de Languedoc.

tido, se mostraban generosos para con sus prisioneros, contentándose con módicos rescates y aun poniéndolos en libertad bajo su palabra. Entre los caballeros de Francia y de Inglaterra reinaba esa especie de cortesía que se encuentra entre los jugadores, y no era raro que un señor prestase á sus prisioneros armas y caballos permitiéndoles que fuesen á batirse, con la esperanza de que siéndoles favorable la fortuna podrían satisfacer en alguna ocasion sus deudas. A mediados del año 1367 un gran número de franceses y de castellanos prisioneros de Nájera se hallaban libres y al lado de D. Enrique ardiendo en deseos de reparar sus pérdidas. Este príncipe habia trasladado su residencia al castillo de Pierre-Pertuse, nuevo regalo del rey de Francia en la frontera del Rosellon, adonde veia llegar diariamente algunos de sus compañeros de armas. Mientras que se reunia un pequeño ejército en el Norte de los Pirineos estallaban muchos levantamientos en lo interior de Castilla. El hijo de la desventurada doña Urraca y el maestre de Santiago, D. Gonzalo Mexia, se habian fortificado en la ciudad de Alburquerque, y desde alli hacian en toda la Estremadura una guerra temible de partidarios, ejemplo que pronto fue imitado por otros ricos-homes y por importantes comunes. Segovia y su alcázar, fortaleza admirable, enarbolaron el estandarte de D. Enrique, del mismo modo que Avila y algunas otras ciudades de Castilla la Vieja; é inmediatamente despues de la partida del príncipe de Gales, irritadas Valladolid y una parte de las provincias vascas por los escesos del ejército ingles, se sublevaron contra D. Pedro, á quien hacian responsable de sus males (4). Un gran número de prisione-

---

(4) Ayala.

ros de Nájera que habian vuelto á España armaban á sus vasallos y anunciaban el próximo regreso del pretendiente, y los ingleses iban á tener mucho en que ocuparse por la parte de Francia para que pensaran en una nueva intervencion. Publicábase que iban á romperse las treguas; bandas numerosas de aventureros, escitadas y pagadas por Carlos V, hacian incursiones en Guyena, y el príncipe de Gales no pensaba ya en otra cosa que en hacer respetar sus propias fronteras.

## II.

D<sup>e</sup> Enrique creyó que no era conveniente dejar enfriar el celo de sus amigos. Despues de una conferencia que tuvo en Aigues-Mortes con el duque de Anjou y el cardenal de Bolonia, seguro de la proteccion y asistencia de Carlos V y del papa, y provisto por ellos de una suma considerable, reunió á todos sus parciales á mediados de agosto y se puso en marcha para entrar en España. Aun no tenia mas que cuatrocientas lanzas, pero se componian de hombres escogidos, castellanos, franceses y aragoneses, mandados por el bastardo de Béarn, el bégue de Villaines y el conde de Osona, y bastaban para escoltarlo hasta las fronteras de Castilla, donde debia encontrar un ejército capaz de conquistarle un reino ó una muerte gloriosa, digna de un jefe de desesperados. Queriendo probar á sus compañeros que estaba resuelto á sacrificarlo todo por el éxito de su empresa, llevó consigo á su mujer y á su hijo, dejando únicamente en el castillo de Pierre-Pertuse á su hija y un gran número de damas que habrian servido de embarazo en la expedición.

Para penetrar en Castilla érale necesario atravesar el territorio aragonés. Ya he dado á conocer cuáles eran las

disposiciones de Pedro IV desde su alianza con la Inglaterra; pero si la corte de Barcelona se mostraba contraria al pretendiente, todo el pueblo y una parte de la nobleza hacian votos por el triunfo de su empresa, y el tio mismo del rey, el infante En Père, secundaba los desig-  
nios de D. Enrique y lo comprometia á seguir adelante. Al saber el rey de Aragon los preparativos que se hacian en Pierre-Pertuse mandó significar á D. Enrique que su alianza con el príncipe de Gales le obligaria á considerar como un acto de hostilidad toda tentativa para pasar por sus tierras; pero sin hacer caso D. Enrique de esta amenaza oficial pasó los Pirineos sin encontrar enemigos para impedirselo, y fue á desembocar en el condado de Ribagorza, señorío perteneciente al infante En Père, que le habia enviado guias seguros que lo condujeran por aquel país salvaje y erizado de obstáculos naturales. Ya en territorio aragonés, escribió D. Enrique á Pedro IV para recordarle su antigua alianza y los considerables servicios que habia prestado al Aragon, puesto que el año precedente habia bastado su entrada en Castilla para obligar á D. Pedro á que en un solo dia evacuase ciento veinte ciudades ó castillos de que se habia apoderado. Prometia respetar el territorio que le era necesario pisar para entrar en sus estados; pero tambien anunciaba su firme resolucion de rechazar con la fuerza toda tentativa que se opusiese á su marcha. En realidad no sufrió esta mas retraso que los propios á las dificultades de los caminos y algunas demostraciones poco serias de los montañeses contra su vanguardia; mas al llegar al condado de Ribagorza encontró en abundancia viveres y refrescos de toda especie preparados por la prevision del infante En Père. Don Enrique no se detuvo mas que el tiempo necesario para descansar; hombres y caballos, rendidos de tan larga jor-

nada, y un poco mas lejos, en Estadilla, atravesó los dominios de su cuñado Felipe de Castro, rico-home aragonés que aun retenia prisionero D. Pedro en el castillo de Búrgos. En todas partes le tenian preparados sus partidarios viveres y guias. En Barbastro supo que el rey de Aragon enviaba desde Zaragoza un cuerpo considerable de tropas para batirlo; pero los jefes de este ejército le advirtieron cortesmente su aproximacion y le atestiguaron que ellos obedecian de mala gana unas órdenes reprobadas por todos sus compatriotas. Probablemente contaba Pedro IV con la desobediencia de sus capitanes, y no tenia otro objeto que probar al príncipe de Gales que era extraño á los proyectos de D. Enrique. Atravesando este con rapidez una parte del territorio navarro, que no se pudo ó no se quiso disputarle, pasó el Ebro cerca de Azagra, y al fin se halló en Castilla, delante de Calahorra, donde habia sido proclamado rey el año precedente.

Al tocar la orilla derecha del Ebro preguntó D. Enrique si estaba en Castilla, y habiéndole respondido afirmativamente bajó al punto del caballo, se arrodilló, hizo una cruz en la arena y la besó exclamando: «Juro por esta cruz, imágen del instrumento de nuestra redencion, que por mas peligros ó desgracias que me sobrevengan no saldré vivo de este reino de Castilla. ¡En Castilla esperaré la muerte ó la ventura que el cielo me depare (1)!» En seguida armó á muchos caballeros, como en un dia de batalla, entre los cuales se contaba el bastardo de Béarn, á quien hizo en lo sucesivo conde de Medina-Celi.

Calahorra no habia esperado su presencia para decla-

---

(1) Ayala.

rarse en su favor. Un gran número de sus partidarios se habian dado cita en esta ciudad, que en este momento reunia de quinientos á seiscientos hombres de armas, castellanos ó franceses, cuya mayor parte habian combatido en Nájera, todos bien montados y llenos de ardor. Don Enrique pasó muchos dias en esta ciudad para reunir en ella á los voluntarios que de todas partes se presentaban, y viéndose ya á la cabeza de una fuerza respetable marchó audazmente contra Búrgos, siendo acogido en el tránsito con trasportes de alegría. Logroño fue la única ciudad que le cerró sus puertas; pero no siendo tiempo de entretenerse en un sitio, y despues de una escaramuza en las barreras, volvió á emprender su marcha con rapidez sobre Búrgos, que ya estaba bloqueado por sus partidarios. Dos facciones dividian esta gran ciudad; la mayor parte de los vecinos querian acoger á D. Enrique; pero el castillo tenia una guarnicion de doscientas lanzas; y los judíos, siempre fieles á D. Pedro, habian tomado las armas y se fortificaban en su barrio resueltos á defenderse. Tan pronto como fue desplegada la bandera real, el arzobispo, todo el clero y los principales vecinos salieron en procesion llevando las llaves, y condujeron á D. Enrique en triunfo al palacio, mientras que el castillo y la Judería lanzaban flechas y tiros de lombarda contra la ciudad. Preciso fue emprender dos sitios á un tiempo. Viendo los judíos al cabo de algunos dias que su muralla estaba minada y puestos los ingenios en batería contra ella, pidieron gracia y obtuvieron por precio de una fuerte contribucion que serian respetadas sus vidas y haciendas. El castillo tardó mas tiempo en rendirse; pero al fin, instruido el gobernador de que los minadores estaban ya bajo los muros, y no teniendo ninguna esperanza de socorro, ofreció su sumision y entregó la fortaleza.

Al entrar en ella puso D. Enrique en libertad á su cuñado Felipe de Castro, que estaba allí preso desde la batalla de Nájera, adquiriendo por otra parte un prisionero de importancia en el hijo del último rey de Mallorca, á quien una enfermedad habia impedido salir de Búrgos. Esta era una captura considerable, porque el rescate del príncipe, pagado inmediatamente por su mujer la reina de Nápoles, fue de ochenta mil doblas de oro (1).

La toma de la antigua capital de Castilla no podia menos de producir la mas viva impresion en todo el reino: ya no vacilaron en declararse los partidarios secretos de D. Enrique, y en pocos dias arrastraron la defeccion de casi todas las ciudades del Norte. Propagándose la insurreccion con rapidez increíble, se extendió hasta las provincias mas apartadas; y la misma Andalucía, hasta entonces tranquila, sumisa y contenida ademas por la presencia del rey legitimo, sufrió sin embargo el contagio del ejemplo, y el fuego de la guerra civil se encendió, por decirlo así, á vista misma de D. Pedro. Al escitar á la sedicion á los habitantes de Córdoba no habia creído Martin Lopez trabajar sino por su causa; mas no tardó en conocer que habia preparado el camino al pretendiente. A fines del año de 1367 entraron los vecinos en comunicacion con Gonzalo Mexia, maestre de Santiago, que hacia muchos meses guerreaba por D. Enrique en la frontera de Portugal, y lo llamaron dentro de sus muros, tomándolo por su jefe (2). La defeccion de Córdoba consternó á los amigos del rey legitimo y llevó al colmo del entusiasmo las esperanzas de los rebeldes. Desconfiando D. Pe-

(1) Ayala.

(2) Ayala.

dro de su fortuna, y no creyéndose ya en seguridad en Sevilla, solo se ocupaba en fortificar la ciudad de Carmona, de la cual queria hacer su plaza de armas, abasteciéndola de provisiones inmensas: en esta ciudadela, que se esforzaba por hacer inespugnable, pensaba encerrar á sus hijos (1) y á sus tesoros, y tal vez encontrar allí el último refugio para sí mismo. Al mismo tiempo reunia tropas, apremiaba á los moros de Granada á que le enviasen recursos, y nada olvidaba para reanimar el valor de sus partidarios; pero en ninguna parte encontraba diligencia en servirle, y acusaba la lentitud de los moros y la apatía de sus vasallos. Amenazas y súplicas, todo lo ponía por obra para apresurar los armamentos; y sin embargo, no hallándose en estado de entrar en campaña se veía obligado á abandonar á su fortuna el corto número de leales servidores que aun pretendian sostener su causa en el Norte del reino. Su principal teniente en Castilla la Vieja, Rodrigo Rodriguez, estaba sitiado en el castillo de Dueñas por el mismo D. Enrique, y se vió obligado á capitular despues de una larga resistencia.

Solo el invierno retardaba los progresos del usurpador. Los últimos meses del año 1367, y los primeros del siguiente se pasaron por ambas partes en preparativos militares, sin que ninguna de ellas pretendiese combatir. Mientras que D. Pedro llamaba á las armas á todos los vasallos que aun le permanecian fieles, recorriendo don Enrique la Castilla la Vieja y el reino de Leon se presentaba á sus partidarios exhortándolos á redoblar sus esfuer-

---

(1) D. Pedro tenia muchos hijos ilegítimos de otras mujeres que Maria de Padilla. Las tres hijas de esta estaban entonces en Bayona.

zos; reclutaba soldados, compraba ó tomaba castillos y obtenia de los comunes socorros de dinero en cambio de inmunidades y privilegios para el porvenir. Siempre tenia que elogiar el celo de la nobleza y de los comunes, y solo en su familia era donde debia encontrar la oposicion mas peligrosa. Muchas veces he advertido la envidia de D. Tello, sus repetidas traiciones y sus intrigas continuas; sospechoso á su hermano desde la batalla de Nájera, habia corrido sin embargo á su lado despues de su entrada en España, é imponiéndole en cierto modo su alianza lo acompañaba en todas sus expediciones. Poco tiempo despues de la toma de Búrgos esparció la alarma en el campo de D. Enrique anunciando que el príncipe de Gales llegaba á Bayona á la cabeza de un ejército, presentando en apoyo de esta noticia una carta que habia hecho confeccionar por uno de sus amanuenses. ¿Cuál era su intento? Dificil es adivinarlo. Tal vez esperaba por esta mentira escapar á la vigilancia secreta de que estaba rodeado por D. Enrique y hacer que lo enviasen á Vizcaya, donde so pretexto de oponerse á los ingleses trabajaria por crearse una soberanía independiente. Tal habia sido siempre la ambicion de D. Tello, y en el desórden de este tiempo la idea de independencía absoluta era la preocupacion de todos los ánimos. Las ciudades querian franquicias que las constituyesen en repúblicas: los señores querian hacerse reyes.

Sea lo que fuere, el artificio de D. Tello fue descubier-  
to por el hombre que escogiera para instrumento de él. Su secretario lo denunció á Pero Lopez de Ayala, que al instante previno á D. Enrique; quien, acostumbrado á disimular las perfidias de su hermano, no le hizo ningun cargo, no tuvo ninguna esplicacion con él y aun tomó grandes precauciones para recompensar al amanuense cuya

revelacion habia disipado sus inquietudes (1). D. Telle se aprovechó de la primera ocasion para huir á Vizcaya, donde únicamente se ocupó de sus intereses particulares hasta el fin de la guerra civil.

### III.

D. Enrique proseguia sus conquistas á pesar del invierno, y sitiando á Leon á mediados de enero de 1368 se hizo dueño de la plaza al cabo de algunos dias. Desde aqui pudo dar la mano á sus partidarios de Asturias, que todos los dias ganaban terreno contra los tenientes de D. Pedro. Poco despues se apoderó de Tordehumos, á pesar de la vigorosa resistencia de la guarnicion, y en uno de los asaltos que dirigió en persona perdió á uno de sus mas valientes compañeros de armas, el conde de Osona, que lejos de heredar el odio de su padre, Bernal de Cabrera, contra D. Enrique se habia adherido enteramente á su servicio. Buitrago sucumbió del mismo modo despues de algunos dias de resistencia. Madrid, villa medianamente poblada; pero importante entonces bajo el punto de vista militar por las fortificaciones que la rodeaban, se defendió con éxito por algun tiempo; pero un traidor, llamado Domingo Muñoz, abrió una puerta á los sitiadores, quienes, para castigar á los habitantes por su fidelidad al rey legitimo, entregaron las casas al saqueo (2).

---

(1) Ayala.

(2) Ayala.

D. Enrique veía, por la toma de todas estas fortalezas, establecida sólidamente su autoridad en las provincias del Norte, y deliberó si se dirigiria con todas sus fuerzas á Andalucía para atacar á D. Pedro en sus últimos atrincheramientos ó si pondria sitio á Toledo, que pasaba entonces, con razon, por la plaza mas fuerte del reino. Por una parte, espantados los habitantes de Córdoba de los preparativos de D. Pedro pedian con instancia que fuesen á socorrerlos; mas por otra faltaba dinero para una expedicion lejana, y la mayor parte de los capitanes tenian por estremada imprudencia pasar la Sierra-Morena dejando detras un ejército encerrado en Toledo. Esta opinion prevaleció; la riqueza del pais por otra parte ofrecia ventajas á los aventureros, y la esperanza del botin los hacia menos exigentes en reclamar sus sueldos atrasados. Antes de comenzar las operaciones del sitio, la reina doña Juana, acompañada de muchos prelados, entre otros el arzobispo de Toledo, fue á establecerse á poca distancia de la plaza, intentando por medio de seducciones y promesas que los habitantes se determinasen á abrir sus puertas; pero la guarnicion era numerosa y fiel, compuesta de mas de seiscientas lanzas, sin contar los ballesteros y los vecinos que habian tomado las armas, y los judíos, que se mostraban los mas ardientes para la defensa. En fin, los dos capitanes que mandaban en la plaza, el alguacil mayor Fernando Alvarez y D. Garci-Fernandez de Villodre, eran adictos á D. Pedro, y esperaban verlo aparecer pronto á la cabeza de un ejército: por eso rechazaron con fiereza las ofertas del pretendiente y respondieron á sus amenazas con orgullosas bravatas. No obstante sus esfuerzos, no habia podido llevar D. Enrique delante de Toledo mas que un millar de lanzas, fuerza á la verdad suficiente para un bloqueo, pero no para tentar un ataque serio contra una ciudad

tan bien fortificada. Por lo demas, los obstáculos naturales que impedían al sitiador llevar sus operaciones con fuerza le permitían estrechar á la guarnición en el recinto de sus murallas por trabajos poco considerables. Por medio de castillos levantados delante de los puentes de San Martín y de Alcántara pudo D. Enrique cerrar las salidas principales de la plaza y esperar que la obligase á capitular el hambre.

En la primavera del año 1368 el reino de Castilla se dividía casi igualmente entre los dos hermanos rivales. Don Pedro conservaba la superioridad en las provincias del Mediodía: Murcia, Andalucía y Estremadura obedecían sus órdenes, á escepcion de Córdoba y de algunas plazas pequeñas sobre la frontera de Portugal. Dominada Galicia por D. Fernando de Castro, permanecía fiel, así como una parte de Asturias; pero casi todas las otras provincias del Norte se habían declarado por D. Enrique, aunque su hermano conservaba en ellas puestos aislados, de grande importancia militar algunos. Tenía guarniciones en Zamora, Soria, Vitoria, Logroño, y en las plazas marítimas de Vizcaya y Guipúzcoa. Redúzcome aquí á indicar las grandes divisiones, porque en cada provincia y en cada distrito había castillos y casas fortificadas que protestaban contra el partido adoptado por la masa de la población. Entonces cualquiera que poseía un torreón y algunas armaduras de hierro era un jefe independiente, declaraba la guerra á todos sus vecinos y saqueaba enrededor suyo, esperando que la victoria le enseñase á cuál de los dos reyes debía vender su adhesión.

#### IV.

Después de haber puesto en movimiento todos sus re-

cursos no había podido reunir D. Pedro mas que mil quinientas lanzas y seis mil peones; pero á este ejército iba á reunir todas sus fuerzas el rey de Granada. Los dos reyes habian resuelto dirigir contra Córdoba su primer esfuerzo y D. Pedro jurado hacer con ella un ejemplar que espantase para siempre á los rebeldes. Ya hemos visto que habiéndose metido en Córdoba el maestre de Santiago con algunos hombres de armas se apresuraba á ejecutar trabajos de defensa: los vecinos le secundaban con mucho celo; pero carecian de armas y de experiencia. Lejos de D. Enrique, rodeados de bárbaros y condenados por un déspota inexorable, ya se consideraban como víctimas y agotaban un valor nuevo en su desesperacion, aprestándose á morir en la brecha antes de implorar su gracia. Pero un socorro inesperado vino á escitar su ardor. Al acercarse los moros, D. Alfonso de Guzman, que ocupaba el castillo de Hornachuelos, abandonó el fuerte con toda la guarnicion, y pasando la noche en medio de los granadinos sin ser reconocido fue á encerrarse en Córdoba, resuelto á compartir la suerte de sus habitantes. Débil refuerzo era este; pero al ver que los mas nobles señores del pais se asociaban á sus peligros los vecinos se creyeron mas fuertes, y lo fueron en efecto.

Mohamed llevaba á D. Pedro cinco mil ginetes y treinta mil hombres de á pie, cuyo mayor número se componia de ballesteros escelentes: esto era en cierto modo una leva en masa de los moros de Granada. Córdoba, capital de los árabes andaluces durante mucho tiempo, permanecia en la imaginacion de los musulmanes como una ciudad santa; y á sus ojos la célebre mezquita construida por Abderraman, convertida en iglesia cristiana, pero virgen aun de las adiciones que le hizo Carlos V, era un santuario tan venerado como el templo de Jerusalem para

los cruzados del siglo XII. Una expedicion contra Córdoba escitaba el fanatismo en todos los musulmanes de la península y los inflamaba de un ardor guerrero. Así es que marchaban contra esta infeliz ciudad como en una cruzada, y no existia una sola villa mora que no hubiese enviado sus voluntarios á esta santa empresa.

Viendo aparecer al enemigo, el maestre de Santiago y sus caballeros esperaban una escaramuza delante de las barreras, pues así comenzaban entonces todos los sitios. Los mas valientes de la guarnicion se habian colocado en la Calahorra, gruesa torre que formaba como una cabeza de puente sobre la ribera izquierda del Guadalquivir, y creian romper únicamente algunas lanzas ó cambiar dardos con los jóvenes emires granadinos; pero se engañaban. Aquello no fue una escaramuza, sino un asalto general dado con furor el que tenian que sostener, pues aprovechándose los moros de su número atacaron la plaza por muchas partes á un tiempo. Con un diluvio de flechas desalojan sus ballesteros á los cristianos de sus puestos avanzados del parapeto de la Calahorra; y colocando despues escalas en todas partes con la mayor resolucion, los mas bravos asaltan esa cabeza de puente, mientras que pasando el rio otras columnas embisten el cuerpo de la plaza y se esfuerzan en socavar la base de las murallas y en practicar brechas. Despues de un vivo combate, un emir, llamado Aben-Faluz, se apodera de la Calahorra, y casi al mismo tiempo dan paso á los musulmanes seis brechas, ó mas bien seis agujeros, abiertos en la muralla del antiguo alcázar. En este momento creen las mujeres tomada la ciudad, y se lanzan á las calles con los cabellos sueltos dando gritos lamentables: llaman á los hombres de armas; les llenan de injurias unas veces echándoles en cara su cobardía, y otras, con lágrimas y sollozos, los conju-

ran á tentar el último esfuerzo para arrancarlas á la esclavitud y á la brutalidad de los infieles. Este espectáculo reanima á los cristianos, que se precipitan con la rabia de la desesperacion sobre los puestos ya ocupados por los moros, y los rechazan en las brechas que aun no habian tenido tiempo de ensanchar. Al ardor de los granadinos sucede un terror pánico. Sus mas valientes soldados son arrojados desde lo alto de las murallas, arrancan sus estandartes negros desplegados un instante sobre la Calahorra, y esta torre y las brechas del alcázar, obstruidas de cadáveres, son recuperadas por los cristianos. Por todas partes se desbandan los infieles, y una vigorosa salida mandada por el maestro de Santiago acaba de ponerlos en derrota y los lleva huyendo hasta el pie de las colinas donde habian plantado sus tiendas. Cuando la retirada de los moros pués fin al combate, una parte de los habitantes, en la embriaguez de la victoria, pasó la noche cantando y danzando en las calles á la luz de fogatas de alegría, mientras que otros mas prudentes se apresuraban á cerrar las brechas de los muros, á reparar las plataformas y las máquinas, y á llevar sobre las cortinas piedras, dardos y todos los proyectiles necesarios para rechazar un nuevo asalto (1).

Los moros, que habian tenido pérdidas considerables, no intentaron comenzar de nuevo el ataque, pues de la confianza habian pasado al desaliento. «Alá, decian, no quiere darnos la ciudad santa.» Además estaban desprovistos de viveres y tampoco habian tenido tiempo para conducir un material de sitio. Todo este grande ejército se dispersó en algunos dias, y despues de vanos esfuer-

(1) Ayala.—Conde. Hist. de los árabes.

zos para retener á sus aliados, el mismo D. Pedro se vio obligado á volver á Sevilla; pero antes de levantar el campo mandó á un heraldo que proclamase á las puertas de la ciudad sitiada que Córdoba era declarada toda entera culpable de traicion, y que cuando entrase en ella la entregaría á las llamas y haría pasar el arado sobre los cimientos de sus edificios.

El triunfo inesperado de los cordobeses y la indignacion causada por los estragos de los moros obligaron á muchas ciudades de Andalucía á sublevarse y á proclamar al pretendiente. Jaen y Úbeda pagaron cara su audacia, pues ambas fueron destruidas completamente por el rey de Granada (1). Los aliados musulmanes de D. Pedro, viendo enemigos en todos los cristianos, llevaban el hierro y el fuego hasta las puertas de Sevilla. Todos los castillos conquistados por el rey en la última guerra cayeron en algunas semanas en poder de los moros, algunos cedidos á Mohamed como precio de su alianza, y otros tomados á viva fuerza como culpables ó sospechosos de defeccion al pretendiente. Muchas aldeas y algunas villas considerables fueron impiamente saqueadas, y un gran número de hombres y de mujeres conducidos en esclavitud á Granada. A once mil se hace elevar el número de personas de toda edad y sexo que se llevaron los musulmanes del sólo territorio de Utrera distante pocas leguas de Sevilla (2). Lejos de oponerse D. Pedro á estas devastaciones parecia animarlas concentrando la mayor parte de sus tropas en Sevilla y en Carmona, en tanto que los paisanos exasperados publicaban que el rey habia abjura-

(1) Ayala.—Argote de Molina. «Nobleza de Andalucía.»

(2) Ayala.

do su religion para tomar la de su aliado el moro de Granada.

## V.

Ni el espectáculo de la Andalucía incendiada, ni las súplicas de las infelices villas víctimas de esta guerra bárbara, podían arrancar á D. Enrique del sitio de Toledo, pues la corrupcion y la fuerza abierta fracasaban ante la firmeza de la guarnicion y la vigilancia de su jefe. Algunos vecinos ganados llegaron á apoderarse de una de las torres del recinto, llamada la torre de los Abades, y enarbolaran en ella el estandarte del pretendiente al grito de: ¡Castilla por D. Enrique! Pero nadie respondió á este llamamiento de lo interior de la ciudad. Unos cuarenta soldados del ejército sitiador escalaron la torre y plantaron en ella cinco banderas; y á ser vigorosamente sostenidos Toledo sucumbia sin duda aquella misma mañana; pero acudiendo los habitantes con faginas y sarmientos reunieron estas materias inflamables á la puerta de la torre de los Abades y les pusieron fuego. No solamente impidió este muro de llamas que los enemigos penetrasen en la ciudad, sino que tambien, envueltos estos en humo y amenazados de ser quemados vivos, se tuvieron por felices con poder escaparse por las escalas de que se sirvieran para subir á la plataforma de la torre (1). No tuvo mejor éxito otra tentativa para entregar una puerta á D. Enrique, y todos los complots tramados en favor suyo eran descubiertos y severamente castigados: ademas el arte de los ingenieros era impotente contra las magnificas fortificaciones de Toledo, que rodeado por el Tajo

---

(1) Ayala.

solo era vulnerable por dos puntos: las torres colocadas delante de los puentes de San Martin y de Alcántara. Después de haber batido mucho tiempo y sin efecto la primera de estas dos obras, los sitiadores intentaron minarla, al mismo tiempo que el gobernador hacia construir una fuerte muralla detras de la torre de San Martin para cerrar el paso del puente si aquella caia en poder del enemigo. De la rapidez en la ejecucion de estos trabajos contrarios dependia la suerte de la plaza. Los minadores de D. Enrique llegaron por una galería subterránea á los cimientos de la Torre, y, socavándola á medida que penetraban, la creyeron suspendida, por decirlo asi, sobre las escavaciones que habian practicado, y se retiraron despues de haber puesto fuego á los blindajes, persuadidos de que la destruccion de los puntales arrastraria la caída de todo el edificio. El muro que los sitiados construian á la entrada del puente no estaba aun bastante adelantado para ofrecer un obstáculo serio; y todo el ejército de D. Enrique, formado en batalla en la desembocadura del mismo, esperaba con impaciencia el resultado de la mina para lanzarse en la ciudad sobre las ruinas de la torre. Pero los ingenieros se habian engañado en sus cálculos y la antigua mampostería permaneció en pie despues del incendio de sus puntales. Ya no era tiempo de pensar en ensanchar la mina, porque advertidos los sitiados por el humo que se escapaba de la galería subterránea estaban decididos á cortar el puente de San Martin, obra del siglo XIII, que pasaba entonces por uno de los monumentos mas notables de España.

A pesar de los tiros lanzados por las máquinas para incomodar á los trabajadores, los sitiados quitaron rápidamente las claves del arco maestro y lo hicieron precipitar

en el Tajo (1); y perdiendo desde este momento D. Enrique toda esperanza de llegar á viva fuerza al cuerpo de la plaza limitó todos sus cuidados á apretar mas estrechamente el bloqueo. Para impedir la entrada de los convòyes aumentó el número de castillos y añadió nuevas obras á sus líneas de circunvalacion, construyendo en cierto modo una nueva ciudad enrededor de Toledo. Apremiado por la falta de dinero en medio de estos inmensos trabajos, hizo acuñar en Búrgos unas monedas de menos ley que su valor, á las cuales llamaron *sizains*, porque tenian el nominal de seis dineros. Con estos recursos precarios, entonces muy en uso, pagó por algun tiempo á su ejército (2).

Las ciudades del Norte de Castilla, que aun estaban por D. Pedro, aisladas en medio de provincias tambien aisladas, no tenian para defenderse los medios que la naturaleza y el arte habian acumulado enrededor de Toledo. Habiéndose concertado los concejos de Logroño, Vitoria y algunas otras ciudades de la provincia de Alava, escribieron al rey pidiéndole socorros y *aplazándolo*, segun la práctica de la edad media; es decir, fijándole un término, fuera del cual se tendrian por libres de sus juramentos de obediencia. Parece que el sitio ó el bloqueo de estas plazas no se llevaba con mucho rigor, porque los enviados de los concejos llegaron sin ser detenidos hasta Sevilla, donde, juzgando que el rey no se hallaba en estado de conducir un ejército al Norte, le pidieron el permiso de darse al rey de Navarra mas bien que someterse á D. Enrique, haciéndole tambien presente que esta cesion de territorio determi-

---

(1) Ayala.

(2) Ayala.

naría probablemente al rey de Navarra á intervenir en su favor. D. Pedro respondió con su inflexibilidad ordinaria, conjurándolos á defenderse hasta el último extremo, y añadiendo, que si haciéndole traicion la fortuna se veía en la imposibilidad de llevarles socorros, quería que se rindiesen á D. Enrique antes que al rey de Navarra. «Acordaos, les dijo, que lo que importa antes de todo es que la corona de Castilla se conserve entera (4).» Respuesta verdaderamente régia, y tanto mas notable en esta época, en que eran casi desconocidas las ideas de patriotismo, y en la que, desde el soberano hasta el vasallo, nadie conocía otra regla de conducta que su interes personal. En el triste estado de sus negocios era magnífico sostener la integridad de una corona que tal vez iba á abandonar á su mortal enemigo. Desgraciadamente no comprendieron este noble lenguaje los concejos de las ciudades sitiadas. El navarro estaba á sus puertas, pródigo como siempre de promesas, y de acuerdo D. Tello con él habia corrido para exhortarles á la defeccion. Siempre bajamente envidioso este príncipe, esperaba asegurarse de este modo la proteccion del rey de Navarra, y ademas creia ganar bastante si hacia perder alguna cosa á su hermano. Logroño, Vitoria, Salvatierra y Santa Cruz de Campezo enarbolaron en sus muros los estandartes navarros.

El año de 1368 iba á concluir y aun permanecia indecisa la lucha, pues por ambas partes se balanceaban casi igualmente los triunfos y los reveses. La miseria del pais habia llegado á su colmo: la Andalucía, entregada á los estragos de los musulmanes; Alava y la Rioja, vendidas al extranjero; por todas partes las ciudades saqueadas; el pue-

---

(4) Ayala.

blo hollado por las gentes de guerra, y la anarquía y la desolación universales: tal era la situación de un reino, floreciente antes cuando únicamente obedecía á su señor.

A pesar de la igualdad aparente de las fuerzas no era difícil prever el éxito de la lucha, y para predecirlo con seguridad bastaba comparar los caracteres de los dos príncipes que se disputaban la Castilla. La inflexibilidad y la altivez de D. Pedro le robaban cada día algunos de sus partidarios; la delicadeza de D. Enrique y su liberalidad espontánea ó calculada le adquirían mas que la fuerza de sus armas. Siempre desconfiado el uno, no perdonaba una falta y castigaba la indiferencia lo mismo que la rebelión; olvidando las injurias el otro, trataba a los últimos llegados como á los compañeros cuya adhesión no se había desmentido jamás. D. Pedro creía que el sacrificarse por él era solo un deber; D. Enrique se consideraba como obligado á aquellos que no le atacaban abiertamente. Pero lo que tarde ó temprano debía dar al pretendiente la mayoría de la nobleza y de los comunes era que para comprar el poder estaba dispuesto á sufrir todas las condiciones, mientras que fuerte con su derecho D. Pedro no quería ceder á despecho de su mala fortuna.

De todos los príncipes vecinos el rey de Francia era el único que tomaba una parte activa en los negocios de Castilla. Los reyes de Aragon y de Portugal observaban la neutralidad con mas ó menos franqueza. El rey de Navarra, fortificándose en el territorio de que acababa de apoderarse, prometía recíprocamente su alianza á los dos rivales; y el príncipe de Gales, arruinado por la última campaña y amenazado de una guerra con la Francia, había dejado de volver los ojos hácia la península.

Carlos V, protector declarado de D. Enrique desde sus últimos triunfos, le pasaba algunos subsidios, y á falta de

un ejército iba á enviarle el hombre cuya esperiencia militar parecia bastar para asegurarle la victoria: este hombre era Beltran Du Guesclin. Prisionero de Eduardo desde la derrota de Nájera, habia recibido de él las mas honrosas distinciones: pero Du Guesclin, á la cabeza de las tropas francesas, habia hecho demasiado daño á la Inglaterra para que se juzgase prudente devolverle la libertad en el momento en que la Francia amenazaba á la Guyena con una invasion formidable. Los consejeros del principe estaban unánimes en que rehusase poner el prisionero á rescate: ¿qué importaba la pérdida de algunos millares de florines cuando se privaba á la Francia de su mas entendido general? Estando Du Guesclin en Burdeos, adonde fuera conducido, fue instruido de esta resolucion por los mismos capitanes ingleses, entre los cuales contaba mas de un admirador y un amigo; y como habia aprendido á conocer la debilidad del principe de Gales, se propuso atacarlo en su orgullo. Una mañana que se entretenia Eduardo en conversar familiarmente con su prisionero le preguntó si se hallaba bien en Burdeos. *Monseñor*, respondió Beltran con su rudeza afectada, *me encuentro mejor que nunca; y es derecho que asi suceda, porque yo soy el mas honrado caballero del mundo; aunque viva en vuestras prisiones ya sabeis cómo y porqué.* El principe manifestó alguna sorpresa. *Se dice en el reino de Francia, repuso el astuto breton, que recelais y me temeis tanto, que no os atreveis á ponerme en libertad.* El golpe estaba dado, y el principe exclamó estremeciéndose á la idea de que sospechasen temia á ningun hombre del mundo: *¿Cómo! monsen Beltran: ¿pensais que os tememos por vuestra caballería? Fijad vos mismo vuestro rescate, y aunque sea un tallo de paja me contentaré con él.* Al instante agarró Du Guesclin esta palabra; pero no quiso que se le echara en

cara haberse dejado vencer en generosidad, y aunque pasaba por pobre, pues no tenia mas que *su cuerpo*, por servirme de una espresion usada de su tiempo, dijo con orgullo: *Por mas pobre caballero que sea, yo encontraré en la bolsa de mis amigos cien mil florines de oro, y tendré buenos fiadores.* Sorprendido el principe no quiso humillar este gran valor rehusando tan enorme rescate: preveia que la Inglaterra iba á perder en la venta; pero tenia demasiado honor para retirar su palabra (4). Aquel mismo dia Chandos y otros capitanes ingleses ofrecieron á Du Guesclin adelantarle sumas considerables; pero él las rehusó con política, y se apresuró á escribir á Francia y á Bretaña para hacer conocer el precio de su libertad. No le engañó su noble confianza, pues pronto llegaron á Burdeos una multitud de escuderos, llevando cada uno el sello de su señor, del cual debia hacer uso Beltran para fijar la suma que imponia á cada uno de sus amigos, y de la cual salia garante su sello, que, segun Ayala, era signo sagrado porque llevaba el nombre y las armas; es decir, el honor del caballero. Jamás se prestó un homenaje mas unánime á la virtud guerrera. Toda la Francia queria rescatar á su gran capitan; pero el rey se encargó de pagar él solo la libertad de aquel á quien ya habia escogido como el instrumento de sus vastos designios, añadiendo un presente de tres mil francos de oro para que Beltran pudiese remontar sus bagajes (2). En el momento en que este se vió libre se apresuró á rescatar á sus mejores hombres de armas, y despues de una corta entrevista con el rey de Francia tomó á largas jornadas el camino de Castilla, llevando á don

---

(4) Froissart.—Ayala.

(2) Froissart.

Enrique unos seiscientos hombres de armas, gente escogida, bien armada y montada. En este momento; es decir, á principios del año 1369, estallaba de nuevo la guerra entre la Francia y la Inglaterra. Para privarse en tales circunstancias de su mejor capitán y de sus mas valientes soldados era preciso que el prudente Cárlos V diese un gran valor al restablecimiento de D. Enrique en el trono de Castilla. Los acontecimientos probaron que no se engañó al escoger su aliado.

## VII.

Precediendo Du Guesclin á sus soldados alcanzó á don Enrique delante de Toledo. La ciudad estaba estrechamente bloqueada y el hambre comenzaba á hacerse sentir: el gobernador, D. Garci de Villodre, se vió en la necesidad de matar todos los caballos para alimentar á la guarnición. Diariamente escribía á D. Pedro para representarle el horror de su situacion y conjurarle á que no abandonase una ciudad fiel, que por adhesion á su rey sufría por espacio de diez meses las mas duras estremidades; y que si tardaba en enviarle socorros, y aun en marchar en persona para hacer levantar el sitio, el hambre triunfaria de la constancia heroica de los toledanos. D. Pedro habia pasado la mayor parte del invierno en Carmona, trabajando sin descanso en añadir nuevas obras á sus fortificaciones, almacenando víveres inmensos, y despues de haber agotado sus arsenales habia hecho trasportar hasta los remos de las galeras de Sevilla para hacer con ellos palos de flechas (1). Se dice que habiéndole pronosticado un astró-

---

(1) Ayala. «Crón. de D. Enrique II.»

logo que seria sitiado, estudiaba para hacer un castillo inespugnable. Lleno de desconfianza sobre las disposiciones del pueblo de Sevilla, habia escogido á Carmona, no solo por el punto que ocupaba, sino tambien porque su reducido vecindario no podia impedir la resistencia de una poblacion adicta. Tal vez era su proyecto esperar á D. Enrique en estas murallas formidables; pero las instancias de los toledanos le obligaron á cambiar de resolucion; el honor y la politica le prohibian abandonar á subditos que se sacrificaban por él y que despues de haber rechazado los asaltos de un poderoso ejército iban á sucumbir al hambre. A fines de invierno reunió D. Pedro todas sus tropas disponibles, agregándoles un cuerpo auxiliar de ginetes granadinos, y despues de haber dado orden á todos los partidarios que le quedaban en el Norte de que se uniesen á él en la desembocadura de Sierra-Morena, se puso en marcha resuelto á presentar la batalla á D. Enrique ante los muros de Toledo. Al salir de Andalucía dejó en Carmona los hijos que tenia de diferentes queridas, su tesoro y una guarnicion considerable. Carmona era su último refugio si la fortuna le era contraria.

Saliendo de Sevilla atravesó la Sierra-Morena por una de sus gargantas menos elevadas, siguiendo probablemente el camino que pasa por Constantina para ir á Llerena. Su marcha era lenta, porque llevaba un gran convoy, y se detenia continuamente en parajes fijados de antemano para esperar los refuerzos que de lejos le iban llegando. Despues de haber franqueado sin obstáculo en los primeros dias de marzo la barrera de las montañas que separan la Andalucía de la Mancha, hizo alto en una de las grandes llanuras de esta provincia y en el mismo sitio en que se alzaba en otro tiempo el magnífico castillo de Ca-

latrava, capital de la órden militar de este nombre. Entonces se hallaba á unas veinte leguas de Toledo.

Su ejército se componia de los contingentes suministrados por los comunes de Sevilla, Ecija, Carmona y Jerez, además de su casa militar y sus vasallos particulares. Habiendo atravesado D. Fernando de Castro toda la Castilla le llevó algunas tropas de Galicia y un destacamento de la guarnicion de Zamora, y otros pequeños cuerpos levantados en Estremadura y aun en Castilla se encontraron igualmente reunidos en Calatrava, ascendiendo todas estas fuerzas á cerca de tres mil caballos, gendarmes ó ginetes cristianos, y mil quinientos caballos ligeros de Granada. Su infantería era poco numerosa, pues se componia únicamente de las banderas de las cuatro ciudades que acabo de nombrar.

El camino directo para ir de Calatrava á Toledo atraviesa ásperas montañas, cuyos pasos pueden ser con facilidad defendidos por un puñado de hombres. Temiendo el rey comprometerse en ellos prefirió dar un largo rodeo para llegar á las vastas llanuras de la Mancha, donde sus caballos debian encontrar forraje y un terreno favorable á sus operaciones; y tal vez tambien queria D. Pedro recoger al paso los contingentes de los reinos de Jaen y de Murcia, que sabia estaban en marcha, como tambien las guarniciones de algunas ciudades de la frontera de Valencia que le permanecian fieles. Su objeto era llegar delante de Toledo con una fuerza superior á la del ejército sitiador, y en su posicion no podia desperdiciar ningun refuerzo. Cualquiera que fuese su intento, ello es que en vez de dirigirse en linea recta hácia el Norte tomó la parte del Este, saliendo de Calatrava, y fue á acampar al lado de Montiel, rica encomienda de Santiago, cuyo gobernador,

llamado Garcí Moran, era uno de sus antiguos servidores (1).

A la noticia de esta marcha reunió D. Enrique á todos sus capitanes y les consultó sobre el partido que se debía tomar. Todos fueron de parecer que era preciso adelantarse á D. Pedro y atacarlo antes de que se presentase delante de Toledo: una parte del ejército debía quedar allí guardando las obras de circunvalacion, mientras que el resto saldria al encuentro del enemigo. Dejando á la infantería en sus atrincheramientos, D. Enrique avanzó en persona á Orgaz, situado en el limite de la Mancha, para vigilar los movimientos de su adversario; y al mismo tiempo escribió al maestre de Santiago, Gonzalo Mexía, para que se le agregase lo mas pronto con todas sus fuerzas disponibles, sin debilitar por eso demasiado la guarnición de Córdoba.

Gonzalo Mexía pasó la Sierra-Morena, por el camino que va de Córdoba á Ciudad-Real, con cerca de mil quinientos caballos, y desembocando en la Mancha se halló sobre el flanco derecho del ejército real, que habia atravesado las montañas mucho mas al Oeste, y se puso á observar su marcha, precediéndole siempre, á fin de estorbar ó interceptar las comunicaciones del rey con sus adherentes de Castilla (2). Cerca de Orgaz se unió con D. Enrique, que acababa de agregarse á las seiscientas lanzas francesas de Du Guesclin, con cuyos refuerzos ascendia el ejército del pretendiente á tres mil hombres de armas escelentes; pero no tenia gente de á pie ni caballería ligera. A pesar de su inferioridad numérica, testigo

(1) Ayala.

(2) Ayala.

del ardor que manifestaban sus gentes, y animado por los capitanes franceses, marchó derecho sobre Montiel.

El destacamento de Córdoba no había permitido á don Pedro adquiriese noticias; por eso estaba persuadido de que D. Enrique lo aguardaba en Toledo; y era tal su seguridad, que permitió á sus tropas al llegar á Montiel que se esparciesen por las aldeas inmediatas para buscar víveres y forrajes: una distancia de muchas leguas separaba los diversos destacamentos de su ejército; en tanto que D. Enrique, perfectamente servido por sus espías, solo distaba una jornada de Montiel.

En la noche del 13 al 14 de marzo la ronda del castillo de Montiel que habitaba D. Pedro distinguió un gran número de fuegos en movimiento por las montañas. Eran las antorchas de la vanguardia de Du Guesclin, que avanzando al traves de los campos por en medio de las tinieblas, indicaba su direccion al resto del ejército. El comendador Garci Moran despertó al rey para comunicarle la observacion de la ronda; pero el rey le dijo que no tuviese inquietud, porque esos fuegos eran de la tropa del maestre Gonzalo Mexía que iba huyendo delante de él (1). Sin embargo, por un exceso de precaucion, segun á él le parecia, hizo que algunos ginetes fuesen á reconocer el número y continente de esas tropas, y se volvió á dormir tranquilamente. Al nacer el sol volvieron los caballos á rienda suelta anunciando que se acercaba todo el ejército enemigo. En efecto; ya estaba D. Enrique á vista de Montiel, avanzando rápidamente sus tropas en dos batallas. La vanguardia, á las órdenes de Du Guesclin, compuesta de los caballeros de las órdenes militares y de los

---

(1) Ayala.

aventureros; y la reserva, mucho mas numerosa, mandada por el pretendiente en persona.

Al instante hizo D. Pedro alzar su bandera, enrededor de la cual se formaron los ballesteros de la guardia, los gendarmes de su casa y los mil quinientos caballos granadinos que componian su escolta ordinaria, y espide correos en todas direcciones para que sus bandas dispersas se dirijan sin descanso al castillo, designado como punto de reunion general. Pero ya se empeñaba la accion, y el grueso del enemigo cargaba con furia á su pequeña tropa, todavía en desórden y *sorprendida sobre un pie*, segun la espresion pintoresca de Froissart. Entre tanto la batalla de Du Guesclin habia perdido algun tiempo en atravesar un paso dificil (1) y dejádose adelantar por el cuerpo de reserva, que mejor dirigido marchó recto á la bandera real y cayó con ímpetu sobre el escaso número de hombres de armas que la defendian. Aquello fue una sorpresa mas bien que un combate. D. Pedro sostuvo, sin embargo, vigorosamente el primer choque; pero pronto fue vencida su guardia en razon al mayor número, y la llegada de Du Guesclin acabó la derrota, haciendo imposible la reunion de los dispersos. El pánico se hizo general, y arrasrado el rey por los fugitivos se metió con algunos señores de su séquito en el castillo de Montiel; pero lo habian reconocido por sus armas. El bégue de Vilaines lo siguió hasta la barrera, delante de la cual plantó su estandarte para reunir á los hombres de armas que se abandonaban á la persecucion de los fugitivos (2). Las otras divisiones del ejército del rey fueron batidas á medida que se pre-

---

(1) Ayala.

(2) Froissart.

sentaban, ó se dispersaron al saber la derrota del cuerpo principal. Reuniendo Martin Lopez cerca de ochocientos caballos volvió á pasar precipitadamente las montañas, y llegó á Carmona sin ser molestado. Ninguna victoria costó jamás menos sangre, pues solo un señor de nota del bando de D. Pedro, Juan Jimenez de Córdoba, perdió en ella la vida (1); porque advertido el vencedor de que el rey estaba en Montiel no dió caza á los dispersos y volvió á bloquear todas las avenidas del castillo. Pero los moros auxiliares, distinguidos por su traje, fueron atacados en todas partes por los paisanos de la Mancha y de Andalucía y hechos casi todos pedazos. Una sola hora habia bastado para que D. Pedro se encontrase reducido al estrecho recinto de un castillo medianamente fortificado y desprovisto de víveres y municiones.

### VIII.

En vista de la actividad extraordinaria que desplegaban los vencedores para rodear los muros de Montiel de anchas trincheras y de paredes de piedra, y del cuidado con que guardaban todas las salidas, el desgraciado rey comprendió que era conocido su retiro y que el enemigo se aprestaba á forzarlo en él. Sin embargo, intentó engañarlo, y por orden suya el comendador Garci Moran envió un heraldo á los sitiadores ofreciendo entregar la plaza si en el término de un mes no se presentaba don Pedro con fuerzas suficientes para obligarles á abandonar su empresa. Este mensaje fue recibido con amargas burlas, respondiendo que antes de un mes el castillo y

(1) Ayala.

D. Pedro estarian en poder de D. Enrique. Ninguna esperanza habia de abrirse un paso con espada en mano ó de engañar la vigilancia de los numerosos guardias que día y noche cercaban los atrincheramientos: solo quedaba una esperanza de salvacion, que era seducir á uno de los capitanes extranjeros al servicio de D. Enrique. Aun podia contar con que esos soldados mercenarios se dejarian ganar á fuerza de oro y le proporcionarian los medios de fugarse. D. Pedro encargó de esta negociacion á Men Rodriguez de Senabria, cuya inteligencia y fidelidad habia probado en muchas ocasiones: gobernador de Briviesca en 1366, Men Rodriguez dió el primer ejemplo de una resistencia desesperada cuando todos los otros capitanes del rey bajaban sus puentes levadizos ante las banderas de los aventureros. Habia nacido en el condado de Trastamara, y por consecuencia tenia ahora por señor natural á Du Guesclin, á quien D. Enrique habia dado el título que llevaba antes de su coronacion. Despues de la toma de Briviesca Du Guesclin, que honraba al valor aun en adversarios, rescató con su dinero á Men Rodriguez, y pretendió, aunque inútilmente, hacerlo entrar al servicio de D. Enrique. Sin embargo, la generosidad del capitán frances habia hecho una viva impresion en su prisionero, y se habian separado, no solo con cortesia, sino hasta con verdadera cordialidad. En estas relaciones de algunos dias fundaba Men Rodriguez la esperanza de salvar á su amo, y pidió permiso á Du Guesclin para conversar con él en secreto. Obtenido este fue de noche á su cuartel, y allí, solo en su tienda, sin andar en inútiles rodeos, le declaró que era enviado por D. Pedro y le suplicaba salvase á este desventurado príncipe de la venganza de su hermano. «Su reconocimiento, dijo, será proporcionado á tan gran servicio; y yo, mosen Beltran, os

conjuro á que tengais piedad de un rey tan noble. Esto os hará grande honor cuando todo el mundo sepa que á vos solo debe su vida y su reino.» Un poco sorprendido Du Guesclin de la proposicion, respondió recordando que él era súbdito del rey de Francia y que estaba á sueldo de D. Enrique, y le dijo: «Amigo, vos que habeis recibido de mí alguna cortesía no deberíais tenerme tal lenguaje. Enviado aquí por monseñor el rey de Francia para combatir á un aliado del ingles, yo faltaria al honor salvando á un enemigo de mi amo.» Men Rodriguez redobló sus súplicas y ofertas, y le dijo: «Si consentis en poner al rey en lugar seguro, se compromete á daros en herencia las ciudades de Soria, Atienza, Almazan, Monteagudo, Deza y Seron, y ademas doscientas mil doblas castellanas de oro. Sereis el primero de su reino y siempre os mirará como á su salvador y al mas firme apoyo de su corona.» Beltran escuchaba en silencio y con aire impasible, hasta que puso bruscamente fin á la conferencia pidiendo tiempo para reflexionar en estas proposiciones y consultar á sus camaradas. Persuadido Men Rodriguez de que el cebo del oro obraria aun con mas fuerza sobre los capitanes de aventura que sobre su jefe, entró lleno de esperanza en el castillo de Montiel.

En efecto, Du Guesclin se apresuró á reunir á sus parientes y amigos, y les dió parte de las ofertas que acababa de recibir; pero declarándoles que su intencion decidida era no hacer nada contra el servicio del rey de Francia, su señor, ni contra D. Enrique, con quien estaba comprometido: solamente queria consultar á sus compañeros de armas sobre un punto de honor caballeresco: ¿podia y debía comunicar á D. Enrique las proposiciones de Men Rodriguez?... Todos fueron de dictámen que tal era su deber, añadiendo que no habia ningun miramiento que

guardar con un príncipe que osaba pedirle una traicion (1). Segun estos casuistas militares, siendo reprobadas por la caballería las proposiciones trasmitidas á Du Guesclin, el que las dirigia no tenia derecho para pretender ser tratado como caballero: en otros términos, una tentativa de traicion autorizaba otra traicion. Insisto en estas sutilezas porque pintan las costumbres de la edad media, y porque hasta cierto punto escusan lo que hay de poco leal en la conducta de un hombre cuyos grandes servicios han hecho querido su nombre de todos los franceses. El valor moral de una accion depende siempre de la idea que se refiere á ella, y me agradaria pensar que en esta circunstancia se creyó Du Guesclin con derecho á usar de represalias contra un enemigo que por su deslealtad habia atentado á las leyes de la caballería.

A consecuencia de esta consulta entre los capitanes franceses, informado D. Enrique de todo por Beltran comenzó por asegurarle que él se encargaba de desquitar las promesas de D. Pedro, y que él le daría los señoríos y el enorme rescate que acababan de ofrecerle (2); y despues le suplicó que atrajese á D. Pedro fuera del castillo, fingiendo que accedia á sus proposiciones. Du Guesclin vaciló: sus compañeros se juntaron á D. Enrique para vencer sus escrúpulos, y entre tanto continuaban las conferencias y entrevistas misteriosas con Men Rodriguez de Senabria. Nadie puede saber cuáles fueron las reciprocas promesas de ambas partes; pero parece cierto que D. Pedro tuvo lugar de creer que podia contar con Du Guesclin.

---

(1) Ayala.

(2) Ayala.

Hacia muchos dias que duraban estas negociaciones, y estando ya reducido el castillo á la última estremidad por falta de víveres y aun de agua, era preciso huir ó rendirse. Ayala, tal vez testigo ocular de las escenas que voy á referir, admite que el infortunado D. Pedro recibió los juramentos mas solemnes de algunos capitanes franceses intermediarios de Du Guesclin, ó al menos que se decian tales; pero desde el momento en que la negociacion fue revelada á D. Enrique no podia menos de ser dirigida en pró de sus intereses y segun sus instrucciones; por eso el pretendiente no queria venir á una capitulacion, porque los ricos-homes de su partido habrian querido dictar los artículos de ella. Tampoco se sentia bastante poderoso para juzgar á su hermano y su rey, y temia que faltase corazon á sus propios partidarios para condenar á su soberano y legítimo señor. Segun toda apariencia no creian los capitanes franceses que estuviera amenazada la vida del príncipe que entregaban, y hasta me inclino á creer que habian hecho algunas estipulaciones sobre este punto con D. Enrique; pero resuelto este á deshacerse de don Pedro calculaba friamente el medio de conseguirlo. Entonces se podia matar á un rey, pero no juzgarlo; y era preciso que su muerte fuera un accidente, una especie de sorpresa. Hé aquí por qué conociendo D. Enrique la situacion desesperada de Montiel en vez de esperar que el hambre le entregase á su enemigo le tendió un lazo á favor de estas negociaciones, cuyo motivo calculado no adivinaron quizá los capitanes franceses.

La noche del 23 de marzo de 1369, diez dias despues del combate de Montiel, salió D. Pedro del fuerte, acompañado de Men Rodriguez, de D. Fernando de Castro y de algunos otros caballeros, en el mayor silencio, y se presentó en el cuartel de los aventureros franceses. Al bajar la

rampa del castillo todos conducían por la brida caballos de carrera con los cascos envueltos en trapos para no hacer ruido: el rey había dejado sus vestidos ordinarios y llevaba una cota de malla ligera, envuelto además en una ancha capa. Prevenidos los centinelas le permitieron pasar la especie de circunvalación de piedras que habían alzado enrededor de Montiel, y lo condujeron á Du Guesclin, que lo esperaba mas allá de este muro rodeado de sus capitanes. «¡A caballo! mosen Beltran, le dijo el rey en voz baja; ya es tiempo de partir.» Nadie le respondió. Este silencio y el aspecto turbado de los franceses parecieron de mal agüero á D. Pedro, que hizo un movimiento para saltar á caballo; pero un hombre de armas tenía por la brida á su montura: estaba cercado. Le dijeron que esperase, entrando en una tienda inmediata (1), y siguió á sus guías, porque era imposible la resistencia. Pasáronse algunos minutos en un silencio mortal. De pronto aparece en medio del cerco formado alrededor del rey un hombre armado de todas armas y con la visera alta: era don Enrique, y todos le hacen sitio con respeto. Hállase frente á frente con su hermano, á quien no había visto hacia quince años, y paseando sus miradas sobre los caballeros venidos de Montiel, dijo: «¿Dónde está ese bastardo; ese judío que se dice rey de Castilla? (2).» Un escudero frances le señala á D. Pedro, y le dice: «Ese es vuestro enemigo.» Todavía incierto D. Enrique lo miraba fijamente, cuando esclama D. Pedro: «Sí, yo

---

(1) La de Ivon de Lakonnet, segun Froissart.

(2) Sigo la version de Froissart como mas verosimil; el proyecto de D. Enrique era evidentemente provocar á D. Pedro, á fin de tener un pretexto para matarlo.

soy (1); yo soy el rey de Castilla. Todo el mundo sabe que soy hijo legítimo del buen rey D. Alfonso: el bastardo eres tú!» Al instante D. Enrique, contento con el insulto que había provocado, tira de su daga y le hiere ligeramente en el rostro. Los dos hermanos estaban demasiado cerca uno de otro, en el estrecho círculo que formaban los aventureros, para sacar sus largas espadas; así es que se agarran por el cuerpo y luchan algún tiempo con furor, sin que nadie intente separarlos. Sin soltarse caen uno y otro sobre un lecho de campaña en un rincón de la tienda; pero, más alto y más vigoroso, D. Pedro tenía á su hermano debajo, buscando un arma con que herirle, cuando un caballero aragonés, el vizconde de Rocaberti, agarrando á D. Pedro por un pie lo deja caer de lado; de suerte que D. Enrique, que lo estrechaba con fuerza, se encontró encima. Este coge entonces su puñal, levanta la cota de mallas del rey, y se lo introduce en el costado. Los brazos de D. Pedro dejaron de oprimir á su enemigo, desasiéndose de ellos D. Enrique, mientras que muchos de sus gentes acababan al moribundo. De los caballeros que acompañaban á D. Pedro, dos únicamente, un castellano y un inglés, intentaron defenderlo, y fueron hechos pedazos: los otros se rindieron sin resistencia y fueron tratados humanamente por los capitanes franceses (2).

---

(1) Ayala.—Froissart.

(2) Según la tradición popular uno de los aventureros á quien pareció este duelo de reyes un espectáculo digno de verse, exclamó: «¡Juego limpio!» Según otra versión, Du Guesclin echó por tierra á D. Pedro, diciendo: «Ni quito ni pongo rey; solo sirvo á mi señor.» El vizconde de Rocaberti es nombrado por Froissart y por un autor catalán anónimo citado por Llaguno. Otro, citado por Argote de Molina, atribuye la misma acción y palabras á un escudero de don

D. Enrique hizo cortar la cabeza de su hermano y la envió á Sevilla (1).

## IX.

Así murió D. Pedro, á la edad de treinta y cinco años y siete meses. Era de elevada estatura, robusto y bien proporcionado; sus facciones regulares, y su tez clara y fresca. Si se ha de juzgar por su estatua pintada, que aun existe en Madrid en el convento de religiosas de Santo Domingo, tenia los ojos y los cabellos negros, en contra de la tradicion que le da ojos azules y pelo casi rojo (2). Era prodigiosamente activo y apasionado á los ejercicios violentos; de una sobriedad extraordinaria, aun en su país, donde son casi desconocidos los excesos de la mesa, y tenia suficiente con algunas horas de sueño. Hablaba fácilmente y con gracia, aunque siempre conservó esa pronunciacion particular á los sevillanos (3). Criado bajo el sol ardiente de Andalucía y rodeado de seducciones desde sus primeros años, amó á las mujeres con furor; pero, á escepcion de María de Padilla, ninguna obtuvo el menor imperio sobre su espíritu. Se le acusó de avaricia,

Enrique, llamado Fernando Perez de Andrada, que recibió en recompensa castillos y tierras.—Froissart no habla de las negociaciones entre D. Pedro y Du Guesclin, y la muerte del primero fue enteramente fortuita. Pero las apariencias están en contra de esta version, y los favores extraordinarios prodigados por D. Enrique á Du Guesclin confirman demasiado la relacion de Ayala.

(1) Carbonell.

(2) Sin embargo, Ayala dice en sus dos crónicas: «E fue asaz grande de cuerpo, é blanco é rubio etc.»

(3) «E ceceaba un poco en la fabla.» Ayala.

y se cita como prueba el cuidado que tuvo toda su vida en reunir tesoros y las pedrerías y sumas inmensas halladas despues de su muerte en el castillo de Carmona. Jamás perdió una ocasion de aumentar los dominios de la corona, bien diferente de su adversario D. Enrique, generoso hasta la prodigalidad. Creo sin embargo que don Pedro no tuvo mas que la apariencia del feo vicio que le han echado en cara muchos historiadores: en mi concepto amó el dinero únicamente por el poder que da; su gran pasion fue la de dominar, y en un tiempo como el suyo el mas rico era el mas poderoso.

La primera leccion de política que recibió fue cruel, y en Toro se vió obligado á rescatar su libertad y su corona de sus grandes vasallos rebelados. Vendido en muchas ocasiones por aquellos á quienes su padre y él mismo habian colmado de beneficios, por sus hermanos y por su madre, se hizo desconfiado, suspicaz y muchas veces injusto para con sus fieles servidores. Su disimulo y sus perjurios son los vicios de su época, pues eran, si puedo esplicarme así, las necesidades y tal vez las condiciones de la monarquía en la edad media. Quiso gobernar solo, y para ser obedecido comenzó por hacerse temer; pero los grandes y los prelados no se sometieron sin resistencia al yugo que pretendia imponerles. Toda contradiccion lo hacia mas absoluto en sus voluntades, y haciendo cruda guerra al clero y á la nobleza atacaba á un tiempo á los enemigos mas temibles de la monarquía. Oprimido el pueblo por los ricos-homes vió con placer al poder real crecer y levantarse sobre las ruinas de la antigua anarquía feudal. Los rigores de D. Pedro solo atacaban á los grandes, y justo es decir que las mas de las veces hirieron á traidores á su pais y á su soberano. Siempre se mostró severo é inexorable para las rebeliones sin

cesar renovadas por una nobleza facciosa; pero mientras que hacia caer las cabezas mas ilustres, el pueblo respiraba y celebraba la justicia de un señor que exigia de grandes y pequeños una igual obediencia. Un despotismo imparcial era un beneficio para los pueblos en el siglo XIV. Los judios y los musulmanes, estraños á los debates politicos que dividian la Castilla, lo bendijeron como al mejor de los señores, porque estimulaba las artes, el comercio y la industria, y porque su despotismo era dulce alli donde encontraba dóciles esclavos. Cuando la guerra de Aragon le obligó á aumentar los impuestos y á llevar á espediciones lejanas los contingentes de las ciudades, acostumbrados á no tomar las armas sino para rechazar un ataque contra sus muros, D. Pedro perdió rápidamente su popularidad; y tan pronto como un ejército extranjero vino á disipar el terror que inspiraban sus numerosos castigos, su poder se desplomó como un edificio construido sobre arena. La anarquía feudal volvió á quedar encima, y el déspota se encontró desarmado en medio de sus esclavos. Desde este momento quedó destruido su prestigio, y en vano un ejército ingles lo restableció sobre un trono, del cual cayó apenas hubo aquel pasado los montes.

Tres príncipes con el nombre de Pedro reinaron al mismo tiempo en la península, y todos recibieron de sus contemporáneos el sobrenombre de *Cruel*, y todos tendieron al mismo objeto, que fue el de abatir el poder de los grandes vasallos y poner término á la anarquía feudal; pero nos engañaríamos gravemente en suponer en ellos la menor preocupacion patriótica. Su único móvil fue la ambicion; pero sin embargo, D. Pedro de Castilla, mas que ninguno de sus homónimos, parece haber soñado la gloria, el orden y la grandeza de su pais: no sé de ningun

otro soberano que en esta época haya dicho: «Primero el triunfo de mi enemigo que la desmembracion de mis reinos.»

A las desgracias de su situacion particular añadió grandes faltas D. Pedro: fue demasiado violento, demasiado inflexible en sus planes, cediendo siempre á la pasion del instante en vez de escuchar los consejos de la prudencia: debió tratar de dividir á sus enemigos, y los reunió, por el contrario, sin medir sus fuerzas; solo queria hacer frente á la nobleza, al clero y á las potencias vecinas. La empresa que intentó tal vez era imposible en la época en que osaba concebirla; pero preparó la elevacion del poder real en España, y cuando llegó el tiempo de librar para siempre al pais de la tiranía de los grandes vasallos, se acordaron de D. Pedro y de su audacia. Los reyes católicos, que, mas afortunados, concluyeron la obra que él habia comenzado, apreciaron su valor y los obstáculos contra los cuales se estrelló; y protestando la reina Isabel contra el sobrenombre que ajaba su memoria, no quiso que se dijese *Pedro el Cruel*; sino que, de acuerdo con el pueblo, que jamás pierde el recuerdo de los príncipes que le han hecho algun bien, lo llamó *Pedro el Justiciero*.

FIN.

que sobreviene en esta época para el fin de afirmar el triunfo de tal o cual partido que la libertad de la nación de sus

... A las disposiciones en el orden de las cosas grandiosas...  
... los fines de la libertad de la nación...  
... flexible en sus planes...  
... intente en vez de actuar...  
... debió tratar de dividir sus fuerzas...  
... contrario, sin medir sus fuerzas...  
... a la nobleza, al clero y a las potencias vecinas...  
... gress que intento tal vez era imposible en la época...  
... que esca concedida; pero prefirió la elevación del po-  
... dor real en España; y cuando llegó el tiempo de firmar pa-  
... ra siempre al poder de la tiranía de los grandes vasallos,  
... se acordaron de D. Pedro y de su audacia. Los reyes cató-  
... nicos, que, mas afortunados, con la victoria de Alarcos el ha-  
... dia comenzado a perder su valor y los catalanes con-  
... tra los catalanes se alzaron; y protestando la reina Isabel  
... contra el sobremanera que había en Aragón, no quiso  
... que se dijese Pedro el Grande, que, al morir, había  
... guillo, que jamás se había visto en Aragón, y que  
... se han hecho y se hacen como Pedro el Grande.











